



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sr. A. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aubón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borro, Borrego, Bueno, Bremon, Bretos de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camposamor, Camus, Canalejas, Canelo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corral, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sr. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echevaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Ferrnín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Gómel y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Inceña, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Marios, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mané y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orydz, Ortiz de Pinedo, Olozaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poez, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulla, Valera, Velez de Medrano, Vojta (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 27 de Febrero de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—El trabajo en Cuba, por D. Bernardo Portuondo.—El nihilismo ruso y el socialismo, por D. Manuel de la Revilla.—La culpa primitiva, por D. Eusebio Asquerino.—Teoría celular, por D. José Varela Zequeira.—Galería de hombres célebres: El rey que robó, por D. José Selgas.—El Cristo de la Luz: tradición toledana, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Repúblicas hispano-americanas: Correspondencia de Londres.—Los bufones en Francia hasta el reinado de Francisco I, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—Dolores, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Crónica, por D. Miguel Moya.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Un aplauso al gobierno de la República francesa. En lucha con la agitación producida por los rojos á favor de la amnistía plena, conoce toda la responsabilidad de los deberes morales y acepta toda la responsabilidad de la política concreta. Nada más generoso que el perdón y el olvido. Pero nada más temerario que arriesgar la paz de todos por mera generosidad hacia algunos. La amnistía exige dos cosas; fuerza en el Gobierno que la conceda y obediencia en los penados que la reciban. Y el Gobierno francés no puede cobrar fuerzas, mientras pacte y trégúe con la extrema izquierda que lo debilita; y los penados no pueden mostrar la obediencia necesaria mientras mantengan esas estériles agitaciones, en las cuales suelen presentarse como mártires de aborrecible tiranía y no como reos de merecida justicia. Mr. de Freycnet, á pesar de la representación avanzada que todos le reconocemos, ha rechazado la amnistía; y rechazándola sin vacilaciones ni ambages, ha reconocido que no pueden los Gobiernos dar pasos muy precipitados cuando corren el riesgo de que lleguen á convertirse en saltos muy mortales. El debate, con este motivo empeñado, alcanzó la mayor trascendencia, no tanto por lo dicho en sus varios discursos, como por lo hecho en sus ricas incidencias. Sabed cómo se ha separado definitivamente de la izquierda extrema. Con ánimo entero y voz más entera todavía, Mr. de Freycnet ha dicho que los avanzados aparecían á sus ojos como una oposición y como una oposición implacable. Mucho les ha dolido á todos cuantos exajeran las ideas republicanas esta declaración del Gobierno de la República. Pero no pueden desconocer que la pedían las exigencias de la opinión y la justificaban los procedimientos de su conducta. Imposible un gobierno apoyado en sus enemigos. Imposibles también esas situaciones trashumantes, que van desde la derecha

hacia la izquierda sin darse punto de reposo, y sin decirse á sí mismas ni decir á los demás dónde se encuentra su verdadero puesto en la política y su verdadero norte en las ideas. Ya sabemos, pues, que el ministerio no pertenece á la extrema izquierda, y que sus tendencias, francamente progresivas, se completan con tendencias francamente conservadoras. Ya sabemos que concederá la inevitable amnistía en cuanto nazca de su propia fuerza, y no de complacencias con quienes ignoran todo el peligro que las instituciones democráticas corren allí donde las estreman sus propios defensores, no contando para nada con la virtud del tiempo ni con lo impuro de la realidad. Desengañense el jacobinismo al uso y el socialismo trasnochado que quieren á toda costa conservar las tradiciones de la primera y de la segunda república francesa, tan opuestas á la que vemos y tocamos en nuestro tiempo. Entónces los reyes tenían un poder de que hoy carecen, y este poder sobre la voluntad general obligaba en aquel período de guerra implacable á negarles hasta el derecho á la vida en el pueblo mismo donde tuvieran el derecho á la dominación.

Hoy el mal se ha aminorado y los remedios heroicos han perdido toda su eficacia. Los que tienen tendencias socialistas y guardan tradiciones jacobinas y sueñan con una república extremada y quieren reformas prematuras y tratan á una democracia tan avanzada como la democracia francesa de oligárquica y de reaccionaria, no pueden fundadamente pretender una representación ministerial sin exponerse á debilitar á un tiempo al ministerio y á sí mismos. Con sus intemperancias de palabra y con sus excesos de conducta, con sus ideales excesivos, con sus programas poco meditados pueden producir una reacción que el Gobierno y la mayoría están en el deber de evitar á toda costa, pues nada enflaquece tanto á los pueblos como las restauraciones y las reacciones. Afortunadamente, la Cámara francesa ha respondido á la idea del Gobierno y ha rechazado las proposiciones de la extrema izquierda por una inmensa mayoría. Este resultado debe convencer á los ministros de que serán gobierno en cuanto quieran serlo decididamente, así como la indiferencia saludable mostrada por la población de París en la batalla parlamentaria debe decirle que esas agitaciones tan de cantadas por los demagogos, rizan á veces la superficie de la sociedad y no entran de ninguna suerte en sus abismos ni remueven sus más profundos senos. La amnistía debe nacer de un impulso del poder y no de una exigencia de la demagogía.

Fortalecido el Gobierno francés, veamos qué le sucede al Gobierno austriaco, digno de atención y estudio bajo muchos y muy varios aspectos. Ya hace tiempo que el ministro Andrassy dejó el poder y que le reemplazó el ministro Taaffe. Pues en este largo tiempo no ha podido todavía constituir un Ministerio, y no ha podido constituirlo, porque en Austria como en Italia y hasta en Francia, la Cámara alta se encuentra en disidencia con la Cámara baja; mas al revés de Italia y Francia, ostenta tendencias mucho más liberales y mucho más progresivas la alta que la baja Cámara. Si el Gobierno resulta muy conservador, oposición segura en el Senado; y si resulta muy liberal, oposición más segura todavía en el Congreso. Para evitarse las contingencias de cualquiera de estas oposiciones, ha encontrado el Ministerio un recurso, quedarse incompleto. Y anda así, con muchas carteras menos hace ya días; debilitando su autoridad é imbuyendo las creencias de que carece absolutamente de facultades nutritivas y de que está condenado á morir sin tocar en el término necesario de la madurez y del crecimiento. Ciertamente que la flexibilidad austriaca promete maravillas, pues la izquierda del Congreso, al tratar las cuestiones referentes al número del ejército, ha encontrado trazas de vencerse á sí misma, y dividiéndose, dividiéndose en varias fracciones, á fin de aparecer con la doble inconcebible naturaleza de oposición y ministerial. ¡Ah! El asunto de los asuntos hoy se compendia en el reino de Bohemia, poco satisfecho de la suerte que le han deparado, y decidido á reivindicar su respectiva autonomía. Grave, gravísima la cuestión de esta singular nacionalidad, opresa por los alemanes tantos siglos, y enamorada bajo su secular servidumbre, de la propia independencia. Centro geográfico de nuestro continente; fortaleza natural á causa de sus montañas, erigidas entre llanuras inmensas cual muros y ciudadelas inexpugnables en espaciosos campamentos; con selvas que recuerdan las virgíneas y primitivas de América; con razas de una voluntad indomable y de una complexión valerosísima; Bohemia, en el mundo germánico disuelta, y unida tan sólo por estrecha lengua de tierra con sus hermanas de historia y de sangre, conserva indeleble el concepto de su personalidad superior, y está resuelta con resolución de todo punto incontrastable á hacer predominar este concepto en las Asambleas de Austria, y á hacerlo valer en los consejos de Europa. Mucho han hecho los alemanes para asimilarse á los bohemios ó cheques; pero no han podido conseguirlo.

Y parece cosa fácil su asimilación, cuando se

convierten los ojos á un mapa y se observa que Bohemia está metida en tierras alemanas, como el corazon en las costillas, y que la rodean de un lado los austriacos, ó sea la Alemania del Mediodía, y de otro lado, los sajones, ó sea la Alemania del Norte; y cuando se convierten los ojos á la historia y se observa que así en la guerra de los treinta, como en la guerra de los siete años; así en los antiguos conflictos entre el Austria semi-española y las regiones verdaderamente germánicas, como en las luchas de Federico el Grande y María Teresa, y en las luchas del rey Guillermo y el emperador Francisco José, Bohemia ha sido el punto estratégico por excelencia, y el campo principal de batalla por necesidad. La constancia de los alemanes en asimilarse tal tierra y germanizarla, sube de punto á medida que surgen mayores dificultades históricas; pero la resistencia de Bohemia raya en verdadera tenacidad. Iniciadora de la reforma protestante, á la cual se adelantó más de un siglo por Juan Hus y Jerónimo de Praga, la guerra religiosa y la hoguera inquisitorial han podido arrancarle de la conciencia la fe y convertirla en feudo espiritual del catolicismo; pero no han podido arrancarle aquellos sentimientos arraigados en la complejidad física y que dimanaban de la naturaleza misma, no han podido arrancarle el sentimiento de consanguinidad con su antigua raza, y el sentimiento de amor á su histórica independencia. Cuando veis un hijo de Bohemia, lo confundis con un hijo de Alemania por lo claro del color y lo rubio del cabello. Pero si os fijais un poco en su tipo, vereis los caracteres esenciales de la raza eslavona, como decian nuestros padres, vereis el cráneo más vasto, los pómulos más salientes, los ojos más vivos, la movilidad de la fisonomía mucho más pronunciada. En el siglo sexto se establecieron allí; en el siglo décimo se abrazaron al Cristianismo. Retardada de las tribus indo-europeas que componen las irrupciones germánicas como los cimrios y teutones fueron á vanguardia, un horror invencible sienten aun hácia los turcos y los húngaros, como sienten un amor hácia sus hermanos, hácia los rusos y los pueblos todos de pura sangre eslava. Estos afectos promueven al cabo dificultades políticas sin cuento, superadas unas veces, y otras insuperables.

El húngaro, parte de la misma nación que el checo, bajo la misma bandera, sujeto al mismo emperador, número necesario de la enorme suma llamada Estado austriaco; el húngaro pertenece á la raza mongólica y ódia de muerte al ruso, y se interesa con vivísimo interés por la conservación del imperio turco. Y esta oposicion de sentimientos origina larga serie de oposiciones políticas entre uno y otro reino, y entre estos reinos y el imperio. Los hijos de Bohemia quieren á toda costa la independencia propia como los hijos de Hungría. El recuerdo de Juan Ziska, de aquel general exterminador, les sostiene en tales pretensiones. Creen que va hoy mismo á levantarse en la mística montaña del Tabor, y presidido por el cáliz colgado de las banderas antiguas, va ciego y desgraciado, pero implacable, al redoble del tambor forrado con las pieles de sus enemigos, á despertar las legiones de héroes y de mártires, cuyos sacrificios nuevos reproducirán los antiguos esfuerzos, consiguiendo levantar de su prostracion la libertad y la patria. Y á estos sentimientos históricos, de los cuales no pueden prescindir Europa los hombres políticos, suscítanse ódios y enemistades, así contra húngaros como contra alemanes. Cuando visitais á Praga, llamada por Humboldt la cuarta ciudad de Europa, pues para él eran las tres primeras Constantinopla, Lisboa y Nápoles, lo que os enseñan principalmente es el sitio donde estaban los estercoleros, en cuyo cieno ahogaron y enterraron á los emisarios del imperio, que dieran, creo que allá por el año mil seiscientos diez y ocho, la extraña orden de tapiar todas las ventanas de la ciudad; comienzo terrible á la más desoladora de las guerras.

Hoy el alemán constituye una parte principal de la sociedad en Bohemia, la clase media generalmente. Pero, en cambio, la aristocracia y el pueblo, el extremo social que manda y el extremo social que obedece, quien tiene el sentimiento y quien tiene la riqueza, lo más alto y lo más bajo, hablan la misma lengua, recuerdan la misma historia, entonan la misma música, su arte favorito, acarician el mismo ideal, y piden con grande empeño á su emperador la antigua independencia. Podrán negarla hoy, pero tendrán que concederla más tarde, porque sentimientos tan arraigados no se ahogan, é ideas tan vivas no se apagan fácilmente. Lo que han hecho los austriacos con los húngaros y los húngaros con los croatas, tendrán que hacerlo todos, austriacos, húngaros, croatas, quieran ó no, con la tenaz y decidida Bohemia. Estas grandes causas, que abraza un pueblo, y que unas á otras se transmiten cien generaciones, vencen siempre.

Quéjase Bohemia en sus montañas é Irlanda en sus mares. Las reformas del partido radical, no obstante haberse extendido desde la Iglesia hasta el campo y desde la conciencia hasta la propiedad, aparecen como meros paliativos sin verdadera eficacia. El hambre que reina por todas las regiones de la tierra céltica; la situación de los propietarios forzados á optar entre la tiranía ó la ruina; el malestar profundísimo de los colonos; la confusión habilitada que esteriliza los arrendamientos; las quejas que por doquier se oyen; las amenazas

revolucionarias que en los horizontes centellean; todas estas concausas elevan la cuestion de Irlanda, en el concepto público, á la más grave quizás entre las gravísimas complicaciones europeas. Para mayor fatalidad, el representante principal de esta aspiracion, el ya célebre Parnell, ha pasado los mares y ha ido á esa privilegiada tierra de América, en cuyos espacios las ideas resuenan con mayor resonancia, cuando se dirigen á la libertad de los oprimidos y al castigo de los opresores. A pesar de la voracidad con que aquella tierra virgen y fecunda recoge las raíces de las razas, asentadas recientemente en sus senos, y les presta la sávia y el jugo de su nativa democracia, no puede desconocerse ni negarse, que así como existe en los Estados Unidos una importante fraccion alemana, la cual ejerce en las elecciones decisivo influjo, existetambien una importante fraccion irlandesa, compuesta de muchos millares de ciudadanos y con una natural influencia, tanto por su origen como por su número. Y no podrán materialmente pesar gran cosa en los asuntos irlandeses; pero moralmente pesarán mucho. Hablando la misma lengua, sintiendo al través del espacio los mismos dolores, apoyados unos y otros, los irlandeses europeos y los irlandeses americanos, en el amor que hácia los desgraciados siente la gran rival de Inglaterra en el Océano; esta complicacion exterior agravará el gravísimo estado interior de la infeliz Irlanda; y obligará al Gobierno inglés, ó bien á una guerra violenta é injusta con súbditos quejosos, ó bien á reformas radicales, impropias de su carácter conservador y de sus compromisos históricos. Así, el célebre orador demócrata, Mr. Deke, ha podido decir en una frase gráfica, al examinar las innovaciones retóricamente ofrecidas por el discurso de la Corona para antes de las elecciones, que no hará el Gobierno en seis meses lo que no ha querido ni podido hacer en seis meses.

En tal apuro, el gran novelista Disraeli continúa en su gran política novelesca: combate en los climas abrasadores del Africa donde murió el más directo é inmediato retoño de los Bonapartes; combate en las mesetas frias del Asia alta, donde sufriera el pabellon británico irreparable afrenta; combate en el Divan turco y en el Gobierno persa, moviendo á aquél á reformas todos los días anunciadas y nunca cumplidas, y á éste á expediciones militares que pueden enemistarle para siempre con Rusia, mucho más cerca de Persia ahora que ántes, merced á las posesiones acaparadas en el Asia menor y á los pasos dados hácia Meru, complicacion gravísima, muy capaz por sí sola de dar en tierra con cualquier Ministerio, más fuerte y ménos gastado que el Ministerio conservador en Inglaterra. La mayor de las dificultades se encuentra en la eleccion de lo que debe hacerse del Herat, reino afgano, tendido en la vertiente Nordeste del Iram, especie de istmo fertilísimo entre rocas desnudas de vegetacion y desiertos llenos de sal, que interesa mucho á los persas por colindar al Oeste con su provincia de Korasan y que interesa mucho á los rusos por colindar al Norte con las estepas turcomanas, eterno teatro de las correrías moscovitas y premio eterno de sus futuros proyectos sobre las tierras centrales de la tentadora tierra asiática, la Eva que va á sacarnos del paraíso de la paz, la Elena que va á traernos la funesta manzana de la guerra. Si pudiéramos de una sola ojeada mirar el inmenso continente, manantial de todas las religiones y cuna de todas las razas, veríamos dos ejércitos, uno inglés que opera en el imperio de los afganos, y otro ruso que opera en las soledades de los turcomanos, los cuales aparecen separados por anchos espacios que, separándoles tanto, no pueden impedir ni amortiguar un choque tremendo, si el ejército ruso llega en algun tiempo á posesionarse de Meru y el ejército inglés del Herat.

Este conflicto aparece más temible desde que al abrirse el Parlamento se habia visto el Ministerio en la dura necesidad de suprimir todos los documentos relativos á las relaciones sostenidas entre el Gobierno imperial de San Petersburgo y ese audaz sultan de Cabul que ha obligado á los ingleses á esta tremenda guerra. Todo indica que la posición de Inglaterra en el Asia central la arrastra por necesidad á una guerra con Rusia; y á fin de impedirlo ó por lo ménos de aplazarla, Disraeli no ha tenido más remedio que olvidar antiguos tratados, fruto de señaladas victorias, cuya letra impedía á los persas toda conquista del Herat, y al ver ahora á sus convecinos en camino para que se interpongan como los serafines armados del Koran resueltamente en las temibles correrías de Rusia, y le impidan nuevas y más espantosas conquistas. De todas suertes, el partido liberal inglés, viendo que la guerra se prolonga sin resultado en Africa, que las dificultades crecen con amenazador crecimiento en Asia, que la influencia británica disminuye en Constantinopla, que la posesion de Chipre obliga por necesidad á una política de conquistas en Oriente, que la creacion de Bulgaria no corresponde á ninguna de las esperanzas concebidas en Berlin, que la guerra entre Albania y Montenegro puede caer sobre la pólvora amontonada en todas las antiguas posesiones turcas, que los conflictos del Gobierno de la Sublime Puerta con el Gobierno de la pobre Atenas nunca llegarán á verdadero término, podrá presentarse en las futuras elecciones diciendo como toca de derecho á su política y á su programa la aplicacion de otras ideas y de

otros procedimientos mejores al régimen de las tierras británicas y al crecimiento y extension de sus veneran las libertades. Y los próximos comicios darán, á no dudarlo, la razon á los liberales.

Y conviene, en verdad, no porque se satisfagan nuestras ideas avanzadas, por otra razon, porque, andando así, corre gran peligro la potencia liberal de convertirse, el día ménos pensado, en potencia guerrera. Y los amantes de la libertad, inseparables de la paz, tememos que de todas estas armas erizadas, de todas estas empresas militares, se desprenda como su fruto naturalísimo el despotismo, que puede hacer de nuestra Europa un Asia, deteniendo el movimiento universal hácia la libertad y esterilizando los esfuerzos creadores del trabajo. Todos los discursos oficiales nos hablan de la paz perpétua, y todas las maniobras oficiales se encaminan a la guerra eterna. De paz habló la reina Victoria, de paz el emperador Guillermo, de paz los presidentes de la Cámara húngara y de la Cámara austriaca; y todavía no han acabado tales idilios, cuando ya resuena el cañon guerrero en la Montaña Negra y en los desfiladeros afganos; ya arman todos sus súbditos los imperios de Alemania y Rusia; ya votan crecidísimo contingente militar las Asambleas de Viena; ya amenazan con venir á las manos Turquía y Grecia; ya preparan sus ejércitos como si marcharan á una inmediata campaña más ó ménos horrible todos los pueblos aquejados de esta mania bélica, que á todos los enfurece por cortos instantes y luego á todos los rebaja y los debilita irremisiblemente.

Muchas veces las victorias suelen aparecer con mayores dificultades que la derrota, como ha sucedido en Africa á los ingleses, pues habiendo cogido prisionero á su implacable enemigo, Pretorio, Presidente de la República de Transvaal, no saben qué hacer con tamaña presa. El joven general luterano, que venció al Emperador Carlos V en el Tirol, en la ocasion en que, viéndose derrotado, dijo, que la fortuna, como las mujeres, no gusta de los viejos; aquel joven é ilustre general luterano rehusó apoderarse de la cesárea y augusta presa por virtud de esta reflexion sencillísima: ¿Dónde tengo yo jaula para un pájaro tan grande? Pues bien, todo el mundo quiere ahora correr esos riesgos en que la victoria puede resultar tan trágica como la derrota, y las naciones debilitarse y enflaquecerse por las conquistas. Mr. de Bismarck aumenta los cuadros á su ejército y disminuye los estudios á sus estudiantes; rejuvenece á los reclutas, rebajando la edad para el ingreso en las armas y avieja el soldado, exigiendo más años de servicio; sube el contingente militar á sus mayores proporciones y baja los grados que señalan la altura de la riqueza pública bajo cero; y luego achaca todas estas maniobras suyas al excelente estado militar en que se encuentra Francia, constreñida á él por las amenazas de Alemania, tan pobre como fuerte en este bélico período de su larga y tormentosa historia.

En medio de estas tendencias guerreras, dos naciones caminan rápidamente á una transformacion. Es una de ellas Turquía, que no puede continuar en sus antiguas bases sin arruinarse para siempre; y es otra Rusia, que no puede contener el total desplomamiento de sus viejas y carcomidas instituciones autocráticas. El nihilismo crece en tales términos, que ya penetra en los dos cuerpos conservadores por excelencia, en el clero y en el ejército, mientras la confianza decrece tanto que nadie cree posible la resistencia. Precisa indudablemente, si Rusia ha de alcanzar paz interior, que el régimen constitucional, más ó ménos lato, pero régimen constitucional á la postre, suceda inmediatamente al antiguo régimen autocrático; cual precisa, si Turquía ha de ahuyentar el azote guerrero que la amenaza tristemente á ella y que puede herirnos á todos, la iniciacion de una serie de reformas, no pensadas en abstracto como fantástica obra de las imaginaciones europeas, sino concebidas por entendimientos experimentados y puestas en armonía en la complejion y el carácter de tan extraño pueblo. Una y otra potencia deben, para iniciar su reforma interior con fruto, proceder con tiempo á dar satisfaccion á dos naciones infelices, á Polonia y Grecia.

Rusia no puede pensar en las eventualidades de lo porvenir si olvida las tristezas de Polonia, y Turquía si desoye las quejas de Grecia. Esta cuestion griega se recrudece más cada día, y siembra toda suerte de terrores en los ánimos y suscita toda suerte de dificultades en los territorios del Oriente. El griego tiene razon de quejarse, y no tiene razon el turco para resistirse. Los sitios más consagrados por la historia helénica, la cuna de tan heróica é inspirada familia de pueblos, los espacios de los oráculos, y las fuentes de la poesía yacen aún, cuando tantas regiones semi-bárbaras se han redimido, en poder de Turquía, como un jardín de sus serrallos. El Olimpo, en cuyas inaccesibles cimas habitaron los antiguos dioses de Grecia; el Pindo vestido de laureles y poblado de musas; el Pelion y el Ossa llenos de tradiciones sublimes, se hallan profanados por la media luna, despues de haber procurado á la guerra de la independencia sus héroes y en sus cantares. A tanta luz, y tanta hermosura; donde el cielo resplandece con tales reverberaciones deslumbradoras y la tierra guarda recuerdos tan sublimes; entre razas que han concebido la filosofía, que han dado el arte, que han puesto casi la estética en

nuestros pechos, que han tenido el privilegio de adelantarse á todas en la libertad, no pueden durar mucho tiempo las cadenas, más pesadas á medida que más se siente la luz de la inteligencia en el cerebro y el calor de la inspiración y de la fé en el corazón.

La tierra del Peloponeso es un eterno templo de las almas; sin ella no se hubiera educado Roma en el derecho y en la política, ni Alejandría en las ciencias matemáticas y astronómicas; sin ella el Asia hubiera hechizado eternamente al género humano con su magia, y Europa hubiera eternamente carecido del arte, de la filosofía, de la libertad; su pensamiento dió la metafísica al cristianismo y su línea al eterno modelo, á la inspiración plástica; donde quiera que nos volvamos, á nuestras estatuas, á nuestros cuadros, á nuestras nomenclaturas sábias, tenemos que encontrárnosla sin remedio; pues los helenos son los dioses de la tierra y el helenismo una especie de religión para la humanidad. Así no hay remedio, es necesario satisfacerla, reintegrarla, erigirla en su territorio, en nación, darle aquellas condiciones de vida, primero, porque es nación, y segundo, porque es Grecia, la musa de la historia, la gloria de la tierra, la madre de los pueblos.

A la hora de cerrar esta revista, nos anuncia el telégrafo una horrible noticia. Celebraba la familia imperial de Rusia gozosa fiesta, y tenía convidadas al banquete de rúbrica todas las dignidades mayores del imperio, y una parte considerable de la que pudiéramos llamar corporación diplomática. La puntualidad, decía Luis XIV, es la educación de los reyes, y á la hora prefijada, con la cortesía debida en los asuntos cortesanos, hallábanse reunidos, discurriendo por los salones del palacio de invierno todos, absolutamente todos los convidados. Mucho fuego encierra bajo sus polares costas de hielo el imperio moscovita, y sin embargo, nadie presumiera que la erupción abriese un nuevo boquete y echase su encendida lava por las mismas raíces del trono, bajo las cámaras imperiales, en el salón de guardias, allí donde se concentran, como en su unidad suprema, todas las fuerzas resistentes de la autocracia, el estado mayor del ejército, la alta policía, la jefatura de la Iglesia, la personificación de la sociedad, el que todo lo compendia en su persona, pontífice, general, czar, semi-Dios.

Aún estaban por los salones los convidados y la corte, sin pasar al comedor, cuando á la hora de antemano prefijada para la comida, estalla con horrible estampido, que hace bambolear todo el palacio, una mina, indudablemente cargada de las nuevas materias explosibles, cuya fuerza excede en tanto á la fuerza que tiene la pólvora. Saltó en fragmentos el suelo de la sala de guardias; abrióse ancha boca en el suelo también de la gran sala donde la comida debía celebrarse; cayeron muertos siete soldados y mortalmente heridos más de cuarenta; catástrofe apenas explicable, sino por el fanatismo y la superstición que la esclavitud engendra en los esclavos, decididos por cuantos medios estén á su alcance á ser hombres y hombres libres. El haber retardado una hora la comida, ha sido la causa única de salvación. Mas, á pesar de todo, el terror de esa pobre familia imperial, digna de compasión ciertamente, que vé llegar los conjurados hasta sus propias alcobas, al pie de la cama donde duerme y de la mesa donde come, ese terror pánico que sobrecoje á un ejército, y con mayor razón á seres desprevenidos é indefensos, debe darle una vida peor cien veces que la misma muerte. Y no hay medio de defensa alguno, cuando en la capital donde residen todos los elementos del poder y están aglomerados todos sus recursos, con la policía más numerosa de la tierra, con el celo natural de las autoridades convertido en recelo por los últimos sucesos y las continuas amenazas, puede abrirse á los cuarentones del palacio de invierno una mina inmensa, que estalle bajo el cuerpo de guardias destinado á su presidio y á su custodia.

No, no tiene remedio; debe reconocerse que esos bárbaros atentados, reducidos exclusivamente á Rusia, no imitados en ninguna otra parte, pues si hay crímenes individuales por lo que, no hay corporaciones enteras y partidos enteros que los premediten y los perpetren; esos bárbaros atentados, decía, repetidos, continuados, perseverantes, sin que alcance á prevenirlos la policía, ni á detenerlos el Gobierno, ni á ahogarlos la conciencia pública, provienen de una organización política y social que debe reformarse inmediatamente, ó decidirse á sufrir los estallidos diarios de los más terribles hechos que haya visto en sus páginas, manchadas por tantos crímenes, la humana historia.

EMILIO CASTELAR.

EL TRABAJO EN CUBA.

III

La primera condición para que el trabajo se desarrolle en Cuba en términos de salvar á la isla de la espantosa crisis por que atraviesa, es la libertad verdadera del trabajador. No vamos á buscar razones para sostener estatís en los principios generales de la ciencia, ni en sus aplicaciones bien conocidas y bien estudiadas en los países europeos, en donde después de una serie no interrumpida de evoluciones sociales, nos muestra la historia cómo

la personalidad del trabajador ha ido por grados elevándose desde la miserable condición del ilota, hasta la noble y elevada del obrero libre del siglo XIX, sin cuyo poderoso y eficaz concurso, espontáneo é inteligente, apenas se concibe la vida moderna de los pueblos cultos. El respeto á su dignidad y á sus derechos, la justa retribución de sus esfuerzos, y el reconocimiento de su libertad, garantidos por las leyes fundamentales, han elevado á esa clase hasta la altura en que hoy la contemplamos, haciendo de ella, no un elemento esencial, sino la base que sustenta todo el edificio de la moderna civilización.

El problema social, grave como es en todas partes, reviste en estos países caracteres muy diferentes de los que en Cuba presenta; aquí las grandes cuestiones, los conflictos gravísimos que surgen del antagonismo temeroso entre el capital y el trabajo, son, en definitiva, las manifestaciones de una ley, que no por desconsoladora y terrible, es menos cierta y evidente: *la lucha por la existencia*. Ley de naturaleza, contra la cual es vano y temerario empeño de la sociedad oponer eficaces remedios ni completas soluciones; el mal, que en su esencia está fuera de los límites á que alcanza la acción del hombre, subsiste y subsistirá; y sólo podrá atenuar un tanto sus efectos, ó suavizar sus modos de expresarse, bien la acción poderosa del Estado, según unas escuelas, ó el principio de libertad, según otras. Con observar solamente que las huelgas de la clase obrera, mal retribuida ó excesivamente fatigada por el trabajo, han sustituido á las sangrientas colisiones y á los embates de muchedumbres desesperadas, se advierte ya por modo claro que la tranquila y pacífica alegación ó la protesta del derecho han venido felizmente á ser lo que, sin la libertad, habría sido terrible explosión de cólera y venganza y furor desenfrenado, con que, en otras épocas, las clases inferiores se han revuelto airadas contra la opresión de los magnates.

En medio de todo, nadie podrá desconocer que el obrero europeo, si está expuesto á ser algunas veces víctima de la tiranía del capital, debe á la civilización moderna, con los derechos de su personalidad, un grado de adelanto y cultura extraordinario; participa de los beneficios de la libertad, está en pleno goce de los derechos civiles y políticos, recibe la instrucción que eleva su espíritu y enaltece y dignifica su persona, entra con incuestionable y perfecto derecho en el admirable concierto de los progresos modernos, tiene hogar, tiene familia, le alienta la esperanza; el poderoso estímulo del interés vigoriza su inteligencia y multiplica los medios de acción para labrar su porvenir y el de su familia; y recorriendo el áspero camino del trabajo, que á todos nos está impuesto por ley superior de naturaleza, halla siempre para oponer á las injusticias y á toda suerte de opresiones el formidable é imponente escudo de esa prenda inestimable que se llama el derecho, la libertad... ¿Quién osará atacarlo, que no vea en frente de sí á la sociedad entera?

Pero hay más: á las incertidumbres del trabajo libre, á los temores de enfermedades, y aún á las tristes consecuencias de la muerte del obrero, han acudido el interés común y el espíritu de mutuo apoyo, por medio de esas grandes y poderosas sociedades que se han organizado y cada día adquieren mayor importancia en los países de Europa....

¿Qué cuadro tan diferente es el que ofrece al examen del observador imparcial la condición del trabajador en Cuba! Apenas se tiende la vista por su vasto territorio, cuando á la ménos perspicaz se manifiestan las dos grandes desgracias, sobre las cuales está fundado el régimen del trabajo y de la vida entera moral y física de aquel país desventurado: *la esclavitud* y *la diferencia de razas*; dos fatalidades históricas, que como preparadas del espíritu del mal, como engendradas en la noche sombría de la iniquidad y de la ignorancia, como hijas de un consorcio nefando, de un contubernio monstruoso entre la codicia y la torpeza, vinieron á la vida con todas las deformidades y con todos los vicios procedentes de sus orígenes, y se desarrollaron y crecieron al calor de instituciones inspiradas tan sólo en el interés de alimentarlas, de sostenerlas y de vigorizarlas y protegerlas. Por eso viven aún, y nos amenazan con la ruina y con la muerte; porque sólo en atmósfera de muerte pueden respirar; como en su medio propio, esos engendros de tan oscura, tan miserable y tan terrible concepción.

¿La esclavitud!... ¿Cómo no ver en ella el primero, el más invencible obstáculo para el trabajo humano? ¿Cómo ha de ser agente activo y útil de producción el hombre reducido á la condición del bruto, y cuya conciencia, cuya voluntad, cuyos medios todos de acción converjen forzosamente á la resistencia?

Admitiendo que por la fuerza, por el temor y por la crueldad se haya conseguido, ó se consiga, arrastrar esa miserable máquina humana al ejercicio obligado de sus fuerzas musculares, ¿hay alguien capaz de poner en duda la preponderancia de los elementos contrarios que nacen y se forman y desenvuelven en el corazón y en el cerebro de esa criatura humana, cerebro y corazón que no alcanza á dominar ni á someter poder alguno de la tierra?

Suponiendo, si se quiere, que el estado de abyección, que el embrutecimiento á que se reduzca

á tan desgraciados seres, llegaran á ser tales que extinguieran esas fuentes eternas de ideas y de sentimientos, y que apagarán esos dos focos luminosos, que fulguran en la conciencia humana, y que brillan aún en medio de la noche de la esclavitud; suponiendo que la maldad de los hombres, auxiliada por la injusticia de las leyes, hayan podido conseguir la muerte moral del esclavo, la desaparición de todo lo que hay en él de hombre, el verdadero automatismo, ¿qué efecto útil se puede esperar de esa máquina no impulsada ni dirigida por el único motor que le es propio, por la voluntad? ¿Qué condiciones de duración, de subsistencia, de economía, puede ofrecer un organismo que para funcionar necesita perder antes lo que constituye su esencia, su fundamento, su naturaleza? ¿Qué garantías de paz y de tranquilidad puede haber en donde impera la violencia, en donde á las leyes de la naturaleza se sobreponen otras leyes que la contrarían, que la combaten y que aspiran á anularla?

La paz, el reposo y la tranquilidad, que son condiciones necesarias para el trabajo, no se fundan sobre la acción opresora de la fuerza que quebranta y comprime momentáneamente los derechos naturales del hombre, que ahoga sus sentimientos, que anula su inteligencia, que mata su voluntad, que niega su personalidad, que, en fin, no satisfecha con esa obra insensata de destrucción moral, en el vértigo de la locura y en la ceguedad del poder, hiere y flagela el cuerpo de su víctima infeliz, y castiga y maltrata hasta la miserable carne, único vestigio que queda del ser humano en aquella sombra de trabajador. Por esos medios, lo que se ha alcanzado, lo que se alcanza, lo que se alcanzará es un estado falso, precario y peligroso, de comprimido sufrimiento y de violenta sumisión, precursores de guerras, de venganzas y de sangrientas represalias... En tales condiciones, el hombre no ve otra salvación que la muerte, y la encuentra en el suicidio, ó desesperado la afronta valerosamente en la lucha, si es que no cae en la mayor indiferencia, en la absoluta falta de sensibilidad, en verdadero estoicismo. Si esta tristísima deducción no fuera rigurosamente cierta, sólo por virtud del razonamiento puro, si alguno pudiera suponerla inspirada por sentimentalismo exagerado, vendrían los hechos con su elocuencia incontestable á demostrarla por modo claro y evidente, al recorrer la historia de todos los países en donde la esclavitud ha existido; y si todavía se pretendiera argüir con las diferentes circunstancias en que Cuba se ha encontrado, bastaría recordar la proporción de los suicidios ocurridos en los esclavos de la misma isla comparados con los de personas libres de ambas razas, ¡proporción que ha llegado á ser y á un exceder de 87 por 100!; bastaría contemplar el semblante de un padre ó de una madre esclavos en presencia de su hijo muerto, como el que escribe estas líneas lo ha visto con espanto y horror, ó considerar al hijo, al padre, al amante, obligados á ocuparse en las faenas que se le exigen, mientras que el ser querido de su corazón gime en el cepo, ó arrastra una cadena, ó es azotado con crueldad, ó se le arranca inhumanamente de su lado y se le vende á los mercaderes que se lo llevan; bastaría, en fin, no olvidar que la guerra anterior de Cuba habría tenido un término feliz, pronto y seguro, ó tal vez se la habría evitado con las concesiones liberales de la revolución de Setiembre, y que la actual no habría tenido lugar, si no la hubiese alentado y sostenido, si no la alentase y sostuviese hoy, el poderoso concurso, del casi exclusivo elemento que le dió vigor y fuerza, el de los negros. Si ante estos hechos, si ante estas dolorosas realidades, todavía hay quienes crean que la esclavitud deja al trabajador otros horizontes ni otra aspiración, ni otro recurso que la *rebelión armada*, el *suicidio* ó la *muerte moral* en el *idiotismo*, no dudaremos entonces que hay hombres cuyos ojos no ven, cuyos oídos no oyen, cuyo corazón no siente y cuya razón no discurre. Y si algunos entienden que el trabajo es posible en medio de una situación que así atrofia y esteriliza, cuando no destruye y aniquila, el único agente llamado en Cuba á producirlo, diremos que no saben ni pueden saber lo que es trabajo, ni lo que es producción, ni lo que es el hombre, ni comprenden, ni comprenderán jamás que por el camino de la degradación y el envilecimiento, sólo se llega en el orden social á la ruina, á la miseria, al hambre y á la muerte. ¿Ignoran acaso que, sin espontaneidad, sin libertad, sin elección de los medios más adecuados á sus aptitudes naturales y especiales, sin la facultad de aprovechar el fruto de sus esfuerzos, sin el estímulo del interés, sin inteligencia y educación que relacionan la fatiga con el producto de la actividad, sin derechos, sin voluntad, sin esperanzas y sin familia, el obrero es incapaz de todo trabajo fecundo y provechoso?

De los dos factores que componen la naturaleza de ese agente humano de producción, que se llama trabajador, el primero y más esencial reside en su inteligencia, en su razón, y en sus sentimientos reguladores de su voluntad; el segundo está en su fuerza física, en la acción muscular que obedece al impulso del primero; y como las variaciones de uno y otro no son independientes, y como están por ley natural ligados entre sí íntimamente, se puede asegurar que el producto de su conjunción sólo se alcanzará mediante el respeto á esa ley natural. Si decrece la fuerza intelectual y no crece la fuerza física, ó vice-versa, el resultado se amen-

gua; pero como ninguna de ellas puede exceder de los límites que la naturaleza impone, el efecto producido por la actividad del hombre será verdaderamente despreciable, si se rebaja ó se reduce con exceso el valor de cualquiera de las dos, y mucho más si se disminuye á la vez la intensidad de ambas en términos exajerados.

Por eso en países, como Inglaterra y los Estados Unidos, regidos por leyes que promueven, alientan y favorecen el desarrollo de esos elementos moral y material, en donde el pueblo se educa é instruye sin trabas ni restricciones artificiales, en donde su alimentación es buena, porque la permite un régimen económico ilustrado, el trabajo se desenvuelve en condiciones favorables, y sus productos causan verdadero asombro y maravilla.

Por eso en nuestra pobre España, regida por leyes restrictivas, centralizadoras, asfixiantes, que ahogan y comprimen toda tendencia á la cultura del pueblo, el trabajo, en todas sus esferas, se arrastra lánguido y pobre y miserable; la agricultura y la industria permanecen en un estado de atraso que nos avergüenza, y sólo pueden vivir á costa del hambre del infeliz consumidor: se ven los resultados de este régimen desatinado en la ignorancia de nuestro pueblo, en la frecuencia espantosa con que se alza el patíbulo y en la ostensible decadencia física de nuestra raza; es natural que los productos del trabajo sean imperfectos y escasos, y que la condicion social del país sea pavorosa y á todos nos tenga intranquilos, ménos á los torpes gobernantes, que aspiran á llamarse *hombres de estado*, y que ciegos y sordos, ante las desgracias de la patria y á los clamores del pueblo que sufre, perseveran en el camino de sus errores y de su intransigencia.

Por eso, en fin, allá en Cuba, el régimen legal de la esclavitud, fundándose necesariamente en la casi anulación del elemento moral del trabajador, no ha podido jamás desplegar fuerzas creadoras en el hombre capaces de resolver el problema de la producción; al desarrollo de fuerza física y de robustez se opuso siempre la inmensa dificultad de alimentar al esclavo con abundancia y economía (como demostraremos en otro artículo), y de esta suerte no fué ni es posible ganar en el orden físico lo que en voluntad se perdía, lo cual, ni aún con buena alimentación, se hubiera conseguido, en virtud de las leyes naturales que limitan el aumento de cualquiera de esos dos factores á que antes nos hemos referido.

Ya nos parece oír esos argumentos que los hombres poco conocedores de la historia y condiciones especiales de la isla de Cuba, ó los interesados en sostener lo que á sus fines particulares se acomoda, suelen presentar, no mirando las cuestiones más que superficialmente. Se dice, con efecto, que á pesar de esas condiciones que hemos expuesto, los hechos prueban que la producción y la riqueza de Cuba, han tenido grande incremento, y que á su sombra se desenvolvieron gérmenes de bienestar material. Para demostrar que ese hecho en nada afecta á la verdad de nuestras conclusiones, hasta observar que en ese período de tiempo la corriente de la trata africana no se vió contenida, antes bien eficazmente auxiliada por razones y con propósitos que todo el mundo conoce; de suerte que la posibilidad de aumentar sin límites el número de trabajadores esclavos, vino siempre durante esa época á establecer la única compensación del grave daño ocasionado por las pésimas condiciones morales y físicas del obrero forzado, envilecido y muy poco apto, por sí, como agente productor.

Porque es claro que, por muy escaso que fuera, como no podía ménos de ser, el rendimiento debido á una acción individual debilísima, pudo, sin embargo, ser, y fué sin duda grande, el que produjo la facultad de acrecer (sin limitación que la conciencia del traficante no conocía y que el desprecio á la ley hacia imposible) indefinidamente su número; y de mantener viva la corriente que lo alimentaba con incesante renovación... ¿Qué importaba la mezquindad del esfuerzo individual del esclavo, el aniquilamiento de sus facultades morales y de su vigor muscular, ni la misma muerte que diezaba las dotaciones, cuando las expediciones y alijos de bozales eran recursos inexhaustos, expeditos y baratos, para multiplicarlas y cubrir con exceso las bajas?

Añádase á esto la extensión inmensa y la incomparable feracidad de las tierras vírgenes de Cuba, que permitían la aplicación de procedimientos agrícolas devastadores, por virtud de los cuales las zonas de cultivo eran tan ilimitadas como el número de braceros esclavos; obsérvese también que, sin necesidad de trabajo inteligente, con el abandono de los terrenos ya explotados, con el avance y ocupación de otros nuevos, quemando bosques y haciendo rozas, la naturaleza por sí sola lo hacía todo, y de su seno fecundísimo, con ser muy pobre el concurso del hombre, brotaban raudales de oro casi espontáneamente, como por encanto y maravilla. Tales, y no otras, fueron por mucho tiempo las causas del fenómeno, que, poco estudiado en sus orígenes, ha dado ocasión á esas argumentaciones: el tráfico de negros africanos, la grande extensión y la inmensa fertilidad del suelo, por una parte, la falta de conciencia, la trasgresión consentida de las leyes, y la torpe é imprevisora explotación de campos, más que aprovechados por el arte, destruidos y esquilados por la ignorancia.

Peró como la conciencia y la libertad humanas

no son en vano ultrajadas, ni la naturaleza consiente que se abuse de sus dones más allá de los límites que ella misma ha impuesto á los hombres, llegó un día en que las primeras se alzaron como dique incontrastable para contener la corriente de esclavos africanos, y la contuvieron; como natural consecuencia de este hecho que la justicia universal reclamaba; y de la esterilización que produjera en las tierras aquella torpísima manera de cultivo que en él se fundaba, comenzó ya la gran cuestión del trabajo en Cuba á presentarse al examen de los hombres pensadores bajo aspectos antes desconocidos, y á convertirse en serias y graves dificultades todo lo que hasta entónces habia sido fácil y al parecer segura prenda de explotación, de riquezas, de esplendor y opulencia deslumbradores.

¡Ah! No se burlan jamás impunemente las leyes inmutables de la naturaleza, ni se conculcan de esa suerte los sacratísimos derechos del hombre; ni mucho ménos se funda en semejante violencia del orden natural y del orden moral todo un régimen, todo un sistema de organización social de los pueblos. No bien se secó la fuente impura que alimentaba aquella aparente prosperidad y que sostenía aquella falsa riqueza de Cuba, surgieron al punto problemas temerosos: aumentó y creció en rapidísima progresión el valor de los esclavos, y con él la cuantía del capital invertido en esa parte esencial de la producción; la gran mortalidad de trabajadores de esa clase comenzó á producir bajas que no se podían ya cubrir sin grandes sacrificios pecuniarios; la inferioridad del fruto obtenido con el trabajo ignorante, no era ya compensada por facilidades en la explotación; las competencias en los mercados extranjeros imponían á Cuba los precios del azúcar; el interés del dinero subía en proporción de la inseguridad de las garantías; y para más agravar ese conjunto de dificultades, limitado el campo del cultivo, y necesitando preparación inteligente las zonas ya utilizadas, la naturaleza venía á mostrarse mucho ménos pródiga de sus tesoros.

Ya se vé cómo el problema del trabajo vino, por virtud de todas esas circunstancias, á plantearse en sus verdaderos términos; era preciso ocurrir con el arte, con la inteligencia, á transformar la agricultura cubana, empleando nuevos procedimientos de cultivo, nuevas aplicaciones mecánicas é industriales, dividiendo convenientemente el trabajo, como enseña la ciencia económica, y entrando, en fin, resueltamente en el concierto de los adelantos y de las conquistas de la moderna civilización. Pero como para alcanzar estos fines, lo primero que se necesitaba era dar al trabajador las condiciones morales y físicas que lo convierten en agente útil y eficaz de producción, y esto no se podía conseguir mientras subsistiese la esclavitud que, como hemos dicho, rebaja y embrutece al obrero á la vez que enerva y debilita sus fuerzas, siguieron las mismas antiguas y funestas prácticas con sus inevitables consecuencias de extraordinario costo en la producción, necesidad de gran capital de explotación, de intereses muy altos, ruinosas concurrencias y precios *impuestos* (siempre bajos para procurar rendimientos líquidos proporcionados á los afanes y sacrificios), inseguridad de la paz y del reposo público, desconcierto de los negros esclavos, é imposibilidad de pagar bien á los libres.

La subsistencia de la esclavitud despues de la supresión de la trata, dando lugar á considerable aumento de la clase libre de color y á la consiguiente disminución del número de esclavos, agravó más de día en día la condicion del trabajo; los hacendados no tuvieron más recurso que apelar á los braceros libres, promover así la mezcla de dos elementos que siempre habian querido evitar y pagar muy fuertes jornales, necesarios para el sustento del proletario en Cuba, y superiores á los tipos que permitían los precios, la calidad y cantidad del fruto obtenido. Nótese además que el estado social del trabajador libre, se hacia cada vez más alarmante, porque no teniendo otro campo de ocupación que la agricultura, y sin auxilio de capital, se veía en la dura necesidad de sufrir la depreciación enorme que le originaba la concurrencia, para él funesta, del trabajo forzado de los esclavos.

No podía esperarse, en medio de situación tan preñada de dificultades, de organismo tan viciado, de orden económico tan absurdo y tan amenazador, de relaciones tan violentas entre las diferentes clases, no podía nacer siquiera la aspiración de crear otros modos de aprovechar el trabajo, fundando industrias nuevas, ni dando carácter de permanencia á lo ya establecido sobre bases falsas, ni atrayendo capitales extraños que, justamente recelosos, huían de toda empresa más ó ménos relacionada con la precaria situación de Cuba.

La abolición de la esclavitud en el estado á que las cosas habian llegado, era ya indispensable, no sólo como grande acto de justicia, sino como condicion de vida para el país; por eso, al tratar de corregir males tan graves, despues de la última guerra, que los ha puesto en evidencia aumentando su intensidad, la primera y la más esencial de todas las leyes que habian de servir de fundamento á la reconstrucción, mejor dicho, á la salvación de Cuba, no podía ni debía ser otra que la de abolición inmediata, con la libertad de contratación del trabajo. El Gobierno de España no lo ha entendido así; las Cortes no han visto, ni examinado, ni resuelto la cuestión del único modo conveniente; y bajo

el pomposo y falso nombre de *ley de abolición*, han aprobado una transformación social perturbadora, ruinosa, ocasionada á conflictos pavorosos, y en la cual se niega por completo aquello mismo que se quiere afirmar y que en ella se consigna. Vamos á demostrar que, lejos de mejorar las condiciones del trabajo en la isla de Cuba, va á ser esa ley una nueva dificultad, un gérmen de complicaciones gravísimas, y un golpe de muerte dado á aquel país desventurado, que está hoy en las convulsiones de la agonía, y que pronto, muy pronto perecerá, porque así lo quieren la obstinación torpe, la inconcebible ceguera de mal aconsejados gobernantes.

Y con esas consideraciones, que dejamos para otros artículos, veremos la prueba de que subsistirán *todos los males* que origina la esclavitud en el trabajo, y de que no se alcanzará una sola de las ventajas que produce la libertad *verdadera* de los trabajadores.

B. PORTUONDO.

EL NIHILISMO RUSO Y EL SOCIALISMO.

Los últimos y terribles atentados del nihilismo contra la familia imperial de Rusia, sobre todo el conato de voladura del palacio que ésta habita, han llenado de espanto y asombro á la Europa entera, que acaso cree ver en estos hechos un tremendo peligro para la sociedad y un pavoroso síntoma de próximas catástrofes. ¿Será fundado este temor? ¿Habrá que ver en el nihilismo el anuncio de una revolución de inmensas proporciones, ó será un fenómeno puramente local? Hé aquí lo que nos proponemos examinar en este trabajo.

Hay en el nihilismo aspectos muy singulares que le dan un carácter verdaderamente excepcional y extraordinario. Si se atiende al nombre que lleva y al programa que sustenta, diríase que el nihilismo es la forma más exajerada del socialismo revolucionario, llevado ya hasta un verdadero acceso de delirio, inconcebible en seres racionales. Si el nihilismo fuera lo que se dice, si sus propósitos fueran poner término al actual orden social en todos sus aspectos, seria fuerza reconocer que representaba el hecho más extraño que imaginarse puede, cual es el de haberse lanzado á una lucha terrible una série de hombres que, exaltados por fanatismos de todo género, habian perdido el uso de la razón y constituían un ejército de locos sublevados contra la sociedad.

Pero lo más extraño del caso es que las huestes del nihilismo no se componen de masas populares, en las que fácilmente se explican tamaños delirios por la ignorancia y abyección en que viven. Personas de buena posición social, instruidas y cultas, forman el núcleo del partido nihilista. Militares, estudiantes, damas, funcionarios públicos, aparecen complicados en las criminales empresas del nihilismo, y la facilidad con que este comete sus atentados, da indicios de que acaso en los mismos encargados de sostener el orden tiene cómplices la conjuración.

Este hecho no tiene explicación. No se concibe que personas pertenecientes á clases cultas y bien acomodadas, conspiren en favor de un absurdo como el nihilismo, y para lograr el triunfo apelen á sus más espantosos crímenes. No falta quien pretenda explicar el hecho afirmando que el nihilismo es la consecuencia de ciertas doctrinas filosóficas, hoy en boga, como son el positivismo y el materialismo. ¡Error insigne! Ninguna de esas doctrinas ha proclamado los principios del nihilismo, ni ha combatido los fundamentos del orden social. Podrán haber defendido algunas reformas, más ó menos acertadas, pero no han convertido en dogma la anarquía demagógica.

Mayor responsabilidad puede caber en el desarrollo del nihilismo al socialismo revolucionario, propagado entre la gente eslava por Hertzén y Bakounine. Este socialismo se distingue del que impera en otros países por la importancia que en él se otorga al elemento municipal. El municipio eslavo fué el único elemento democrático y liberal de la nación rusa, y tomado por base de una organización política de carácter federal es la aspiración de la escuela socialista de Hertzén y Bakounine. Bien puede ser el nihilismo la exajeración de esta doctrina, nacida del violento fanatismo y la cólera terrible de los que ya no pueden soportar el despotismo autocrático del Imperio.

Pero de todas maneras queda sin explicar el hecho de que defiendan este absurdo y criminal delirio las gentes de buena posición y de cultura; y sólo cabe pensar que de ellas se ha apoderado un fanatismo que ya toca en la locura y que les arrastra á los mayores crímenes. Consecuencia fatal y necesaria del régimen despótico! Atento á conservar su absoluto poder y convencido con razón de que para lograrlo es indispensable mantener á los vasallos en la ignorancia y gobernarlos por medio del terror, llega á embrutecer al pueblo en que domina, trocando la masa de los ciudadanos en rebaño de bestias. ¿Cómo se ha de extrañar de que en el día en que en estos se despierte el amor de la libertad, la bestia domada se convierta en fiera del desierto?

No quiere decir esto que disculpemos los hechos del nihilismo. El nihilismo, que si no fuera otra cosa que la aspiración al triunfo de la idea liberal seria legítimo, ha perdido todo derecho á la estimación de los que aman la libertad por los infames recursos de que se vale, recursos que sobre

ser criminales y horribles, pecan de impolíticos. Si los que quieren la libertad para Rusia no cuentan con medios para conquistarla por el camino de la revolución, debieran refrenar su impaciencia, sacrificar sus ambiciones y limitarse á la propaganda de sus ideales, no sólo por los escasos medios que la legalidad allí vigente pone á sus alcances, sino por aquellos otros á que puede apelar el oprimido. Pero los bárbaros procedimientos que emplean sólo sirven para deshonrar y por tanto hacer imposible la causa que defienden y excitar la indignación de las personas honradas. Y por otra parte, si alguna vez lograrán sus abominables intentos ¿qué conseguirían? Si no cuentan con fuerzas (y así debe ser), lograrían sólo provocar la reacción más espantosa; y si el triunfo era suyo no daría otro resultado que el entronizamiento de la anarquía más salvaje que puede imaginarse.

¿Pero es creíble que todas las fuerzas liberales de Rusia sean cómplices de esta espantosa y criminal locura? No podemos contestar á esta pregunta que los hechos parecen resolver en sentido afirmativo; pero si así fuere, menester era desesperar del porvenir de la Rusia, destinada en tal caso á caer en los abismos de la barbarie.

Sea lo que fuere; represente el nihilismo el sueño criminal de algunos locos ó la manifestación terrible de la cólera de un pueblo que, degradado y embrutecido por el despotismo, ni siquiera sabe reivindicar sus legítimos derechos sin mancharse con el crimen, es una verdad que el nihilismo es la demostración tremenda de los peligros que acarrea la política que domina en Rusia, es decir, la política que aspira á toda costa al sostenimiento de lo pasado, que mantiene todas las formas del despotismo, opone ciega resistencia á la ley del progreso y se obstina en negar al pueblo ruso las condiciones en que viven todas las naciones cultas.

Si la dinastía rusa hubiera sabido ceder á tiempo; si continuando el emperador Alejandro la política relativamente liberal que antes de la rebelión polaca hizo, á la emancipación de los siervos hubiera seguido la terminación del Gobierno absoluto; si, gradual y prudentemente y con las precauciones que exige el estado de un pueblo que aún no ha perdido los restos de su primitiva barbarie y lleva largos siglos de vivir embrutecido bajo el despotismo, se hubieran ido planteando reformas liberales y se hubiese establecido, bajo las formas que requiere aquella civilización, el sistema parlamentario, el nihilismo no hubiese aparecido, porque el nihilismo es la consecuencia de tener á un pueblo en un estado tal, que cuando en él se despierta la conciencia oscura y casi inconsciente de su libertad, usa de ésta como pudieran hacerlo las fieras. No es pequeña, por tanto, la responsabilidad que en los horrores que hoy nos espantan tienen los poderes que no supieron precaverlos con una política razonable, y en cierto modo los provocaron con su imprudente resistencia.

Todavía está á tiempo el Gobierno ruso para poner remedio al mal. Una política de prudentes concesiones y reformas, que tuviese por base el planteamiento del sistema representativo, haría imposibles los excesos nihilistas y daría fuerza suficiente al Gobierno, á quien entonces apoyarían los elementos liberales sensatos que pueda haber en Rusia, para reprimir con mano dura á los que perseverasen en absurdas exigencias, ideales utópicos é imposibles y planes criminales. La concesión y la resistencia, manejadas á tiempo y con discreción, son acaso la clave de la política. El que siempre cede y el que resiste siempre están expuestos á iguales contratiempos.

Si el emperador de Rusia y sus consejeros poseyeran verdadero sentido político, comprenderían que la población rusa, una vez libre de su antigua barbarie, ha ido entrando en la civilización europea, y aunque la masa de la población, sobre todo en la Rusia asiática, es todavía un conjunto de bárbaros casi sin civilizar, las clases superiores han adquirido no vulgar cultura, y Rusia ofrece el espectáculo de una gran población semi-salvaje, en cuyo seno vive una sociedad de gente culta, que sigue atentamente el movimiento progresivo del resto de Europa, que cultiva con éxito las ciencias, las letras y las artes, y que no puede llevar en paciencia que la condición política de Rusia no sea igual á la de otros pueblos más felices, y que la buena sociedad rusa, hoy distinguida é ilustrada, esté sometida á un régimen poco más liberal que el que existe en los imperios bárbaros del Asia. Y como tal estado de cosas no puede tener buen resultado, el Gobierno ruso debía conceder á su pueblo las condiciones necesarias para igualarse á los demás, y con esto quitaría todo pretexto fundado á la revolución.

Basándonos en el hecho de esta situación excepcional de la sociedad rusa, entendemos que el nihilismo es un fenómeno puramente local, que no representa un peligro inmediato para las demás naciones europeas, tanto porque en ellas no existen las causas que al nihilismo dan origen, como porque en ninguna es fácil que se dé el singular y casi inexplicable fenómeno de entrar en conspiración semejante las clases que necesariamente personifican el elemento conservador.

Pero esto no impide que el hecho de la aparición del nihilismo, si se le relaciona con otros parecidos, pueda ser una importante enseñanza para los Gobiernos europeos y para los partidos que aman la libertad y el progreso, pero quieren mantener las bases fundamentales del orden social.

Es cosa evidente que, obedeciendo á la ley general de evolución que á todos los seres se impone, y que en su aplicación á la vida humana recibe el nombre de progreso, la sociedad está sometida á una serie de cambios y las instituciones, leyes y costumbres se modifican constantemente, de lo cual se infiere que no puede hablarse sin error de un orden social absolutamente inmutable.

No es ménos cierto tampoco que la ley de evolución no es tan absoluta que no haya, en lo que á ella se somete, algo relativamente permanente. Así, por numerosos que sean los cambios en la organización de las sociedades humanas, hay algo que puede cambiar de forma, pero que no desaparece nunca, porque necesariamente responde á las condiciones y necesidades de la humana naturaleza. Cualesquiera que puedan ser las futuras mudanzas de la humanidad, es seguro que siempre habrá ciertos principios de moral, de derecho y de justicia, que sean la base del orden social, y ciertas instituciones y fines de la vida, como la propiedad, la familia, el Estado, la ciencia, el arte, la agricultura, la industria, el comercio, que en una ú otra forma subsistirán mientras existan hombres.

Lo que cambia, y á veces desaparece, es lo que nace de determinados estados de cultura, de ciertos ideales históricos, en suma, de causas que no proceden de la naturaleza, y por esta razón la base de todo el movimiento social, ha de ser adaptar todas las instituciones sociales á las leyes y exigencias de la naturaleza humana, teniendo en cuenta aquellas modificaciones y limitaciones que á esta impone necesariamente en muchos casos el hecho de hallarse el hombre constituido en sociedad.

Si los que están encargados de la dirección de la vida de los pueblos, ora rigiéndolos desde las esferas del poder, ora influyendo en sus destinos desde la esfera de la opinión, adoptaran estos principios como base de conducta, haciendo de la política una ciencia positiva y un arte eminentemente práctico, difícil, por no decir imposible, sería la aparición de ciertos hechos, como el nihilismo, por ejemplo. Mientras la política se traduzca en reformas impremeditadas y prematuras, en utopías imposibles, en perturbaciones insensatas, ó por el opuesto lado se manifieste como negación de toda mudanza y empeño de dar carácter definitivo á lo que es reformable, el desorden y la perturbación serán inevitables, y como las pasiones del hombre son á veces feroces y las ideas engendran fácilmente el fanatismo é impulsan al crimen, el mundo podrá ser teatro de terribles tragedias que pondrán en peligro el progreso y la civilización.

Estas consideraciones se pueden aplicar principalmente á la pavorosa cuestión del socialismo. Que éste se desarrolle y crece y puede llegar á ser un peligro, es cosa indudable y no lo es ménos que es fuerza precaver los males que acaso entraña el porvenir. Pero el camino para lograrlo no es simplemente la resistencia á todo trance, que acaso algún día pudiera no ser eficaz.

En el fondo de la aspiración socialista hay justicia y razón. El error de los socialistas consiste ante todo en desconocer las leyes de la realidad y atribuir á injusticia de los hombres no pocas imperfecciones sociales que tienen incommovible base en la naturaleza misma. En esas imperfecciones hay, con efecto, una parte que procede de errores, injusticias y preocupaciones sociales; pero hay otra, acaso mayor, que radica en la organización del individuo y de la sociedad. Locura fuera querer poner término á tales elementos del orden social; pero es lícito al hombre destruir los errores de que él propio es autor.

Que la presente organización social encierra no pocos errores de este género, es cosa indudable; que reformarlos por la fuerza y sustituirlos con utopías, como pretenden los socialistas, es crimen y locura, no lo es ménos; pero evidente es también que es obligación de los que se interesan por el porvenir de la humanidad, y sobre todo, de los que gobiernan las naciones, estudiar con atención y detenimiento las reformas que pueden introducirse, sin mengua de las bases y elementos permanentes del orden social, para mejorar las condiciones de éste y satisfacer aquella parte de las aspiraciones de los reformistas en que realmente les asiste la razón.

En la cuestión social hay ciertos puntos acerca de los cuales cabe hacer afirmaciones positivas en que deben fijarse los hombres de Estado, y que pueden ser las bases de una buena política. Es evidente, en primer lugar, que la organización social es variable como la política, y que no es cierto que en ningún momento de la historia se haya llegado á una organización definitiva. Instituciones tan fundamentales como la familia y la propiedad, han cambiado de forma repetidas veces, sin que por eso hayan dejado de existir. Una política racional y práctica, exige, por tanto, que no se tenga por definitivo é inmutable lo que no puede serlo, y que cuando una reforma social sea necesaria, se lleve á cabo en tiempo oportuno, y de una manera ordenada y gradual, con aquella mesura y prudencia que en tan graves materias se requieren.

Otro punto de vista, antes indicado, es que en los males sociales hay algo que procede de la naturaleza del hombre y de las condiciones necesarias de la vida social, y algo también que proviene de errores, preocupaciones é injusticias. Distinguir con precisión estos elementos es obligación

del pensador y del hombre público; pues una vez hecho, podrá trazarse un plan para concluir con los males que pueden remediarse, condenando y reprimiendo á la vez los utópicos ensueños y temerarias tentativas de los que quieren desarraigar imperfecciones y males, contra los cuales no puede rebelarse el hombre.

Es, pues, indispensable en estas materias una política que sea conservadora y liberal á la vez, política que ha de aplicarse también á todas las restantes manifestaciones de la vida pública. Esta política había de atender por una parte al estudio de los males sociales que pueden remediarse, y á la realización del remedio mediante reformas oportunas graduales, bien meditadas y prudentes; y por otro lado, había de velar porque no se intentaran empresas utópicas, ni las exageraciones y errores del socialismo pusieran en peligro el orden público. En todo esto se requiere gran prudencia y suma habilidad, pues una resistencia poco motivada ó una concesión inoportuna y prematura son errores de idéntica gravedad.

Pero importa mucho hacer algo respecto de la cuestión social. Claro es que las utopías socialistas son exageradas y falsas; pero sin tenerlas para nada en cuenta, las asociaciones particulares y el Estado pueden hacer mucho en este punto. Demos de mano á las estrechas teorías del individualismo y de la Economía política y tradicional, y reconozcamos que entre las funciones del Estado se halla la de amparar á las clases pobres favoreciéndolas por todos los medios posibles, é introduciendo algunas reformas necesarias y factibles en la actual organización del trabajo.

Nada hay de utópico ni de demagógico en velar por el trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas, evitando las inmoralidades y abusos que en éstas se cometen; en hacer obligatoria la primera enseñanza y cuidar de que ningún niño sea condenado á ignorancia perpétua; en poner algunos razonables límites á la autoridad casi absoluta de los capitalistas, fabricantes y patronos respecto á los obreros; en adoptar disposiciones para precaver ó resolver los conflictos entre el capital y el trabajo; en difundir por todos los medios la instrucción popular; en favorecer la creación de asociaciones y corporaciones obreras, velando porque no se aparten de su verdadero instituto y se conviertan en elemento de perturbación, en cuyo caso deben ser tratadas con duro rigor; en facilitar el establecimiento de Bancos de crédito popular y otras instituciones análogas; en prestar decidido apoyo y protección eficaz á las asociaciones particulares que se dediquen á aliviar las desgracias de los menesterosos; en adoptar medidas para proteger y salvar del vicio á los niños abandonados y vagabundos; y en organizar en vasta escala la Beneficencia oficial, creando hospitales, asilos de imposibilitados, de mendigos y de niños abandonados, casa de maternidad, hospicios, y todo cuanto sea necesario para mejorar la condición y aliviar los males de las clases menesterosas.

Un poder que haga esto bien puede desafiar á los socialistas, y tiene pleno derecho á refrenar con mano de hierro sus revolucionarias intenciones. Dar al que se queja la parte de razón que le corresponde, es la autorización más completa para castigarlo cuando pida absurdos é imposibles, porque los pueblos son como los niños: si todo se les niega, es una injusticia; si todo se les concede, tengan ó no razón, es una torpeza; pero si en lo razonable se les atiende y en lo infundado se les resiste, es seguro que resultarán perfectamente educados y sumisos.

No diremos que esta política no ha de tropezar con dificultades. El idealismo, que siempre engendra el fanatismo, es un peligro grave, y mientras ciertas utopías se prediquen, todo gobierno debe estar en guardia. Pero el poder que es liberal y tolerante es el que más derecho tiene á ser severo; y siempre hemos creído que no debe haber Gobierno más duro é implacable en el castigo de la rebelión injusta, que el que sea verdaderamente liberal. Los que entienden que la libertad consiste en que cada ciudadano haga lo que tenga por conveniente y en que la autoridad tenga poca severidad y sea complaciente y benévola; los que no conciben un Estado liberal sin clubs bullangueros, periódicos incendiarios y manifestaciones bulliciosas, ni saben lo que es la verdadera libertad, ni tienen noción de lo que ha de ser el Estado, ni conocen la naturaleza humana, ni tienen en cuenta que en el mundo todo es limitado, relativo é imperfecto y de que, como todo se realiza en la historia humana en tiempo y espacio, y dentro de condiciones etnográficas, geográficas y climatológicas, los ideales perfectos son un sueño, sublime á veces, en ocasiones ridículo, y en todos casos contrario á las condiciones ineludibles y fatales de la naturaleza y de la historia.

Por eso la necesidad de una política positiva, práctica, á la vez conservadora y liberal, es evidente para toda persona ilustrada y sensata, y es indispensable que los partidos liberales y democráticos la acepten sinceramente, dando al olvido antiguas preocupaciones y tradiciones de fatal recuerdo, rompiendo abiertamente con las utopías demagógicas y ultra-socialistas y uniendo en su política las reformas indispensables, realizadas con acierto, á la conservación del orden y el mantenimiento del principio de autoridad en la esfera de sus legítimas atribuciones y derechos.

Y aquí ponemos fin á este dilatado trabajo. Creemos haber demostrado que el nihilismo ruso

es un fenómeno local, que el socialismo es un conjunto de doctrinas y aspiraciones, en las cuales hay mucho de utópico, falso y mal fundado, y no poco de justo y razonable; que la política en estas materias debe ser una mezcla de resistencia y concesiones, realizada con discreción y mesura; y que todos los partidos, incluso los democráticos, deben adoptar una política conservadora y liberal. De esta manera entendemos que podrán aliviarse, y acaso remediarse, los males que actualmente deploramos, terminando la agitación febril que hoy lo perturba todo, y caminando las naciones por la vía del progreso, merced á la unión de la libertad y el orden y la práctica de una política positiva y práctica, igualmente alejada de todas las exageraciones y adaptada á las exigencias de la realidad, y á los principios de la justicia y de razón.

MANUEL DE LA REVILLA.

LA CULPA PRIMITIVA.

Platon llamó al hombre *androgino*, es decir, macho y hembra. La divinidad le separó en dos mitades, que tienden naturalmente á realizar su unión íntima. Platon acaso adoptó esta idea de las tradiciones de los judíos, por sus relaciones con ellos en el viaje que emprendió á Egipto. ¿Qué catástrofe espantosa pudo abolir esta carta de igualdad natural y construir los eslabones de la cadena inmensa de dolores que afligen al género humano? La culpa primera, fuente envenenada de la desigualdad, hizo brotar las turbias ondas de la servidumbre. La mujer, antes inocente, la dulce compañera del hombre, fué acusada por la voz severa y vigorosa de nuestro primer padre, que resonó en los dilatados desiertos del Edén. Entonces Dios pronunció la terrible sentencia y dijo á la mujer culpable: Pasarás tu vida bajo la potestad de tu marido y él te dominará. Y la mujer, decaída del rango primitivo, encostrada bajo el yugo del hombre, permanecerá agobiada en estado inferior de servidumbre, hasta el día feliz en que recobre su libertad perdida, rompiendo la cabeza del maldito reptil, según la promesa sagrada de Dios que la condena, y dará á luz á su libertador. Hasta entonces el anatema del primer hombre, repetido de generación en generación por sus hijos, es el hecho culminante de la historia, y descuellan como un monumento gigantesco é inmortal al través de las edades.

Todos los pueblos anuncian en sus tradiciones la causa de la caída del hombre. El chino en el *Chi-King*, en un fúnebre canto, memoria perenne del dogma primitivo, exclama: «Levanto mis ojos al cielo, y me parece como de bronce. Largo tiempo hace que me oprime el infortunio; perdido se halla el mundo, y el crimen se derrama como un veneno fatal. Tendidas se ven por donde quiera las redes del pecado, y no se advierte apariencia de remedio. Dichosos campos teníamos, la mujer nos los ha arrebatado. Todo nos estaba sujeto, la mujer nos ha precipitado en la esclavitud: la inocencia es lo que ella aborrece, el crimen es lo que ama; el marido prudente rodea el recinto de murallas, pero la mujer, que todo lo quiere saber, las destruye. ¡Oh, cuán astuta es! Es un pájaro cuyo grito es funesto. Tiene demasiada lengua: es la escala por donde descendieron todos nuestros males: ella perdió al género humano. El hombre sensato no debe exponerse al comercio con ella, ni la mujer mezclarse en otra cosa que en coser é hilar.» y en otro pasaje del mismo libro: «divagamos errantes por estos desiertos, cubriendo nuestra desnudez con hojas de árbol; la mujer es quien tiene la culpa (Parte 2.ª, cap. 4.º, oda IV.)»

La opinión de los antiguos egipcios es conocida por el célebre monumento geroglífico que el sábio Norden descubrió en Tébas (1737). Dice este dinamarqués, que contiene una alusión á la caída de Adán y Eva. Lo representa un árbol verde: un hombre sentado á su derecha, se defiende con un instrumento que tiene en la mano contra una figura oval cubierta de caracteres geroglíficos que le ofrece una mujer en pie á la izquierda del árbol, y acepta lo que le presenta. Detrás del hombre se descubre una figura en pie, cubierta la cabeza con una mitra que le alarga la mano. (Norden, tom. 2.º, pág. 125.) Esta lámina se halla en los *Anales de Filosofía cristiana*, tom. 13, pág. 152.

Los iroqueses sabían la historia de la mujer, que se dejó engañar al pie de un árbol, el enojo de Dios que la espelió: tuvo dos hijos que se batieron, y el uno fué Abel. De esta mujer han nacido los demás hombres. (Laffiteau, *Costumbres de los salvajes americanos*, tom. 1.º, cap. 2.º)

Otra Eva mitológica es Pandora, ornada por los dioses de los atractivos más seductores, creación del genio de la venganza, beldad funesta. Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo.» Después de haber bendecido á los dos esposos, vió que lo que acababa de hacer era bueno Hesiodo dice que al forjar Vulcano á Pandora, en lugar de un bien había fabricado un mal hermoso, y guarda analogía con la expresión de Milton, que llama á la mujer *bello defecto de la naturaleza*. Dice que Epimetheo al recibirla, recibió el mal y le vió después de haberle recibido. Representa á esta belleza levantando la cobertera de un gran vaso de donde se esparcían todos los males, en cuyo fondo quedaba solo la esperanza, y añade: De ella viene la raza de las mujeres cuyo seno es fecundo; de ella salió esta casta pernicioso, verdadero azote de los mortales, semejantes á las dañinas avispas que

las abejas alimentan en sus provistas colmenas, y que, mientras estas infatigables artifices trabajan todo el día en combinar sus blancas casillas, se encierran aquellas holgazanas en el fondo de las colmenas para devorar los frutos de un trabajo que no es suyo. Las mujeres, estas cómplices de todo lo malo, fueron dadas al hombre por el árbitro del rayo, como el más funesto de los presentes.

La mitología rabínica enseñaba que Dios, previendo la ruina del hombre, no quiso crear primero á la mujer, y la creó sólo á instancias de Adán, y á pesar de todas sus precauciones para hacerla buena, sólo consiguió crear un sér lleno de defectos.

Los poetas de la antigüedad juzgan á la mujer con injusticia; *Homero* la personifica en Elena, causa de la guerra de Troya; *Schilo*, en su tragedia *Los siete contra Tebas*, exclama por boca de *Etéocles*: «¡Oh mujeres, criaturas insoportables, sexo aborrecido de los sábios, principal azote de una familia y de un Estado!»

Simonides dice en su sátira, que la mujer es un presente de la cólera de los dioses, que al criarla Dios, la hizo una alma aparte y de materias diversas, tomadas de diferentes animales. Eurípides, en su *Hipólito*, muestra su extravagante deseo de ver la raza humana perpetuarse sin el concurso de las mujeres, de manera que cada cual pudiera ser padre, sin introducir semejante pestilencia en su morada. (*Colección de poetas gnómicos por Bois*)

En Oriente, cerca de su cuna y próxima al teatro de su funesta falta, la desgraciada mujer vivía en un estado deplorable de degradación moral; era considerada solamente como un instrumento infame y venal de placeres sensuales, esclava sometida á su señor, á excepción honrosa del pueblo hebreo, donde su persona fué protegida por la ley, y la mujer que había sido vendida como esclava, á los siete años debía ser manumitida, ó redimida con dinero, y no perdía la esperanza de ser mujer de segunda clase de su amo, ó de alguno de sus hijos, como nos ofrece un ejemplo de esta índole Agar con Abraham. Si el amo hacia saltar un ojo á su esclava, ésta era libre. Dice el cap. 21 del *Éxodo*: «Si no fuere del agrado de su dueño, la dejará ir; menospreciada, no puede venderla á un pueblo extraño.» Por consecuencia, adquiría la libertad.

Otra ley establecía en este pueblo modelo en la antigüedad de su respeto á la mujer, tan vilipendiada en los demás Estados en que imperaba la barbarie con todos sus furiosos: «Si entre las prisioneras de guerra quieres tomar esposa, la llevarás á tu casa, donde se cortará los cabellos, las uñas, dejará el vestido de prisionera, permanecerá en reposo en tu casa, llorará un mes á sus padres, después será tu esposa. Si después te desagrade, la enviarás libre, sin poderla vender por dinero, ni oprimirla con tu poder.» No se puede dignificar más á este sér débil, condenado por su primera falta en la opinión de todos los pueblos bárbaros de la antigüedad, y tan respetado y enaltecido por las leyes sábias de Moisés. El Pontífice no podía tomar por mujer sino á una virgen, pero el celibato, lejos de ser honrado, se le juzgaba hasta ignominioso. El padre podía consagrar á su hija al Tabernáculo, á perpetua virginidad, y la mujer sólo tenía derecho á la herencia paterna á falta de varón. La hija de Jepté lloró su virginidad en la soledad de los montes; testimonio evidente de que la célibe era mirada con menosprecio, y privada del tributo de honor que se rendía á la que alcanzaba la ventura de contraer el deseado enlace.

Todos los pueblos han consagrado su culto á la serpiente, porque en su mitología, en sus tradiciones y fábulas se ha inmortalizado la caída del primer hombre.

Los *Bracmanes* respetan á la serpiente *Capel*; su mordedura es mortal. En los agujeros de sus casas ponen leche ó plátanos, y si se introduce en ellos la serpiente, la tributan honores divinos, á pesar del peligro á que se exponen.

Los persas dicen en su *Cend-Abesta*, que el cielo estaba destinado al hombre, á condición de que fuese humilde en pensamientos y en acciones, y representaban el genio del mal bajo la forma de la serpiente *Abriman*, que viendo al hombre puro, á *Ormuzd*, sedujo á su mujer, y les dió frutas que ellos comieron. (Traducción del *Boundehesch* por Duperron.)

En todas las regiones más distantes del globo, ese culto tradicional de la serpiente era mirado como un número fatal, símbolo de destrucción. Los mejicanos mostraban en una pintura la conversación de la mujer y de la gran serpiente. (*Humboldt, vues des cordillères*. Tom. 1.º)

Las hordas de Africa y las tribus americanas conservan sobre la serpiente relatos misteriosos; los *Salivers* tienen también la tradición de la gran serpiente, á la que venció *Puru* el hijo del *Altísimo*. (*Gumilla, historia general del Orinoco*, cap. 4.º)

Los chinos adoran serpientes y las brindan sacrificios. *Fo-hi* es venerado, y se le representa como una serpiente con cabeza de hombre; el *Japon* emplea la figura de un árbol, en torno del cual se desliza la serpiente, y representa la creación del mundo. Los libros sagrados de los *Hindus* hablan de la serpiente misteriosa *Amarta*, y erigieron un templo en su honor en el Indostan. Este reptil, habitante del lodo y de las ruinas, fué honrado por los sacerdotes de *Memphis*, de la Tartaria del Ganges, de las dos Américas, de la China, de los Archipiélagos filipinos y de los magos de Babilonia.

Los sacerdotes egipcios representaban á *Serapis* con una cabeza humana y un cuerpo de serpiente. La diadema de los *Faraones* estaba coronada de serpientes. Juzgadas como inmortales, adornaban todos los santuarios de Egipto, las estatuas de *Isis*, y se veían en torno del cetro de *Osiris*. Los sacerdotes los ostentaban alrededor de sus mitras. Los *Musseys*, tribus de la América del Norte, veneran á la serpiente de cascabeles, á quien llaman su abuelo y progenitor. Los griegos las miraban como el símbolo de los dioses del día y de la Medicina. *Apolo* mató con flechas á la serpiente *Pyton*, y *Esculapio* la mató con un madero.

Se le pinta en el templo de *Epidaurum* sentado en pie sobre un trono, teniendo en su mano el madero y en otra la serpiente; en los bajo relieves de su trono resaltan todos los misterios de la redención futura. Los atenienses mantenían una, adorada como el Dios tutelar: la alimentaban en sus casas y la consultaban, creyendo que anunciaba el porvenir.

Según la tradición griega, *Pyton* quedó muerta á la entrada de la gruta en que la virgen de la justicia divina, *Themis*, pronuncia sus oráculos; *Vale-rio Máximo* refiere, que mientras la peste desolaba su ciudad, una diputación fué á consultar á *Esculapio en Epidaurum*. Una serpiente salió del templo, subió á la galera de los romanos y obtuvo tan religiosa veneración, que llevada á la ciudad, se la construyó un palacio en la isla del Tiber.

También engendraba el terror como genio del mal. *Pindaro* la llamó enemiga de los dioses, extendido sobre el Tártaro. *Ovidio* el error de los pueblos. *Hesiodo* la hace nacer de la tierra y del Tártaro. Una serpiente privó de acercarse al vellocino de oro. Otra amenazó á *Andrómedes*. Debajo del árbol maravilloso de las *Hesperides* se ocultaba la serpiente.

Es grandiosa la historia mitológica de Perséo, hijo de *Júpiter*, y de una mortal, *Danae*, expuesto en un cofre con su madre á las ondas por el padre de *Danae*, el rey de Argos. Un oráculo le había predicho que su nieto le quitaría la vida.

Salvado por el rey de la isla de *Seriphos*, Perséo sorprendió dormidas las *gorgonas*, que llevaban serpientes enroscadas en sus cabellos, y cortó la cabeza de *Medusa*. *Pluton* le había dado un casco que le hizo invisible. *Minerva* un escudo. *Mercurio* sus alas y una espada de diamantes. *Perséo* se apoderó de *Pegaso* que nació de la sangre *gorgona*. Atlas, rey de Mauritania, le rehusó hospitalidad, le presentó la cabeza de *Medusa* y le convirtió en montaña. *Libro á Andromeda* del monstruo marino y se casó con ella. *Phiné*, tío de la princesa, vino á turbar el festin real, y la cabeza de *Medusa* le petrificó.

Devolvió las armas á los dioses. De un golpe de disco, lanzado casualmente en sus juegos, mató á su abuelo *Acrisios*. Abandonó á *Argos*, por no aprovechar este asesinato involuntario, fundó á *Mycenas*, valiéndose de los *ciclopes*, para construir sus muros; reinó, y fué muerto por el hijo de *Acrisios* vengador de su padre.

Hércules fué hijo de *Júpiter*, y de *Alemena* reina de *Tirinto*. *Juno*, celosa, envió dos serpientes para matarle en su cuna; el niño *Hércules* las ahogó con sus manos vigorosas. *Juno*, dulcificada por las súplicas de *Pallas*, consintió en darle su seno para hacerle inmortal, y la mordió tan fuertemente, que la leche brotó hasta la bóveda celeste, y formó la *vía láctea*.

Pero dejemos aparte la mitología y terminemos el relato del culto tributado á la serpiente, después que originó la culpa primitiva de nuestra primera madre.

Las jóvenes de *Lavinia* eran sacerdotisas de la gran serpiente que adoraban los romanos. Si en el día de fiesta de la diosa *Juno*, no comía las tortas que la presentaba la sacerdotisa, se suponía que había perdido la virginidad, y era condenada á muerte. El labrador temía la esterilidad y la pérdida de su cosecha.

La nodriza del gran actor *Roscio* vió una serpiente en la cuna del niño; aterrada consultó á las aúrispidas, que predijeron su futura gloria artística.

Su culto se ha establecido entre los bárbaros del Norte, en la Lithuania, Prusia y Curlandia.

Apolodoro dice que luchó *Tiphon* con *Júpiter*, que le arrojó un rayo y le sepultó bajo la montaña ardiente del Etna. *Tiphon* de cien cabezas, según las leyendas de los persas, tenía la forma humana y los dedos y músculos enroscados de serpientes. Le identificaban con el genio del mal.

Emblema de la ciencia, del bien y del mal, es un signo imperial y monárquico que sólo se vé hoy representado en las naciones inmóviles de las extremidades del Etna, en los estandartes de sus ejércitos, en el seno de los emperadores que dominan en tan remotas regiones y que son verdugos de la inconsciente y esclava humanidad.

Como ese rey de Birmania que dió traidora muerte á un príncipe de su familia, porque era el favorito de la sultana, y á otros príncipes sus hermanos y parientes, porque no eran favorecidos por la sultana.

La regeneración de la mujer está consagrada en los libros santos, después que mató á la serpiente simbolizada en la idolatría pagana, cuando nació de su virginal seno el Redentor del mundo. Jesucristo lavó con su preciosa sangre la culpa primitiva, y la religión cristiana ha emancipado á la mujer de tan odiosa servidumbre; y al recobrar su dignidad, se ha elevado al rango que la

corresponde, siendo la igual y la dulce compañera del hombre.

EUSEBIO ASQUERINO.

TEORÍA CELULAR.

I

Ningun espíritu tocado del nobilísimo amor al saber, ningun espíritu generalizador y activo, podrá aceptar dócilmente una filosofía que excluya toda metafísica. Esta proposición, al parecer aventurada, tiene su fundamento en una ley ineludible, y está comprobada por la evolución histórica del pensamiento. Parece inducir á error la facilidad con que la palabra metafísica se pliega á tan varias y contrapuestas acepciones. Para los detractores de todo lo pasado, suele ser la metafísica un conjunto de nebulosas abstracciones y frivolidades, gimnástica de argucias y sutilezas, mar muerto á donde se sumergen y agotan las fuerzas vivas de la inteligencia.

La escuela de Comte, y posteriormente la Psicología inglesa, en su lucha victoriosa contra la sobrenatural y absoluta, han borrado del dominio de la especulación aquella metafísica que tenía por objeto el estudio del sér en sí por los procedimientos intuitivos. Pero si el positivismo logra sustituir al método tradicional un método más fecundo, si establece lo relativo de nuestro conocimiento, y lo incognoscible de una realidad absoluta, universal é infinita es impotente para ahogar en el espíritu la especulación metafísica, que se impone á través de todos los tiempos, á despecho de los exclusivismos de escuela, de todas las tentativas malogradas; y que hoy, con nuevos rasgos, se manifiesta en las direcciones individuales, que predominan y se disputan la posesión de la verdad. La filosofía positivista, que representa un progreso real en la evolución del pensamiento, no el último grado de esta evolución, incurre en grave error al pretender eliminar todos los problemas metafísicos. ¡Vano propósito! Estos problemas surgen y se destacan ante nuestro espíritu, y, con atracción irresistible, lo subyugan y fascinan.

Puede decirse que la metafísica comienza desde el momento en que, acosados por sed insaciable de saber, interrogamos los misterios de la vida, y aspiramos á darnos cuenta de nuestras relaciones con el mundo ambiente. Los hechos copiados por la observación se agrupan y condensan en leyes generales, que á su vez, y al influjo de los elementos propios de la razón, se funden en leyes más amplias que llevan el conocimiento fuera de los límites de la experiencia; proceso fatal que conduce á las más elevadas generalizaciones de la ciencia. Hé aquí la metafísica, eterna como la aspiración á la verdad que heredamos de nuestros antepasados y transmitiremos más pura y ennoblecida á nuestros hijos. Cuanto más numerosos sean los hechos suministrados por la experiencia, base y trama de todo conocimiento, cuanto más depurado sea el método, más grandiosa será la metafísica, más hondas sus raíces, su florecencia más rica. Aun dentro de las ciencias particulares, la hipótesis presta un servicio positivo, no solo dando unidad sistemática á los hechos dispersos, sino aumentando también el caudal de estos últimos con descubrimientos inesperados. Buena prueba de este aserto es el descubrimiento de la refracción cónica por medio de la teoría mecánica del éter, mucho antes que la experiencia confirmara tan maravillosa profecía. Metafísico es el concepto del éter y su teoría, metafísico es el principio de evolución, y metafísico también el concepto del mundo más generalmente aceptado. El Universo es un todo orgánico, único infinito, que lleva en sí el móvil de todas sus transformaciones, el principio de su perenne evolución. No es un mecanismo regido por agentes exteriores ó fuerzas independientes; sino un todo armónico, dentro del cual, y como manifestaciones suyas, se desenvuelven los organismos parciales. No puede admitirse una materia amorfa y más ó menos plástica, que sólo abandone su inercia, merced al influjo de fuerzas dotadas de existencia real é independiente. Ante la concepción monista desaparece el aparente antagonismo entre el espíritu y el cuerpo, y se resuelven en una suprema unidad cuantos dualismos dividen el pensamiento filosófico desde sus albores hasta el actual momento histórico.

Así, pues, fijando nuestra consideración en los fenómenos vitales, no vemos oposición entre estos y los fenómenos físico-químicos; al contrario, siendo los primeros resultado del juego armónico de los segundos, entran todos en el concierto de las leyes generales. Esta manera de concebir el organismo, no contradicha por la experiencia, es la más sencilla expresión del último grado de desenvolvimiento de una de las dos corrientes que surgieron desde que comenzó á preocupar al espíritu humano la ciencia de la vida.

Una de estas direcciones considera los fenómenos que presentan los seres vivos como formando un conjunto de leyes opuestas á las leyes mecánicas por que se rigen los seres inorgánicos. Establece oposición entre ambas series de fenómenos, y reconoce por causa de los primeros, un principio inmaterial, matriz y regulador.

Por virtud de esa potencia vital, el organismo se sustrae á las fuerzas de la llamada materia bruta; y es inútil y erróneo buscar en ellas la explicación racional de los fenómenos de la vida.

La otra tendencia procura reducir los fenómenos orgánicos á principios mecánicos y físico-químicos, viendo en todos los seres el desenvolvimiento y manifestación de idénticas causas.

El limitado número de hechos recogidos entonces por la experiencia, y más que todo, el espíritu de los tiempos en que se robustecieron dichas direcciones, debió favorecer la concepción ontológica de principios inteligentes y fuerzas vitales, y dar mayor preponderancia á la primera doctrina sobre la segunda: ambas, sin embargo, pasan por diversos grados de perfeccionamiento, é independientemente se desenvuelven y depuran merced al laboreo incesante de la experiencia. Una observación superficial indujo á los primeros investigadores á concebir un número no reducido de principios inateriales llamados *arqueas*, que presidían y determinaban los procedimientos orgánicos. Estos espíritus retores, hijos enfermizos de la imaginación calenturienta de Van Helmont y sus predecesores, que á modo de resortes mantenían el juego de la actividad, perecieron á manos de Stahl, para dar vida momentánea con sus restos, al embrión informe del animismo. Engendro tan monstruoso, no podía sobrevivir largo tiempo. Entonces brota aquella corriente vitalista, que llega hasta nosotros, modificándose al pasar por la escuela de Montpellier, Bichat, Bufon y Cuvier. No pierde su carácter fundamental opuesto á toda identidad entre el fenómeno orgánico y el inorgánico; reconoce siempre una lucha entre la actividad interna y los agentes exteriores. Los materiales del mundo físico, al penetrar en la corriente de la vida, quedan subordinados al imperio de una causa independiente de sus propiedades. Pero dentro de esta unidad existe un progreso real: el principio anímico es un progreso sobre la concepción de los espíritus arcáicos; y de igual suerte las propiedades vitales de Bichat son, sin duda, una representación simbólica más legítima que las anteriores formas del vitalismo. A este propósito dice Claudio Bernard lo siguiente: «Bichat, descentralizando la vida, encarnándola en los tejidos y ligando sus manifestaciones á las propiedades de esos mismos tejidos, la ha colocado, si se quiere, bajo la dependencia de un principio también metafísico, pero más elevado en dignidad filosófica, y que ofrece una base científica más accesible al espíritu de investigación y de progreso. Bichat, en una palabra, se equivocó como sus predecesores sobre la teoría de la vida; pero no se equivocó respecto al método filosófico. Su gloria consiste en haberlo fundado, colocando en las propiedades de los tejidos y de los órganos las causas inmediatas de los fenómenos de la vida» (1).

La tendencia físico-química nace en la antigua escuela atomista, y no sorprenderá tan encumbrado y noble abolengo, á los que sepan que en las doctrinas de Demócrito y Epicuro se hallan virtualmente contenidas las afirmaciones más atrevidas de la ciencia moderna. Materialista en sus comienzos, supo plegarse al dualismo de Descartes y á la armonía preestablecida de Leibnitz; tuvo más tarde aguerridos caudillos en Lavoisier y Laplace; y, en nuestros días, militan en sus filas notables fisiólogos de las escuelas francesa y alemana.

«Esa lucha tan vieja ya, dice Bernard, no ha concluido todavía; pero ¿cómo deberá concluir? ¿Llegará una de las doctrinas á triunfar de la otra y á dominarla sin resistencia? No lo creo. Los progresos de la ciencia tienen por resultado debilitar gradualmente, y por igual, esas primeras concepciones nacidas de nuestra ignorancia. Constituyendo solamente su fuerza lo desconocido, á medida que éste desaparece, deben cesar las luchas, desvanecerse las doctrinas opuestas, y la verdad que los reemplaza reinar sin rival» (2).

II

Pasada ya la época de crudas intransigencias y exclusivismos de escuela, elevado el pensamiento á esferas más serenas y luminosas, podemos, con imparcial espíritu, aquilatar el valor de ambas doctrinas, y si es posible fundirlas en una síntesis comprensiva que venga á ser la resultante de sus opuestas direcciones.

A nuestro modo de ver, la teoría celular tiende á resolver el conflicto, dando una interpretación nueva á los fenómenos orgánicos. Según esta moderna teoría, todos los seres vivos, ó están constituidos por una sola célula (micelulares), ó por la múltiple agrupación de células ó células transformadas (polielulares), dependientes todas y originadas por una célula simple: el óvulo. Los procedimientos orgánicos dimanar de las propiedades vitales de estos organismos elementales, cuyas manifestaciones son, á su vez, resultado de propiedades físicas. En tal concepto, podemos decir, sin riesgo de aventurar una opinión gratuita, que la teoría celular es vitalista, en cuanto considera las propiedades vitales de las células como factores de la actividad funcional, y físico-química, en cuanto subordina dichas propiedades á los elementos químicos constitutivos de la célula. Este parecer individual adquiere en nosotros mayor consistencia cuando atendemos al valor científico que alcanza la teoría celular, ayer naciente, hoy vigorosa y fecunda. Su ancha base experimental, la confirmación incesante que recibe en sus apli-

caciones, los campos que ilumina, y los nuevos horizontes que deja entrever, nos hacen alentar la esperanza de que dará unidad y solución á gran número de problemas, en la actualidad insolubles y dispersos.

Aceptamos de buen grado con Blainville que la Fisiología es el arte de relacionar los fenómenos vitales á las leyes generales de la materia: no ignoramos que el principio de equilibrio, conservación y transformación de las fuerzas se realiza de igual suerte en el mundo orgánico y en el inorgánico; sabemos, asimismo, que el animal es una máquina térmica que desarrolla calor, por el trabajo incesante de las afinidades; que los tendones, músculos y huesos forman perfectos aparatos mecánicos; que las retortas pueden dar multitud de productos idénticos á los que elabora la vida animal ó vegetativa; que puede simularse una circulación artificial; que el corazón, aun separado del pecho, obedece á contracciones rítmicas, merced á centros moderadores y aceleratrices en sus paredes diseminados; que la respiración es una combustión; que el órgano esencial de la fonación ó laringe es un tubo con lengüeta, donde los sonidos se forman, no por la vibración del aire como en los silbatos, sino por la vibración de los bordes de la glotis; que el ojo, en fin, es un complicado aparato dióptrico; y hasta aquí seguimos el pensamiento de Descartes, Lavoisier y Laplace. Pero queda gran número de fenómenos que no admiten una inmediata reducción á las leyes conocidas de la materia; y que tienen su explicación en las propiedades vitales de las células y sus derivados, como más asequibles á nuestros medios de investigación.

Es estéril para los estudios biológicos considerar el organismo como una construcción atómica formada por cierto número de elementos químicos. «Nuestro cuerpo,—dice Hæckel,—no es una perfecta unidad viviente, como pensaba el hombre en la infancia de sus primeras concepciones; es una comunidad social muy compleja, una colonia, un estado compuesto de numerosas unidades vivas é independientes, de células, en fin.»

A estos organismos elementales y á sus numerosos derivados deben referirse las manifestaciones de la vida, lo mismo en la simple monera, que en la forma más elevada de la serie animal. Pero, ¿la célula existe ó es simplemente una ingeniosa hipótesis? ¿Goza de vida propia, como demuestra la Histología, ó es inseparable del conjunto orgánico á que sirve de base? Y si no es un organismo dotado de existencia individual, ¿cuáles son sus propiedades vitales? ¿Cómo pueden derivarse de tan simple elemento, la sólida armazón de nuestros huesos, la trama complicada de tejidos, la maravillosa red de vasos y nervios, y los diversos humores que circulan en el organismo?

Una breve reseña de lo más sustancial que contienen sobre estas cuestiones recientes trabajos de Histología, bastará á dar exacta idea de la trascendencia de la teoría celular, y servirá como de fundamento á la opinión que acabamos de emitir.

III

Si después de llevar el análisis anatómico al punto en que toda división mecánica se hace impracticable, colocamos en el campo de un microscopio un fragmento de epidermis, veremos que su masa, homogénea á simple vista, se resuelve en multitud de elementos análogos y simétricamente superpuestos.

La gota de sangre ó linfa que puede sostener la punta de alfiler, la porción más menuda de hígado ó pulmón, de hueso ó músculo, todas las partes, en fin, de un vegetal ó animal, aparecen siempre en último análisis constituidas por diversidad de corpúsculos. Reproduciendo los experimentos con aparatos de mayor precisión, podremos estudiar estas formas elementales; y en medio de la variedad de aspecto y composición que presentan, recoger sus notas características, notas que formarían la noción de la célula. «Sin duda, dice Hæckel, está muy dividida la opinión sobre la naturaleza de la célula; pero todos están acordes en considerarla como unidad viviente, independiente, y esto es lo que importa.» Siendo, pues, un organismo acabado, está sujeto á continuas modificaciones, reviste variedad de formas según el medio ambiente en que se desarrolla y los excitantes que operan estos cambios; en suma, obedece á la ley general de evolución: se transforma, se metamorfosea.

Sería inexacto el conocimiento que nos formaríamos de la célula, observándola tan sólo en una ó varias fases de su desarrollo; lo cual explica cumplidamente la dificultad de obtener una noción satisfactoria. Adolecen de tamaño defecto las definiciones de Sachs, Schwann, Schultze, Brücke y otros notables histólogos. Para el primero, y para gran número de botánicos, la célula, si ha de merecer este nombre, debe estar formada por una cubierta amorfa que contenga una sustancia transparente y granulosa, donde flota la vesícula llamada núcleo, que á su vez contiene otro cuerpo brillante y más diminuto: el nucleolo. Para el fundador la Histología moderna, era la membrana celular parte constituyente de toda célula; de suerte que cada elemento debía poseer dos cubiertas concéntricas, una para el núcleo y otra para el cuerpo celular. Si aceptáramos la definición de Schwann no llamaríamos células á infinidad de corpúsculos considerados como tales y desprovistos totalmente de envoltura; no lo serían los utrículos azoados desnudos de cubierta celulosa, no lo

(1) La Science experimentale, par Claude Bernard. París, 1878. Pág. 161.

(2) Idem, id., id., página 163.

serían los *actinophrys* y *rhizópodos*, los elementos de los *adiolarios*, *spongillas* y *noctilucas*, los *zooporos de los algas*; y, entre otros varios, las esporas axesuadas de las especies *Porphyra leucosticta* y *laciniata*. La masa granulosa ó protoplasma de que se compone el glóbulo puede espesarse ó endurecerse al contacto de las sustancias que le rodean, pero este cambio, muy frecuente en células muertas, no basta para constituir la membrana celular propiamente dicha. Debe, según Frey, reservarse este nombre á las cubiertas que pueden aislarse y someterse directamente al examen histológico. La membrana así considerada es, pues, un elemento secundario.

Para Schultze la única parte esencial es el núcleo, y Brücke, que considera la célula como una masa limitada de protoplasma, niega todo carácter esencial á la membrana y al núcleo.

Obsérvese que estos distintos conceptos corresponden á diversos grados del desenvolvimiento celular, sin que pretendamos afirmar con eso que toda célula recorre las mencionadas fases en su proceso orgánico.

Siendo primitivamente los glóbulos pequeñas porciones esféricas y homogéneas de protoplasma, pueden, merced á un fenómeno de adaptación, en todo análogo al de los seres superiores, afectar multitud de formas; y así el glóbulo sanguíneo se aplana en presencia del oxígeno del aire, los glóbulos epiteliales de las mucosas se agrupan y comprimen mutuamente, y adquieren la forma laminar, poliédrica ó cilíndrica. La célula nerviosa, semejante á las otras en la vida embrionaria, envía á los músculos, con los que debe entrar en inmediata relación, prolongamientos de notable longitud (fibras nerviosas) que le dan aspecto estrellado. En el tejido conjuntivo pigmentado del ojo se observan también células de esta forma.

Aunque el glóbulo crece apropiándose los materiales que le circuyen, este aumento de volumen pocas veces excede á una centésima de milímetro; y si exceptuamos el óvulo, ciertas células motrices de las astas anteriores de la médula, y los myeloplaxes, ó células gigantes, provistos de numerosos núcleos y visibles á simple vista, puede decirse que su diámetro oscila entre $\frac{1}{100}$ y $\frac{2}{100}$ de milímetro. Se calcula que en un milímetro cúbico pueden haber cinco millones de glóbulos rojos.

Tan estremada pequeñez nos enseña que estaba reservado á la edad inventora del microscopio la revelación de ese mundo maravilloso.

Desde los trabajos de Scheleiden y Schwann en 1838 hasta nuestros días, se han realizado tan sorprendentes investigaciones, que su examen demanda toda la vida de una inteligencia laboriosa. Citaré de pasada los recientes estudios comparativos de Lieberkühn entre células vegetales y animales, el descubrimiento de masas vivas de protoplasma en el fondo de los mares, todo lo cual permite afirmar con Huxley que la diferencia entre el animal y la planta es más bien de grado que de naturaleza, y que el problema de si en un caso dado un organismo es animal ó planta, puede ser esencialmente insoluble (1). Los protoblastos de Kolliger, los citodes de Hæckel y su curiosa especie, la monera, constituidos por una porción de sustancia granulosa y trasparente de naturaleza albuminosa, forman como un campo neutral entre ambos reinos. Superiores á ella es la célula, de funciones muy complejas y variadas.

Según Küss, la propiedad más importante y esencial á su vitalidad, es la que llama *tenacidad de composición*, en virtud de la cual conserva la célula su constitución, á pesar de los medios ambientes, repele determinados principios y se asimila otros por verdadera elección. Así se explica cómo un glóbulo vivo no pierde, en medio de una atmósfera ávida de humedad, el agua que constituye las $\frac{1}{2}$ partes de su composición. La orina no puede atravesar las paredes de la vejiga sino después de muertas las células epiteliales, esto es, seis ó siete horas después de la muerte del sugeto.

A la misma propiedad debe atribuirse el curioso fenómeno de repulsión entre el glóbulo sanguíneo, rico en fosfatos y sales de potasa, y la sosa del líquido plasma, donde flota y verifica su peregrinación. A la par de estos fenómenos, que podemos llamar de repulsión, observamos otros casos en que el glóbulo favorece el paso: de este modo el epitelio intestinal, en un momento dado, y bajo la excitación del jugo gástrico, deja pasar los alimentos con tal rapidez, que imposibilita el estudio del fenómeno. (2)

Está probado que la célula linfática del vaso se asimila los glóbulos rojos de la sangre, de igual suerte que en la inflamación catarral de las mucosas, las células epiteliales atraen de las capas internas y absorben luego los glóbulos de pus, cuya aparición en dichos elementos era inexplicable antes del conocimiento de la vitalidad del protoplasma. Puede reproducirse un fenómeno análogo si se provoca artificialmente la inflamación del globo ocular de una rana; pues el líquido de la cámara anterior, trasparente en su estado normal, se vuelve opaco, manifestando, así, la presencia de las mencionadas células linfáticas. Véase en Frey el ciclo de transformaciones que recorre el glóbulo de

pus, de vida muy efímera, pero de funciones sumamente curiosas.

En oposición á los fenómenos de nutrición y desenvolvimiento, citaremos la formación de sales biliares y materias colorantes de la bilis, productos segregados por la actividad de la célula epática.

Hay ciertos corpúsculos provistos de prolongaciones ó filamentos de protoplasmas llamadas pestañas vibátiles, dotadas de movimientos rapidísimos é inapreciables á simple vista. Como la vibración persiste después de separadas las células del cuerpo, y puede reaparecerse, según Küss, bajo la acción de algunas disoluciones á las cuarenta y ocho horas de muertas, no es dable atribuir estas apariencias de sensibilidad á la intervención del sistema nervioso. Frey reconoce sensibilidad en la célula.

Fenómenos de orden más elevado tienen asiento en la célula psíquica magistralmente descrita por Hæckel. «Nada más opuesto á la célula simple que la célula nerviosa cerebral. Esta célula no podría, como el óvulo, engendrar numerosas generaciones celulares, que transformarían las unas en elementos cutáneos, las otras en elementos musculares, otras en elementos óseos, etc., etc.

Pero, en cambio, ha adquirido la más elevada de las actividades funcionales la facultad de sentir, de querer, de pensar. Es una verdadera célula psíquica el órgano elemental de la actividad del alma. Tiene por lo mismo esta célula estructura delicada y muy compleja. Ténues y numerosas fibras, comparables á los hilos metálicos que parten de una estación telegráfica central, dispuestos en forma de radios, se entrecruzan confusamente á través del protoplasma fino y granuloso de la célula nerviosa, se prolongan en los nervios emitidos por la misma, y se ramifican y se anastomosan con otros filamentos emitidos por células psíquicas. Apenas es posible seguir estos intrincados filamentos á través del protoplasma... Nuestra vida intelectual es simplemente la suma total de las actividades parciales de todas estas células nerviosas ó psíquicas» (1).

Consecuencia de estas activas propiedades, brevemente enumeradas, es la existencia efímera de la célula, que, á semejanza de todos los seres, envejece y muere. La renovación incesante de la superficie externa de la piel y tubo digestivo, no reconoce otra causa que la muerte de células epiteliales, cuyos restos retenidos primero por el tejido conjuntivo, se desprenden luego al soplo del aire ó al contacto y roce de cuerpos extraños. La pérdida de núcleo es signo de próxima destrucción. Privar al glóbulo sanguíneo de movimiento, es privarle de vida.

Observa Frey que las células de la uña están dispuestas por orden decreciente de edades, desde los bordes superiores, hasta el repliegue de la piel en que se desenvuelve este apéndice cutáneo. Berthold (de Cottingue), demostró que dicha célula vive cuatro meses en estío y cinco en invierno, y calcula que un hombre que muera á los ochenta años, puede haber cambiado de uñas cerca de doscientas veces. (2)

La degeneración calcárea y grasa del protoplasma, ofrece un caso de muerte notable en sumo grado, porque explica la aparición en el organismo de numerosos productos patológicos, tales como el *cáncer*, diversos tumores y en general los glóbulos purulentos de los abscesos (Küss).

En la degeneración calcárea penetran en el interior del protoplasma partículas de cal, en sustitución de principios químicos donde radica la actividad corpuscular. Entonces perece, ó más frecuentemente se momifica ó adormece en los tejidos, hasta que una excitación conveniente la vuelve á la vida. Cuando el glóbulo se infiltra por nutrición de sustancias grasas, ó precipita en forma de granulaciones opacas, la grasa íntimamente combinada con la albúmina y agua de su constitución, parece también. La célula muere, pues, disecándose unas veces, transformándose otras en derivados histológicos, ó bien perdiendo su individualidad y dando origen á generaciones de células jóvenes, animadas de nueva vida y herederas de sus mismas propiedades.

Hé aquí enunciado un problema de difícil solución en el estado actual de las ciencias naturales: el origen ó nacimiento de la célula. La célula nace, pero ¿cómo nace? ¿Se engendra, como sostenía Schwann, en medio de sustancias amorfas (cytoblastomas), por generación espontánea, á la manera que el cristal se construye aisladamente en el agua de cristalización, ó proviene, como enseñan Remak y Virchow, de otra célula preexistente *omnis cellula e cellula*? ¿La formación libre de las células, es tan sólo una hipótesis ingeniosa, ó puede someterse á comprobación experimental?

Pronto presentaremos un estudio expositivo de estas cuestiones, sobrado interesantes para tratadas ligeramente. Entonces haremos notar el punto de divergencia que separa la escuela alemana, representada por Virchow, de la escuela francesa representada por Robin; describiremos como un caso de proliferación el desarrollo del óvulo, lo cual nos conducirá á establecer una clasificación de los tejidos, basada de una parte en la naturaleza y disposición de las células ó de sus

derivados, y de la otra parte en la ausencia, presencia y variedad de la sustancia intercelular; y ensayaremos, por último, una representación esquemática del organismo.

Resumiendo, diremos que la célula goza de existencia real é independiente, aunque sometida á las necesidades del conjunto; que en el estudio de sus propiedades vitales debe buscarse la explicación inmediata de las manifestaciones de la vida; y que la teoría celular, dando nueva interpretación á los fenómenos orgánicos, viene á fundir en una síntesis luminosa las dos corrientes, vitalista y físico-química, que hasta nuestros días dividieron el dominio de la ciencia biológica.

JOSÉ VARELA ZEQUEIRA.

GALERIA DE HOMBRES CÉLEBRES.

EL REY QUE RABIÓ.

II

Tiene también la historia su amor propio, como cada hijo de vecino, y quieras que no quieras se ha empeñado en que no ha sucedido en el mundo ni más ni menos que aquello que ella nos cuenta, en razón á que su vanidad consiste en que todo lo sabe de buena tinta. No hay, pues, que preguntarle acerca de los pormenores biográficos del personaje que tenemos á la vista, porque nos mirará con soberano desden, soltando en nuestras barbas la más estrepitosa carcajada.

Ciertamente, el Rey que rabió no consta en los anales monárquicos de ningún pueblo conocido; se ignora la fecha de su nacimiento, el origen de su dinastía; nada se sabe de sus hazañas, de sus conquistas, no hay noticia de los límites geográficos de su reino, se carece de todo dato histórico que atestigüe su sucesión. Es decir, es un rey sin reino, sin época, sin hechos, sin patria; más aun, sin religión conocida, sin derecho ni divino ni humano, un rey inverosímil, pero no por eso menos auténtico. ¡Ah, parece que lo estamos viendo!

La severidad de la historia no puede conformarse con ese monarca empírico, sin testigos que le abonen, sin gloria que lo atestigüe, sin sucesión que lo confirme, sin cetro y sin espada y apoyándose en el testimonio de las tradiciones, en la autoridad de los historiadores, en la veracidad de las crónicas más remotas, se niega á admitir la existencia de un ser cuyo nombre no aparece ni entre los personajes históricos ni entre los personajes fabulosos.

Perfectamente; el Rey que rabió no ha existido nunca. Muy bien; pero entonces, ¿cómo existe? ¿Cómo un rey que no ha existido en ningún tiempo, que carece de toda realidad puede ser hoy un rey popular que está en todas las bocas, y que se ha conquistado en los anales del lenguaje la celebridad que la historia le niega?

¿Por qué especie de superchería, la lengua, habitualmente esclava de la historia, ha consentido, que sea memorable un monarca desconocido, inverosímil, del cual no tiene nadie memoria?

Pero, ya se ve, el Rey que rabió es una mera creación de la fantasía, un ser imaginario inventado por puro capricho de la imaginación; no es más que una frase.

Sea; pero fijemos al menos la autenticidad de este origen fantástico. Indaguemos de dónde ha salido este rey que no tiene entrada en la historia de ninguna época y de ningún pueblo. ¿A qué autor pertenece la imaginación que lo ha creado? ¿Qué fantasía lo ha producido? ¿Qué génio ha podido ser bastante poderoso para imponérselo á la celebridad sin más título que el de rey y sin más mérito que el de la rabia...? ¿En qué cuadro aparece...? ¿En qué restos de estatua se descubre...? ¿Qué medalla lo anuncia...? ¿En qué poema vive...? Si la historia lo niega, el arte lo desconoce y las letras lo niegan.

No ha nacido, nadie lo ha creado y existe. Mas no nos dejemos alucinar por las seducciones del misterio. La creación no podría ser anónima. La fantasía popular crea con frecuencia personajes y sucesos que la multitud acoge y perpetúa como si de esta manera quisiera demostrar que ella es su madre.

Cierto: *El Rey que rabió* viene á ser una especie de expósito que, digámoslo así, la caridad pública ha prohijado, dándole con la popularidad el elemento necesario de su vida. Es una especie de rey *sui generis*, del cual se puede decir con especial exactitud, que reina y no gobierna, que es y no es al mismo tiempo.

Pero vamos al caso: el génio del hombre no es realmente creador; para dar vida á los seres imaginarios que el arte produce, es preciso que de algún modo hayan existido antes, porque no hay retrato sin original; precisamente las creaciones artísticas que más viven son las que resultan más exactamente copiadas. Ahora bien, no hemos de concederle á la inventiva popular más génio que al génio, de lo que sacaremos en limpio que no ha podido crecer y dar vida al *Rey que rabió* sin haberlo visto antes de algún modo en alguna parte.

Y bien, ¿la invención de este personaje ignorado en el mundo de la historia y desconocido en el mundo de la fábula, es un mero capricho de la fantasía popular?

Imposible, porque los caprichos son por su naturaleza pasajeros, son de suyo fugitivos y no hay nada más inconstante que la multitud, de cuyas resultas si el *Rey que rabió* hubiera acertado á

(1) Discurso pronunciado ante la Real Sociedad de Londres (1870).

(2) Cours de Physiologie d'après l'enseignement du professeur Küss, publié par le Docteur Mathias Duval. Paris. 1876. Pág. 8.

(1) Antropogénie ou histoire de l'évolution humaine etcétera, par Ernest Hæckel. 1877. Pág. 84.

(2) Précis d'histologie par Frey, traduit de l'allemand par P. Spillmann. Paris 1878. Pág. 16.

nacer por mero capricho, habría muerto ya por pura inconstancia.

¿Y cómo? ¿Las invenciones populares son caprichosas? ¿No obedecen á la ley ninguna?

El arte popular no crea por gusto, sino por necesidad; sus personajes son siempre imágenes vivas que representan hechos extraordinarios, costumbres heroicas, grandes sentimientos; siempre se estampa en ellos la fisonomía del pueblo que los crea, les dan comúnmente sus perfecciones y sus deformidades, sus pasiones y sus vicios.

Pues bien, ¿qué representa el Rey que rabió? Nada, ni hechos, ni costumbres, ni sentimientos, ni perfecciones, ni deformidades, ni pasiones, ni vicios. Ser sin historia, sin carácter, sin voluntad, sin fisonomía, especie híbrida, aislada, sin comunicación alguna con el resto de los mortales, sin pueblo, sin trono y sin corona.

La fantasía popular no ha podido concebir semejante cosa.

Crear un rey por solo el gusto de hacerle rabiar, es un refinamiento monárquico que no cabe en la ruda espontaneidad con que el pueblo inventa sus personajes.

Lo habría creado para someterse ó para revelarse, para enaltecerlo ó para destronarlo, jamás para despreciarlo; lo habría hecho su héroe ó su víctima, nunca el objeto de su indiferencia.

No hay ningún derecho para atribuir á la invención popular la existencia de un personaje oscuro, desconocido, ignorado, casi sin personalidad, que ni interesa, ni conmueve, ni quita, ni pone, ni pincha, ni corta.

Al llegar aquí estamos otra vez en el principio de nuestra investigación. ¿Cómo ha podido llegar á nuestra noticia el recuerdo ó la imagen de este rey que no pudo nacer ni ha podido ser creado por la fantasía humana?

Aquí debe haber una tradición silenciosa, si es posible decirlo así, muda, que de boca en boca, ó más bien de memoria en memoria ha traído hasta nosotros desde épocas desconocidas en la historia la celebridad de este personaje, que no puede ser, ni más ignorado, ni más conocido.

Cualquiera que sea la afición que tengamos á las cosas imaginarias, y por más que nos empeñemos en darle el título de creación fantástica, no nos es posible desposeerlo del carácter de personaje real; y esa realidad se halla de tal manera unida á su existencia, que una vez despojado de ella, el personaje desaparece.

Vedlo, como si dijéramos, sentado allá á lo lejos, en los umbrales de una época lejana, de que la historia no tiene noticia, ni el hombre conocimiento. Allí está como una fecha sin números, como una fecha sin fecha, señalando á la curiosidad de las investigaciones científicas, un mundo no explorado.

Cuando queremos romper los límites del tiempo conocido, cuando queremos remontarnos más allá de nosotros mismos buscando un día sin mes, un mes sin año, un año sin siglo, todos decimos: «Eso debió suceder allá por los tiempos del rey que rabió.»

Es decir, antes de la fundación de Roma, antes de la guerra de Troya, antes del diluvio, antes, mucho antes que Adán apareciese sobre los jardines del Paraíso.

Tal es el motivo de su fama, el testimonio de su autenticidad y el título de su importancia científica.

En él tiene el vulgo un rey, la historia una época más allá de todas las épocas, la ciencia el hombre anterior al hombre, porque debe pertenecer á la perdida familia del *hombre prehistórico*, si no es él mismo en persona.

Fué rey para dar con la autoridad del poder supremo autoridad á su existencia, y rabió para que lo raro, lo inesperado, lo imprevisto del suceso diese perpetuo testimonio de la verdad del caso.

Será una escrupulosa nimiedad del sentido histórico negar su existencia real, so pretexto de que no consta su nombre en ninguna crónica, en ningún manuscrito, en tradición ninguna, como si estuviesen registrados minuciosamente todos los archivos, como si hubieran podido salvarse de todas las catástrofes por que ha pasado el mundo las primeras tradiciones, los primeros monumentos de aquella remotísima antigüedad, cuando precisamente la única circunstancia que de su vida ha llegado hasta nosotros atestigia que fué un hombre de carne y hueso, no diré de pelo en pecho, pero sí que debía tener su alma en su almarío como cada hijo de vecino.

Sabemos que fué rey, ¿qué más se puede ser en el mundo? Y no hay inconveniente que se oponga á dejarnos creer que lo fué por su bella cara; un rey de cajón. El silencio que se guarda acerca de su exaltación al trono nos permite suponer que fué cosa de llegar y besarla durmiendo, ó digámoslo históricamente; fué, vió y venció.

Las mujeres de aquellos tiempos en que el rey rabió, no habían de ser insensibles á los encantos de la majestad real, y si concedemos á la flaqueza humana todo lo que de derecho le corresponde, por más que el monarca se tentara la ropa, alguna vez, quieras que no quieras, acabaría por hacer alguna de las suyas.

Es verdad que nada de esto consta en ningún libro viejo, ¿pero habían de hacerse públicas sus debilidades dándole un cuarto al pregonero? Si eso era en aquellas costumbres la cosa más natural del mundo, ¿habían de hacerse los periódicos cruciales por tan poca cosa?

Rabió. Esto significa que debió ser un rey muy callejero: andaría de Ceca en Meca, aquí entro y allí salgo, á esta quiero, á esta no quiero, y como no es de presumir que la policía fuese en aquellos tiempos un prodigio, en razón á que tampoco lo es en éstos, ni que entonces se atáran los perros con longanizas, porque despues no se han atado en ninguna parte, una noche, una mañana, una tarde, al volver esta esquina ó la otra, en aquella calle ó en la de más allá, se encontró manos á boca con un perro poco contento de su suerte, y cáte usted á Periquillo hecho fraile.

Reyes mordidos por perros rabiosos, y principalmente por sus propios perros, por aquellos para quienes se han quitado el pan de la boca, no son hechos tan inverosímiles que la severidad de la historia se atreva á poner en duda.

Tenemos, pues, su gerarquía, sus costumbres y la causa de su muerte. En cuanto á su mérito, es incontestable, pues su misma celebridad lo testifica. Para adquirir el honor de ser memorable se necesita, por ejemplo, conquistar el Asia, morir en las Termópilas, dominar á Europa, pero conseguir la inmortalidad sin el más ligero pretexto de gloria, de grandeza ó de importancia, es haber alquilado la celebridad, más aún, es poseerla por derecho propio. Tengo entendido que no puede llegar á más el poder de un hombre.

Tal es la manera con que á mis ojos se dibuja en el lienzo roto de los tiempos prehistóricos la figura popular del Rey que rabió.

Penetrando por pura curiosidad en las profundidades de la memoria pública, buscando, como el geólogo, en la formación de las capas de la tierra recuerdos anteriores á toda tradición y á toda historia, me he encontrado los restos perdidos de este hombre fósil. Así, poco más ó ménos, ha encontrado la investigación científica, las huellas, digámoslo así, de los tiempos antediluvianos, enriqueciendo los curiosos datos de la historia natural con los despojos fósiles del megaterio y del mastodonte.

J. SELGAS.

EL CRISTO DE LA LUZ.

TRADICION TOLEDANA.

Á MI AMIGO RICARDO MADRAZO.

La primera iglesia que encuentra á su paso el viajero que penetra en Toledo por la *Puerta de la Conquista*, es la pequeña ermita del *Cristo de la Luz*.

Y si por un acaso, amante de las tradiciones de los pueblos y recordando que en su recinto oyó la primera misa el día 25 de Mayo de 1085, el ejército cristiano á quien se acababa de rendir la ciudad; si conocedor de las mil leyendas que guardan aquellas desnudas paredes, forjó en su fantasía la idea de un templo grande en sus magnitudes y en su forma, grande también debe ser su sorpresa al hallarse en una reducida capilla de unos 14 metros de largo por 7 de ancho, compuesta de dos distintos cuerpos, y ante un pequeño retablo sobre el cual se destacan las dos imágenes que dan su nombre á la ermita, pequeñas como ella, pero tan importante bajo el punto de vista de la tradición, como la ermita lo es bajo el punto de vista artístico.

Levantada, según todas las opiniones, hácia el siglo XI de nuestra Era, sobre el emplazamiento de otra ermita que con igual advocación se edificó en el mismo sitio durante la dominación de los godos, pertenece al primer período de arquitectura árabe denominado árabe-bizantino, y es, al decir de los inteligentes, uno de los más antiguos y bellos monumentos de este género en España. Está dividida en dos naves; la primera sustenta en su centro cuatro pequeñas columnas de vario dibujo y sobre ella se cruzan nueve bóvedas sostenidas por arcos lisos; pendiente del central se vé todavía la cruz de madera que traía Alfonso VI en su escudo, y bajo la cual hay una leyenda que dice: «ESTE ES EL ESCUDO QUE DEJÓ EN ESTA ERMITA EL REY DON ALONSO VI, CUANDO GANÓ Á TOLEDO Y SE DIJO AQUÍ LA PRIMERA MISA.»

En la segunda, sala, que es la que propiamente constituye la iglesia, hay dos altares que nada tienen que ofrezca pasto á la curiosidad del artista ni á la consideración del arqueólogo; y en el centro un ábside en forma de tambor que sustenta el retablo, de estilo churriguera, que sostiene las milagrosas imágenes.

Breve, muy breve es el recinto, pero ¡cuántos recuerdos acuden á la mente del hombre pensador que le visita! Muchas veces he pasado en él horas enteras resucitando con la imaginación viejas memorias de esas edades que desaparecieron en el abismo del tiempo dejando su huella en el eterno libro de la historia. Allí, sentado en el rincón más oscuro del templo, revivía el pasado para mí, y á la caída de la tarde, cuando las sombras empezaban á invadirle, figuras extrañas tomaban forma ante mis ojos y cruzaban despues como esas melancólicas visiones del Dante que pasan arrastradas en el giro del viento, representando épocas diversas, civilizaciones diferentes.

Primero eran los godos, orando al Dios del Gólgota y dulcificando con este hermoso culto los instintos salvajes que los llevaron á las orillas del Danubio, y desde allí á las del Tiber para traerlos luego á las del Tajo. Ya en este tiempo existen las imágenes que aun hoy llaman la atención del historiador y del poeta.

Pero llega un día triste, muy triste, en que Toledo recibe nuevas de su situación. Su último rey ha muerto arrastrado por su caballo en las aguas del Guadalete, su ejército está deshecho, su patria invadida, sus altares derruidos; nada se opone á la cimitarra de los sectarios del Koran, que asientan ante Toledo cuyas puertas les abren los judíos, y los cristianos, temerosos de una profanación, abren dos nichos en la pared y depositan en ellos las dos imágenes queridas alumbradas por una lámpara que no apagará su luz, que brillará sin consumirse todo el tiempo que dure la dominación árabe,

viva representación del espíritu de aquel pueblo que luchará durante siete siglos por la obra laboriosa, por la obra santa de su redención. Todo cambia, y á aquellos personajes altos y orgullosos como debían serlo los que hacían trotar sus caballos por encima del sòlio de los Césares, suceden los muzárabes, los cristianos posteriores á la conquista, humildes como debían serlo los vencidos del Guadalete, viviendo bajo el yugo agareno y conservando su religión, sus costumbres, su culto, gracias á la tolerancia del mahometano vencedor. Y una tras otra se suceden las generaciones, todas vencidas pero no domadas, todas amasando á costa de lágrimas y de sangre una patria más grande, más poderosa que la perdida en las llanuras de Jerez, todas sostenidas por la misma fé en la ayuda de los agentes sobrenaturales y por la misma esperanza que nace en 714 en las cumbres del monte Anseba y se realiza en 1492 frente á los muros de Granada.

La hora de la reparación llega, no obstante, para la antigua ciudad gótica, y en 1085, rendidas las fortalezas ante la obstinación de Alfonso el Bravo, las campanas cristianas saludan vociferando la victoria alcanzada por la Cruz, mientras acongojado el muezzin desde los minaretes de las mezquitas musulmanas llama con son doliente á los rendidos agarenos para que busquen en la plegaria compensación á su derrota. Entra el ejército cristiano por la hoy tapiada antigua *Puerta de Visagras*, sube á la *Puerta Agilana*, y al desfilar por delante de la pequeña ermita del Cristo, el caballo que monta D. Rodrigo de Vivar se arrodilla, y sale del reducido espacio una música deliciosa que halaga dulcemente los sentidos. Desmorónase un lienzo de pared y aparecen las milagrosas imágenes que ocultará 369 años antes la prevision de los cristianos, y ante las cuales arde, como entonces, la misma lámpara que prueba que el sentimiento que animó á aquel pueblo no se ha extinguido ni un instante; que tiene la misma fé en su doctrina, el mismo ódio á la agena que abrigaba en los cuatro siglos anteriores.

Despues de esto, dícese allí la primera misa, y la imaginación vé arrodillados bajo los vistosos arcos al rey conquistador y á sus mejores caballeros, entre los cuales se halla el Cid. Luego, el ejército continúa su marcha entre los gritos de alegría de los muzárabes y las sordas maldiciones de los moros, y queda el templo nuevamente abandonado y desierto; del arco principal de la capilla pende la cruz de madera que Alfonso VI llevaba en su escudo y que deposita, como humilde tributo de reconocimiento, á los pies del Crucificado.

Tales son los recuerdos que se agolpan á la mente del hombre pensador y que surgen, como evocados por poderoso conjuro, de las sombras de los pilares, de enmedio de las bóvedas, de las ojivas de los arcos. Allí vive la tradición; en aquel jardín crecen sus flores más hermosas. Entre las muchas leyendas que cuenta el pueblo refiriéndose á este venerable lugar, hay una que llamó más poderosamente mi atención, porque más que otra cualquiera pinta el carácter de una época. Esta es la que voy á transcribir, procurando conservar su especial sabor en cuanto sea posible.

I

A mediados del siglo VI de nuestra Era, vivía en Toledo, en la plazuela de Valdecañeros, que va á desembocar junto al colegio de Doncellas, un judío, cuyas constantes predicaciones contra los cristianos, le habían dado una reputación que él, por su parte, se esmeraba en aumentar.

Estaba sólo completamente en el mundo. Huérfano desde niño, y habiendo rehusado casarse cuando llegó á la edad de procurarse una familia, su única pasión, pasión inmensa y devoradora, era el odio hácia Jesús, odio que era cada vez mayor por lo mismo que se revolvió en la impotencia.

Y esta aversión que le inspiraba el profeta de Nazareth, estaba justificada. Hijo fiel y entusiasta del pueblo á que pertenecía, celoso de su origen, dimanado del mismo Dios, y admirador de sus grandes glorias pasadas, Abisain, que tal era su nombre, había estudiado los libros sublimes en que Moisés, los jueces, los profetas, los reyes, dejaron huellas de su genio, trazando esas páginas tan grandes, esas páginas tan hermosas que durante mucho tiempo se adelantaron tanto al espíritu general del mundo, que el hombre, incapaz de comprenderlas como obra de los hombres, las supuso descendidas del cielo, desbordándose como un manantial de gracia de los labios del Creador. Y en sus largas horas de estudio en las tristes veladas del invierno, en que el viento, al silbar y la lluvia al caer, remedaban eco confuso de suspiros, como si hasta él llegasen las quejas de los desterrados descendientes de Judá; en esos largos momentos, dedicados á la contemplación de lo que fué, el espectáculo de las glorias de su raza había pasado muchas veces ante su vista como radiante meteoro, que aparece un instante en el espacio, brilla con fulgor vivísimo y luego desaparece tras el horizonte, impulsado por una fuerza desconocida que le impele en el infinito; é identificándose con sus progenitores, el ánimo de Abisain había seguido paso á paso la historia de su pueblo, extasiándose con él en las ciudades primitivas en medio de los patriarcas que hablaban con Dios, y á quien servían de mensajeros los ángeles; sufriendo con él en Egipto y llamando al Ser poderoso que había de romper su servidumbre; admirando la grandeza del Omnipotente al cruzar el desierto bajo su égida protectora; sintiéndose fuerte con las conquistas de Josué, con los consejos de Samuel, con el poderío de David, con la ciencia de Salomon; llorando luego nuevas servidumbres para despues regocijarse con nuevas redenciones, halagado sin cesar por la idea de un Redentor humano y divino que asegurase á la raza predilecta de la Divinidad el poder sobre la tierra y la posesión del cielo.

Así había llegado, en su ojeada retrospectiva, á aquellos desgraciados tiempos en que Roma lo absorbía todo, y llevaba á todas las naciones sus banderas, y sus águilas á todos los cielos, y sus astros á todos los horizontes; tiempos de lucha y de dolor, en que el profeta lloraba en lágrimas sublimes la destrucción del templo y la ruina de Jerusalem; en que había algo como una sombra en todos los espíritus; algo como una preocupación en todas las imaginaciones, y en que los judíos, perdida ya su importancia, perdían también su autonomía, y perdían también su libertad; en que sus go-

bernadores, siervos de Roma, obedecían, temblando, á sus altos señores, y compraban, al precio de su humillación, una sombra mezquina de poder, una influencia ficticia en los destinos de su pueblo. Y al llegar á la historia tan triste de aquellos días, los ojos de Abisain manaban llanto, y su corazón manaba sangre, y cada vez era mayor su esperanza en aquel rey poderoso, en aquel Mesías, que, rompiendo la esclavitud de Israel, vengaría la dureza de sus ofensas y la infamia de su abyección.

Pero Jehová, el gran Dios del Sinaí, está airado contra su pueblo, y va á retardar, y á retardar indefinidamente, el cumplimiento de su palabra; vá á exparcir á sus hijos predilectos por la superficie del planeta; vá á permitir que se extinga el fuego sagrado que arde en sus altares; que se derumbe el templo suntuoso levantado por Salomón y reedificado por Zorobabel á su regreso de Babilonia; Israel vá á dejar de existir como pueblo, á perder su patria, su significación, y á pasear su miseria por delante de todas las razas atónitas ante el decreto del destino. Levántase de entre las calles de Judea un hombre extraordinario, predicando una nueva doctrina que quiere sustituir á la doctrina antigua; un hombre de acento atractivo, que aspira á ser reformador del gran Moisés, y que, diciéndose el Mesías, predicará, no la destrucción, no la matanza de los enemigos de Judá, sino el perdón de las ofensas y el castigo de las injurias; un nuevo profeta que llora ante Jerusalem por su próximo fin, y que, lejos de oponerse á las exacciones, á la tiranía de Roma, reconoce al César, le paga tributo, y, apartando su mente de la tierra, alza los ojos al cielo, y canta, no la redención del cuerpo, que muere, que pasa como el polvo del camino, sino la redención del espíritu, eterno como Dios y coexistente hasta en la eternidad.

En vano este hombre muere por blasfemo, por sedicioso, por sacrilego; alrededor de la cruz de donde pende su cuerpo, se agrupa la humanidad, y su muerte señala la muerte de Roma y la renovación completa del mundo. Y las generaciones nacen y crecen junto á aquel madero que llega á ser su enseña venerada, y una tras otra dejan caer sus maldiciones sobre Israel que, ya proscrito, vagamundo, sin patria y sin hogar, recorre la tierra, llevando, sin embargo, en su imaginación la idea salvadora que tantas veces le libró de la servidumbre, y que es el único bálsamo que cierra sus heridas, el único consuelo que alivia sus dolores. De la terrible comocion que le ha privado de cuanto es caro al corazón; este pueblo no ha sacado más que una cosa incólume: su fé.

En estas ideas nutria Abisain su entendimiento; y sus recuerdos eran avivados y alimentados sin cesar por la vista del culto que su patria adoptiva rendía al Crucificado. A su alrededor, en la plaza pública, en su misma calle, cerca de su misma casa, todo un pueblo se humillaba ante el falso profeta, reconociendo unos y negando otros su divinidad, pero acatándole todos como á un ser superior en quien veían el hijo del Todopoderoso, ó la primer criatura del Universo; en todas partes se elevaba ante él, se presentaba ante sus ojos aquel cuerpo yerto, sostenido por dos brazos rígidos y sin vida, pendiente del madero ominoso en que morían los esclavos, con los labios aún entreabiertos, de que parecía escaparse un último suspiro, y los ojos semi-cerrados, de que parecía escaparse una última mirada.

De todas las imágenes, cuya vista le ponían fuera de sí, había una sobre todas ellas que le atraía, hacía la cual le arrastraba un movimiento que no era dueño de contener, una fuerza que no podía contrastar; esta imagen era la del Cristo de la Cruz, que se veneraba con gran fé en la ermita de su nombre, al lado de la Puerta de Valmardon ó Agilana —que así se llama el arco conocido hoy con el nombre de la Conquista por atribuirse su fundación á Agila.—Y es que aquel crucifijo era tenido en mucho por los cristianos, y esto bastaba para hacerle aborrecible á su eterno enemigo. Pero, efecto sin duda de la misteriosa atracción que sobre él ejercía aquel lugar, siempre que salía de su casa había de pasar por delante de la ermita de la Cruz; aunque quisiera oponerse á ello, sus pies le llevaban allí con gran fuerza, y su voluntad acababa siempre por ceder á un deseo tan fuera de razón. Pasaba por delante de la puerta, abierta siempre, y en el momento de pasar dirigía al interior una mirada de odio, que iba á encontrarse con la muerta mirada de la imagen.

Esta era la vida que hacía en Toledo el judío Abisain el año 555 de nuestra Era.

II

Hallábase un día Abisain sólo en su casa haciendo sus eternas consideraciones sobre la historia de su pueblo, cuando uno de sus amigos, judío como él, llamado Sacao, vino á verle con el rostro alborozado y manifestando un contento que no trataba de ocultar. Sacao sabía el rencor que su amigo abrigaba en su pecho contra los sectarios de Jesús; sabía su particular aversión á la imagen del Cristo de la Cruz, y quería darle una noticia, convencido, de que oyéndola, palparía de placer su corazón. Unos cuantos de entre sus amigos, celosos de la devoción de los cristianos, trataban de acabar con ella y conseguir que los cristianos mismos fueran los que perdieran su fé en la milagrosa imagen, trocándose su afecto en odio repulsivo, y con este fin habían puesto en ejecución un proyecto infernal, del que con seguridad esperaban felices y provechosos resultados: aprovechando la soledad en que quedaba la iglesia por la noche, habían impregnado de un veneno muy activo que producía la muerte instantánea los pies del Crucificado, para que al día siguiente, todos los que fueran devotamente á besarlos, como tenían por costumbre, cayeran como heridos por un rayo. El resultado era infalible. Los cristianos perderían su fé en una imagen donde viniendo á buscar la vida, encontraban la muerte, la enfermedad en vez de la salud, y esto no podía menos de entibiar profundamente su respeto á una religión que de este modo mataba á sus más fieles y devotos adoradores.

Al oír este relato estremecióse de alegría Abisain, y felicitando por tan dichosa idea á su amigo, vistióse al punto para salir á recojer noticias. Ya debía saberse en todas partes la muerte de los primeros imprudentes que se hubieran acercado al madero de que pendía el Redentor para poner en él el ósculo del amor y del respeto. Representábase con satisfacción el terror de los cristianos, su espanto, cambiado de pronto en odio y repugnancia, hacía aquel mismo crucifijo,

antes y de tal modo querido. Veía germinar la duda en aquellos cerebros asombrados, reñir encontrada contienda en sus corazones las creencias y los recuerdos del pasado con los sarcasmos y escarnios del presente; veía á los parientes de las víctimas agrupándose á las puertas de la iglesia preguntando por los seres queridos de su alma, y estremeciéndose de horror al verlos tendidos sobre el desnudo pavimento con el rostro amoratado y con los labios entreabiertos, y como heridos por la cólera divina. Y en su ciega obstinación creía oír los ayes de todos, resonando confusamente y atravesando el espacio para llegar á su oído como una música cadenciosa.

Pero esto no le satisfacía. Necesitaba ver por sí mismo estas escenas que tan imperfectamente le representaba su calenturienta imaginación. Llevado de esta idea se vistió en un momento, y en compañía de su amigo, tan satisfecho como él, salió de su casa en dirección á la ermita del Cristo de la Cruz.

Una cosa le llamó la atención y vino á confirmar más y más sus ideas. Las calles estaban desiertas, las casas cerradas, y ni una sola persona se cruzó en su camino.—Todo se sabe ya,—murmuraban entre sí los dos hijos de Judá,—todo se sabe, y la población en masa ha acudido á presenciar ese castigo, cuya causa buscarán todos sin que ninguno dé con ella. Ya vacila su fé, ya pierden su esperanza; ya, desesperados, bajan los ojos á la tierra, separándose de un cielo que se les muestra tan injusto.—

Con estas reflexiones continuaron su marcha sin hablarse, abstraído cada cual en las suyas propias y saboreando el placer de la venganza satisfecha, que embriaga á los espíritus mezquinos y halaga los instintos más perversos. Conforme se acercaban á la Puerta de Valmardon, iban encontrándose algunas personas, pero con gran extrañeza suya, todas llevaban en su rostro señales de la más viva satisfacción. Esto era para ellos un misterio que confundía su inteligencia, pero creyéronse engañados por sus sentidos. También notaron que al pasar á su lado los cristianos les dirigían miradas de desden unos, y de cólera otros; Sacao bajaba los ojos no pudiendo soportarlas; Abisain, por el contrario, las desafiaba, devolviendo desden por desden, odio por odio, orgullo por orgullo.

—Sí,—murmuraba entre dientes,—nosotros hemos causado el daño que os espanta; nosotros, pobres criaturas, que aún conservamos íntegro el culto del verdadero Dios, inalterable á través de las edades y á través de los acontecimientos, hemos vencido á vuestro irrisorio Nazareno, nacido en un establo, azotado por nuestros mayores, condenado á la muerte vil de los esclavos por nuestras leyes, y arrastrado á la cumbre del Gólgota por el odio de nuestra raza. Entonces humillamos su pretendido poder y dimos muerte al Inmortal y al choque de nuestras ideas su pretendida divinidad se deshizo como la niebla herida por el sol; hoy, nosotros le vencemos nuevamente. Una cruz acabó con su vida hace seis siglos; hoy, al cabo de ellos, una gota de veneno dá al traste con su divinidad.—

De repente se detuvieron; pálido y desencajado, su amigo Leví venía hacía ellos con las facciones descompuestas por el terror, y los ojos como saltando de sus órbitas. Al verle de este modo, recordaron los hechos que en su camino presenciaron; comprendieron que podían tener una explicación distinta de la que le daban ellos, y un extraño presentimiento empezó á torturar su corazón.

—¿Qué es eso, Leví?—preguntó con voz algo alterada Abisain.—¿Dónde vas y por qué tiemblas? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?—refunfuñó Leví en voz baja.—Que Jehová no quiere que cese todavía en España el cautiverio de Israel; que continúa airado contra su pueblo, y que el ángel rebelde que le burló en el Paraíso protege á los cristianos con artes mágicas, y vela por el nombre del impostor insensato que llevó su atrevimiento hasta tratar de destruir la ley indestructible de Moisés.

—¿Pero qué ha sucedido?—interrogó á su vez Sacao.—Nuestro plan...

—Nuestro plan,—replicó Leví,—se ha vuelto contra nosotros, y queriendo hacer perder su fe á los creyentes, solo hemos conseguido afirmar la de muchos incrédulos que de hoy más opondrán á nuestras palabras y á nuestros argumentos, el hecho mismo de que pretendíamos sacar una prueba de la impostura del Cristo y la falsedad de su doctrina.

—La duda nos atormenta. Habla.

—Ya sabéis que anoche los pies del crucifijo, en que todos los días ponen sus labios los cristianos al entrar en la iglesia, fueron impregnados de veneno; pues bien, yo lo he visto, oculto desde una casa inmediata. Apenas los rayos del sol brillaron en el cielo, llenóse la ermita de fieles que, insultando nuestra ley, iban á adorar al impostor. Terminada la misa, levantóse la primera una mujer, y fué á besar los pies del falso Redentor. Palpitó mi pecho con fuerza, y abrí los ojos cuanto pude para ser testigo de lo que allí iba á suceder; pero, con gran extrañeza mía, con admiración de todos, la imagen del mentido profeta separó de la cruz en que le tenía clavado el pie que la mujer buscaba, quedando éste desclavado, entre los gritos de asombro de los circunstantes. Creyó la devota que su Dios estaba airado contra ella, y otra mujer trató de imprimir un ósculo en el pie de Jesús; volvió á repetirse el hecho inexplicable, y entonces todos los que en el templo estaban, se despararraron por la ciudad gritando: «milagro», mientras su rabino, yendo hacía el crucifijo, hacia notar la presencia del veneno que aparecía como una mancha negra sobre su planta descarnada. Todo el pueblo acude á la iglesia para ser testigo de lo que llama hecho maravilloso y adorar la efigie para ellos tan querida, y todos, aunque sin pruebas, nos acusan. Venid, alejémonos de su paso para no dar motivo á sus sospechas.—

Y arrastrando á los atónitos judíos, que abortos é incapaces de resolución alguna, le siguieron como atontados, se alejó Leví en dirección á la Vega para entrar en Toledo por la Puerta del Cambrón y ganar su casa por aquellos sitios alejados del centro de la ciudad.

III

Aquella noche Abisain no pudo descansar. Preocupado y triste durante todo el día, por más que quiso dedicarse á

sus habituales trabajos, le fué imposible sujetar su inteligencia y tuvo por fin que abstenerse de ocupar su imaginación. Cuando ya á la madrugada logró conciliar el sueño, visiones horribles le agitaron. Parecióle tener delante de sí el cárdeno rostro de Jesús iluminado por vaga sonrisa que le daba un aspecto singular; veía entreabrírse sus labios descoloridos, y el viento, al pasar por entre los rotos dientes de la imagen, parecía como pronunciar palabras burlonas que encendían las mejillas del rencoroso israelita. Quería éste gritar, y las frases se anudaban en su garganta; quería insultar á su enemigo, y sus labios se negaban á dar paso á los insultos inspirados por su cólera. Largo tiempo permaneció así, pero de pronto un sudor frío como el sudor de la muerte bañó su frente y empapó su cabello. Vió que el Cristo se desprendía del madero, bajaba al suelo, y con los brazos extendidos como los tenía en la cruz, venía lentamente hacía él; y pálido y medio loco de terror, escuchando el castañeteo de sus dientes, echó á correr para librarse de aquel abrazo que estaba decidido á evitar aun á costa de su vida; y tras él empezó á andar la escultura, pretendiendo alcanzarle en su carrera que se señalaba en el polvo con un reguero de sangre. La distancia era cada vez más corta; sus piernas flaqueaban ya negándose á sostenerle... un paso más y quedaba preso en aquellos brazos aborrecidos, y sus labios se unían á aquellos labios sin color, y sus ojos á aquellos ojos sin luz.... Entonces hizo un esfuerzo sobrehumano, y éste esfuerzo le despertó. Todo había sido un sueño, pero tan terrible, que toda la noche estuvieron pasando por delante de sus ojos girones de sombras en los cuales palpitaba como el relámpago en un cielo tempestuoso, la muerta mirada del crucificado.

Cuando se levantó era muy tarde. El sol había andado ya la mitad de su camino, y con las brumas de la noche habían desaparecido los fantasmas que le dieron tanta pesadumbre; la impresión, sin embargo, que dejaron en su ánimo, manteníase aún viva y vigorosa. Todos sus esfuerzos para olvidar la pesadilla fueron nulos, y á la caída de la tarde, cuando el astro del día que se hallaba cerca del horizonte iba á ocultar tras él su disco de fuego, comprendió que el aire libre le haría bien, y salió. Bajó á la orilla del río, cruzó su plateada corriente, y abstraído en sus reflexiones siguió por la ribera hasta llegar al punto hoy llamado Huerta del Rey, donde más tarde se construyeron los hermosos palacios de Galiana, la hermosa virgen sarracena.

La tarde era tranquila. Reinaba en el espacio una calma profunda. El cielo, encapotado en su mayor parte por densos nubarrones, reflejaba en las aguas su color plomizo. Las primeras sombras de la noche empezaban á cubrir las valles, y á extenderse por la llanura. Los pájaros se recogían entre las hojas de los árboles. Sólo el río turbaba el silencio con su monótono gemido. En aquella calma de la naturaleza había algo triste, algo fúnebre, que agolpaba las lágrimas á los ojos. Aquella calma parecía presagiar la tempestad, pero la tempestad desbordada, rujiente, arrasando con su encendido soplo las campiñas y las montañas. Abisain se dejó influir por esta tristeza, y sus pensamientos, sin orden ni hilación, adquirieron un tinte melancólico. Fijos los ojos en el agua, parecía perseguir hasta en su revuelto fondo las ideas que trataban de escaparse. Un malestar interior, cuya causa ignoraba, le oprimía, y su corazón palpitaba con fuerza, y la sangre corría por sus venas en desusada corriente. Hizo un esfuerzo para separarse de aquellos sitios que ejercían sobre él tan extraña influencia, y temeroso de que la noche y con ella la tempestad, pronta á estallar, le sorprendieran en el campo, emprendió lentamente el camino de la ciudad. El río seguía gimiendo, gimiendo eternamente, y el viento parecía gemir también al resbalar sobre su tersa superficie. Pasó el Puente de Alcántara, subió la cuesta que hoy conduce al Miradero, y sin darse cuenta de lo que hacía dirigióse á la Puerta Agilana ó de Valmardon.

Detóvose de repente, dando un grito de asombro: estaba delante de la Ermita de la Cruz.

La pequeña iglesia estaba solitaria y abierta como siempre para que los que quisieran adorar á Dios en sus duelos ó en sus alegrías pudieran hacerlo libremente y á todas horas. Una débil lámpara, pendiente del techo, alumbraba con su escaso fulgor las imágenes milagrosas, derramando en torno de ellas imperceptible claridad. La noche había cerrado completamente y la calle estaba solo iluminada por aquel único rayo de luz que salía del templo cristiano. Abisain se preguntó en vano quién le había llevado allí; no pudo contestar á su pregunta. Pero ya en aquel sitio pensó en todo cuanto había sucedido allí el día anterior, y deseó comprobar por sí mismo la exactitud del relato de su amigo Leví, en el cual veía algunos puntos que él juzgaba agrandados por el miedo.

Entró, pues, venciendo la repugnancia que sentía, y se aproximó en puntillas al altar, pero casi al mismo tiempo dió un paso atrás exhalando un grito de estupor. Era verdad cuanto Leví había contado bajo la impresión del momento; el hecho tenido como sobrenatural por los cristianos, y que él trataba de explicarse por medios humanos, estaba allí patente, delante de sus ojos; no era sueño de un alma impresionable; no era delirio de una imaginación sobreexcitada, no. Era verdad; era verdad, y el Redentor, pendiente de la cruz, con un pié desclavado y separado del madero, parecía llamar sobre sus cárdenos labios descoloridos una sonrisa sarcástica con que responder al asombro del israelita; parecía decirle en medio de la calma de la noche, en el monótono movimiento de la lámpara que colgaba iluminando la pequeña nave:—¡He vencido!

Y Abisain, en quien bien pronto la estupefacción dejó lugar al odio, al asombro, al deseo de venganza, no pudo contener un rugido que se exhaló de su pecho y vino á turbar el silencio que reinaba en torno suyo.

—No; todavía no has vencido, Nazareno. Todavía tu mirada que me provoca se encuentra con la mía, que no se baja ante ninguna. Ayer fuiste el ludibrio de mi raza; hoy serás el objeto de mi odio. Los cristianos repiten hoy tu nombre con respeto... Yo haré que mañana, al presentarte á ellos hecho pedazos, comprendan que aquí, como en la cumbre del Calvario, á haber tenido suficiente poder, antes de salvar á los demás te hubieras salvado á tí mismo.—

Y al oprimirse el pecho con las manos, tropezó con un dardo que llevaba oculto entre sus ropas. ¿Quién lo había puesto allí? Ni él lo sabía ni se lo preguntó tampoco. Asíó el

hierro con su mano derecha, se hizo atrás, y con toda la fuerza de que se sentía capaz lanzó el dardo al pecho de la imagen de Jesús.

Un momento de estupor sucedió en él á este acto sacrilego. Un ¡ay! que nada tenía de humano, un grito dolorido hendió los aires y fué á perderse en lo alto de las bóvedas. La escultura, arrojada por el golpe fuera de su centro de gravedad, vaciló un instante y luego cayó pesadamente, primero sobre el altar y despues sobre el pavimento, produciendo al caer un ruido sordo y singular. La lámpara que pendía del techo apagó violentamente su luz como impulsada por una mano invisible; como si el único vestigio de vida desapareciera de allí á la caída de la imagen.

Abisain, sin embargo, se repuso bien pronto. No habia terminado todo para él. Comprendió que nada conseguiria dejando allí la escultura. Los cristianos achacarían á un accidente lo que solo era obra de su odio, y volverían á colocarla sobre el altar con grandes ceremonias. Esto no le satisfacía por completo. Era preciso que desapareciera la estatua. Buscóla á tientas largo rato, la halló por fin, y ocultándola entre sus vestidos salió sigilosamente de la ermita.

El cielo seguía preñado de densos nubarrones que robaban su fulgor á las estrellas. La lámpara de la noche no brillaba, y sólo de cuando en cuando, el relámpago, con su luz vivísima, rasgaba por un instante la extension. El huracan rugía con fuerza poderosa, estrellándose con furor contra las puertas de las casas, y trayendo de la vega, como una tromba de gemidos, el ¡ay! doliente de las hojas secas, que separadas de su tronco vuelan, llevadas por el viento, en remolinos confusos. No habia nadie por las calles. En las casas, junto al hogar, las mujeres rezaban pidiendo á Dios que hiciera huir de Toledo la tempestad que cernía sobre ella sus negras alas, y cuyos ruidos se mezclaban al ronco rebramar de las aguas del Tajo, que parecían prontas á romper su cáuce y desbordarse por la vega.

Nadie vino á turbar á Abisain en su carrera precipitada: ni un sér viviente se cruzó con él, que, llevando la imagen del Cristo en los pliegues de su talabardo, prosiguió hasta la plazuela de Valdecaleros, donde vivía. Al llegar allí volvió la vista con cuidado á un lado y otro. Nadie le habia seguido. Cerró tras sí las pesadas puertas de la casa, y arrojando la pequeña escultura en un monton de cieno que habia en el portal, entró en su habitacion sin querer encender una luz que revelase á la vecindad la hora á que se habia retirado, y se acostó, fatigado por tantas emociones y decidido á dormir el más tranquilo de sus sueños.

IV

Ya era muy entrado el dia cuando un rumor confuso de voces, lejanas y débiles en un principio, fuertes despues y poderosas, vino á despertarle sonando al pié de las ventanas de su cuarto. En aquella tromba de ayes y gritos de amenaza, que llegaba hasta él, creyó distinguir su nombre mezclado en una historia extraña, al nombre del Cristo de la Cruz. El rumor crecia, se alzaba cada vez más potente, cada vez más atronador. ¿Qué significaba aquello? Abisain no sabia qué pensar. Era imposible que, si se trataba de su atentado de la noche anterior, se procediese contra él por meras sospechas, y estaba seguro, por otra parte, de que nadie le habia visto. La gente, sin embargo, entraba ya en su casa, precediendo á la justicia. Buscábase la imagen del Cristo de la Cruz, robada la noche anterior por la mano sacrilega de un judío, que, para derribarla de su altar, la habia inferido una herida en un costado, llevándosela luego. Al obrar así, el insensato sólo habia tratado de satisfacer un odio ridiculo, y se habia delatado á sí mismo, habia firmado su condena. La imagen, herida por el dardo que violentamente asestará contra su pecho el israelita, habia empezado á derramar sangre, y un reguero acusador, que la lluvia no habia podido borrar, se extendía desde la celebrada ermita hasta la casa del judío Abisain, señalado de este modo por la justicia divina como autor del criminal atentado.

Cuando esto oyó Abisain, pálido de terror, desde su cuarto, saltó enseguida del lecho y fué á ponerse sus vestidos, pero un grito ronco, grito de espanto y terror, quedó ahogado en su garganta: sus vestidos estaban manchados de sangre y aquella sangre era del falso Mesías.

Cedieron en esto las puertas del cuarto á la multitud que penetró en él tumultuosamente, se apoderó de Abisain, que no sabia lo que le pasaba, que casi loco de terror, se prestaba á todos sus movimientos, y le arrastró hasta el corral. Allí, en el mismo lugar donde la habia dejado, rodeada de un cerco luminoso, se alzaba la imagen del Cristo de la Cruz, teniendo aún el pié derecho desunido del madero y vertiendo todavía sangre por la herida que la noche anterior le hiciera el dardo del judío. Toda la gente que habia en la casa admiraba el suceso puesta de rodillas, y celebraba con fervor el nuevo triunfo alcanzado tan visiblemente por Jesús sobre sus naturales enemigos.

V

Aquella misma tarde, y despues de un breve juicio en que Abisain se confesó autor del crimen, fué apedreado á presencia del pueblo, teniendo hasta su última hora delante de los ojos, como un espectro acusador, la aborrecida imagen de la Cruz, que le miraba con aire de triunfo.

En cuanto al milagroso crucifijo, llevado en procesion á su ermita, fué repuesto en su altar, y allí podeis verle todavía, despues de más de trece siglos, sin que en todo este tiempo transcurrido desde entonces haya amenguado el aprecio en que le tiene la ciudad de las siete colinas lamidas dulcemente por el Tajo.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

NOTAS.

En la sacristía de la ermita hay un cuadro que, segun autorizadas opiniones, es de fines del siglo XVI ó principios del XVII, copia, sin duda, de otro más antiguo, y que representa el acto de traspasar el judío con su dardo el costado del Redentor. Al pié del lienzo, y en caracteres góticos antiguos, se lee aún, pero con trabajo en algunas partes, la si-

guiente inscripcion que es, indudablemente, la primitiva expresion de la leyenda.

«En el año de 555, Reinando en España Atanagildo, Rey Godo, fué en esta yglesia que un Judío viniendo de la guerta de Campo Rey, q oy fe dice guerta de Rey, paffando por esta yglesia hallado ocafio oportuna pa fu maldito intento por q el Rencor y el enojo que tenía los judios con el Original verdadero gefá en Altar Mayor ques de Cedro q ellos truxeron de Jerusalem pa fu finagoga q la tenían donde oy fta María la Blanca.—Efte, f, Crifto dla Cruz y M^e de Dios dla Luz por los milagros tan maravillosos q hacían fueron persegudos tanto q le puffieron veneno en los piés porq los Criftianos q los befasen muriefen; luego, queriéndolos befar una mujer pecadora Rehuyó el, f, xpo el pié quedando los dedos apartados pa q quedase fee del milagro (1), pues como hallaffe el judío la yglesia fola, con fu acofumbrada indignacio, apuntó el dardo al pecho dl Sxpo y con el encuentro y el golpe lo derribó en tierra, derramando mucha fangre dla herida, de q el judío quedó admirado, y arrastrádola hafta la puerta, la coxió debaxo de fu talabardo corriendo fangre hafta la plaçula de Valdecalero, donde vivía el judío (2). Facaro los Criftianos viejos donde eftaba por el Raftro dla fangre, bufearo toda la Caffa dl judío, y no halladole fe volvían y el Sxpo fe apareció en pié á la puerta de la caballería donde le tenían efeodido entre el eftiercol y fiempre corriendo fangre de la herida.—Vino el Rey Atanagildo aver el portentofo cafo y admirado, viendo la maldad del judío mando fueffe apedreado. Volviófe á fu, f, templo yglesia de la Cruz con mucha folemnidad haciendo de allí adelante muchof maf.

En la pérdida de España cuando la perdió el rey Don Rodrigo, que fué el tercero año de su reinado, que fué el de setecientos y catorce del nacimiento de expo. temeroffos de los árabes y judios los cristianos no ultrajasen las reliquias Sactas deste, f, xpo de la cruz y M^e de Dios de la Luz y otras muchas Reliquias, eftas dos ymages fuero guardadas y ocultas entre quatro paredes con una lápara encendida con una l... q decia el porq y cuando se ocultaró. Fué Dios fervido quel Rey Don Alfonso el septo ganafe á Toledo el dia de, f, Urbá, á 25 de Mayo el año de 1085. Entró en Toledo muy alegre, con mucha caballería, el Cid Ruy Diaz veni á su lado, y llegando á la puerta Aguilana queftaba frontero dla yglesia dla Cruz el caballo del Cid fe arrojó y vieron que fe defmatelaron las paredes y vieron prodigiofo cafo al, f, expo y virge de la luz repladeciente con la luz encendida dando luz á los q fo luz y gracia del cielo en todo el tpo. de la pérdida de España hafta quel Rey Don Alonso el 6.^o ganó á Toledo estando ardiendo la lápara del xpo. hasta q fe ganó á T.^e y dixofe en esta cruz aquel dia la primera miffa y dexó el Rey su efeudo á la yglesia (3) —autores Febio deftro Máximo y Pelagio. Don N.^o en su historia de la pérdida de España. Dios lo puede todo. Laus Deo.»

Hé aquí ahora la descripción en su mayor parte fantástica, que de este crucifijo, objeto de tanta devocion, se hace en un libro titulado: *Istoria del Santísimo Xpito de la Cruz y Nuestra Señora de la Luz*, escrito á mediados del siglo XVII y que se conserva manuscrito en la Biblioteca provincial de Toledo:

«Su estatura es de más de tres palmos; cuyos miembros se componen con la debida proporcion; el barniz, de que se cubre su tez, se representa oscurecido ya por la ancianidad que demuestra, ya por las injurias sufridas. La cruz es tosca y nudosa, fabricada de un tronco sin desnudarle la corteza. El rostro afilido se reclina sobre todo el hombro desoyuntado, cayendo en el brazo diestro; los lábios cárdenos, los ojos melancólicos, los dientes traspillados, las sienas taladradas, las mejillas sangrientas, las manos, aunque clavadas, abiertas, y rasgados los nervios de ellas; el cuerpo con dos heridas, que siendo un cuerpo muerto no se puede cerrar. La parte inferior se viste de un sudario ó túnica sobre la cintura hasta las rodillas. Los piés el uno tiene clavado y el otro desprendido.»

REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

Sr. D. Eduardo Asquerino.

Lóndres 25 de Febrero de 1881.

Muy señor nuestro: Las últimas noticias que tenemos de América, si prescindimos del Perú y Bolivia, son muy pacíficas y aun satisfactorias.

La República Argentina, nos complacemos en reconocerlo y afirmarlo, es hoy indudablemente uno de los países más despreocupados, más progresistas y que más progresan en el mundo. La ola de inmigracion procedente, en su mayor parte, de las dos vertientes de los Pirineos de Italia y de varios Estados alemanes, inunda, como una marea creciente, las fértiles, bellas y hospitalarias márgenes del rio de la Plata. Hace poco que la sequía hizo concebir sérios temores respecto de la siembra del trigo; pero el tiempo ha cambiado y hoy no se calcula el valor de la próxima cosecha en ménos de 8 000,000 de pesos. Las importaciones del año pasado excedieron á las del anterior (78) en 3.200,000 pesos: la renta del tesoro nacional en cerca de 4.000,000 y la inmigracion en 7000 individuos. Durante el mismo año la exportacion de artículos que pagan derechos ascendió á 40.000,000 de pesos, exportacion enorme, máxime si se recuerda que no todos los artículos pagan derechos, y que la poblacion absoluta de la República apenas equivale á 2.400,000 habitantes. Al mismo tiempo

la instruccion pública se generaliza y perfecciona, las costumbres se purifican, la mortalidad y el crimen disminuyen, la agricultura prospera, el crédito se consolida, y como corolario forzoso, la riqueza y el bienestar se difunden por aquellas pampas luminosas y espléndidas.

Hechos.

Ese país, al caer la administracion reaccionaria

En 1851 poseia...	4.500,000	carneros.
En 1870.....	35.000,000	»
En 1879.....	49.000,000	»
En 1852 exportó.	1,398	balas de cuero con 200 lib. cada una.
En 1870 exportó.	20,000	balas de lana con 800libs.cada una.
En 1876 exportó.	67,000	balas de cuero.
En 1870 exportó.	161,000	balas de lana.
En 1879 exportó.	69,000	balas de cuero con 200libs.cada una.
Y.....	216,000	balas de lana con 800libs.cada una.

En fin, para formar idea cabal del progreso efectivo de aquel país, recuérdese además

Que ya tiene cerca de 3.000 kilómetros de vias férreas.

Que posee cerca de 6.000 de alambre telegráfico.

Que acaba de invertir en una soberbia penitenciaría 2.000,000 de pesos.

Que posee una escuadra ya respetable.

Que gasta en educacion popular 10.000,000 de pesetas al año.

Que dedica una parte de su presupuesto á promover la inmigracion.

Y en conclusion, que posee un Observatorio astronómico bien servido y que ya comienza á transmitir á la Europa científica datos, observaciones y noticias interesantes. En estos dias, por ejemplo, acaba de anunciar por el telégrafo la aparicion de un gran cometa que va alejándose del sol, y en nuestra opinion es muy verosímil que ese misterioso y brillante viajero de las infinitas regiones siderales se haya asociado de algun modo á las nieblas tan tenaces como extraordinarias que en Inglaterra y en Francia han coincidido con su perihelio haciendo subir la mortalidad de una manera alarmante. En Londres ha llegado á 48 por 1 000, siendo así que en esta gran Metrópoli la mortalidad rara vez llega á 27 por 1.000.

Así vemos plenamente justificado el juicio y aun la prevision de un viajero español que hacía 1869 decia textualmente en una de sus mejores obras, refiriéndose á esa misma República:

«De todos los Estados hispano-americanos, la República argentina es la que marcha más rápidamente por el áspero y difícil camino de la civilizacion y del progreso. Combatida por poetas y escritores tan intrépidos como los Varelas, Rivera Indarte, Mármol, Mitre, Sarmiento y Echevarría derrocada por Urquiza en Monte Caseros la nítidológica, sangrienta tiranía del feroz Rosas (1793-1878), la nacion argentina, venciendo tradiciones teocráticas que parecían insuperables, proclamó la libertad de cultos, la libertad de enseñanza y la libertad de imprenta; y en virtud de esas libertades siempre fecundas, asociadas á un sábio espíritu de moderacion, tolerancia y cosmopolitismo, se ha difundido por do quier la educacion, (que es la fecunda y pertinaz manía de Sarmiento), ha prosperado la agricultura, se ha centuplicado el comercio y con las copiosas corrientes de la emigracion europea, se ha fijado irrevocablemente en las dichosas márgenes del espléndido rio de la Plata el destino manifesto de la América del Sur. A Mitre (1823) se debe en gran parte esa tan sorprendente como inesperada evolucion, una de las más gloriosas y útiles de los tiempos modernos. Poeta inspirado, orador elocuente y simpático, historiador filosófico y profundo, y general tan inteligente como esforzado, el vencedor de Pavon (17 de Setiembre de 1861), hace recordar por una parte el inagotable espíritu del gran Rivadavia (1780-1845.) y por otra el génio múltiple y la fortuna varia de los griegos.»

La República Oriental del Uruguay participa de la prosperidad y del progreso de la República Argentina; no así el Paraguay, en donde el fanatismo farisáico y la tiranía estúpida de tantos años han dejado sedimentos tan pútridos y tan mortíferos miasmas, que hacen inútil, y al parecer, contraproducente, toda tentativa de reforma y de organizacion racional en aquel tan fértil y tan bello como tan desdichado país.

Chile saborea sus grandes victorias marítimas y terrestres, vé reanimarse su comercio, hace poco tan abatido, y todo, por ahora, le sonrre. Destruída ó capturada la escuadra peruana, y vencido en San Francisco el ejército, y, lo que es mucho más, desmoralizado por la revolucion el ejército aliado, quedan los chilenos en pacífica posesion de todos los minerales de aquella costa, en donde, á lo ménos por ahora, en el verano una nueva campaña es casi imposible.

Mientras tanto, en el Perú la situacion no puede ser más desastrosa. Muerto Grau, tomado el Huáscar, capturada la Pilcomayo, el torpedo, etc., la escuadra peruana ha desaparecido y los chilenos quedan dueños absolutos del Pacífico. Los acontecimientos que han tenido lugar por tierra han sido para el Perú más lamentables y desgraciados. La escuadra chilena se presentó delante de Pisagua con un ejército de desembarco que no habia de 12.000 hombres; y aunque las escasas fuer-

(1) Lo mismo se cuenta de un Crucifijo que tenia el papa Paulo V sobre una mesa de su cuarto.

(2) Este pasaje de la leyenda, en que el Cristo va vertiendo sangre y denunciando de este modo al sacrilego, recuerda la tradicion madrileña que dió nombre á la calle de la Cabeza.

(3) Este otro hecho milagroso es tambien atribuido, entre otras muchas imágenes á la de la Virgen de la Almudena, que aún hoy existe en la Cuesta de la Vega, de Madrid.

zas (800 hombres) que guarnecieron aquel puerto boliviano se defendieron aún más de lo que era de esperarse, causando más de 600 bajas á los invasores, éstos, sin embargo, tomaron á Pisagua, penetraron en el país, y dirigiéndose al Norte invadieron al Perú y se apoderaron de Iquique, y, por consiguiente, de los depósitos de salitre que eran el *objetivo*, como ahora se dice, de la ambición chilena. El 19 de Noviembre próximo pasado dos divisiones, una peruana compuesta de 4.000 hombres, y mandada por el general Bustamante, y otra boliviana, también de 4.000 hombres, mandada por el general Villegas, después de haber caminado toda la noche anterior, atacaron al ejército chileno sólidamente establecido en un punto que en los partes chilenos se llama *Dolores*, y en los partes peruanos San Francisco. Apenas necesitamos decir que los aliados comenzaron la batalla en circunstancias muy desfavorables. El asalto, no obstante, fué audaz y temerario; la victoria estuvo por horas muy largas indecisa, y momentos hubo en que parecía sonreír á los antiguos hijos del sol; pero los chilenos resistieron en sus posiciones con una valentía imperturbable y digna de su reputación militar, y quizá de mejor causa, y los aliados, repelidos en toda la línea, tuvieron que retirarse malamente, dejando sobre el campo de batalla el 42 por 100 de sus fuerzas. El resto del ejército aliado, fugitivo á través de aquellos tórridos desiertos, pudo, á duras penas, replegarse sobre Tarapacá, á donde pocos días después llegaron en su persecución los vencedores; empero los vencidos, haciendo allí alarde de una fortaleza de que hay pocos ejemplos, resolvieron defenderse, y se defendieron con tal valor, que rechazaron á los chilenos, que se retiraron, no sin dejar detrás de sí siete cañones de Krup, y entre muertos y heridos un 33 por 100 de sus fuerzas. Y, ¿cómo no se aprovecharon los peruanos de semejante victoria, que pudo convertirse en climax final de tan desastrosa guerra? Veámoslo. Tiempo hace que fatiga á la fama en el Perú un señor don Nicolás Piérola, á quien no pocos consideran como hombre de talento y de extraordinaria energía, y á quien reconoce como jefe supremo el partido ultramontano más audaz é intransigente; años hace que Piérola aspira al poder, sin reparar mucho en los medios, y parece que ha tomado parte en no pocas tentativas revolucionarias. Al declarar Chile al Perú la guerra, don Nicolás Piérola, que, á consecuencia de sus aventuras políticas vivía emigrado en Santiago, pidió al Gobierno de su patria que le permitiera regresar al Perú para ponerse leal y desinteresadamente á disposición del Gobierno y contribuir con toda su energía á repeler aquella agresión inmotivada. El general Prado, noble y generoso, y rehusando dudar de la sinceridad de aquella profesión de patriotismo, concedió á su enemigo la amnistía y el salvo-conducto á que aspiraba. Más hizo aquel Gobierno liberal: propuso á Piérola un ministerio; empero él contestó que aceptaba con tal que se reorganizara todo el ministerio conforme á su programa. Pues bien: estando así las cosas, y mientras Grau y sus esforzados compañeros se sacrificaban á bordo del *Huáscar*, como Leonidas en las Termópilas (480); mientras el ejército del Sur prodigaba su sangre y agotaba sus fuerzas en marchas penosas y encarnizados combates, se consumaba en Lima y en el Callao, en presencia de la invasión triunfante, una revolución reaccionaria, se interrumpía el orden constitucional, se obligaba á Prado, que ahora se halla en los Estados Unidos, á salir de incógnito del país, y don Nicolás Piérola realizaba, por fin, sus más dorados sueños, proclamándose Dictador incondicional y absoluto del Perú.

Hé aquí por qué, á nuestro modo de ver, la nación peruana no ha podido aprovechar ni en lo más ínfimo la gloriosa victoria de Tarapacá. Mucho espera el partido conservador de la energía de Piérola y del sistema que representa; nosotros, sin embargo, solo sabemos hasta ahora que ha conseguido negociar bajo condiciones, quizá ruinosas, un empréstito de 20.000.000 de soles. Para completar el cuadro de la situación actual del Perú, parecemos oportuno reproducir el siguiente soneto que tenemos á la vista en los últimos periódicos recibidos de Lima, debiendo advertir que, aunque no carece de mérito, es, sin embargo, lo menos poético que conocemos de su eminente autor señor Llona.

AL PERÚ.

DESPUES DE LOS COMBATES DE ANGAMOS Y DE SAN FRANCISCO.

¡Oh Perú! de la América soldado
Ayer pujante y de laurel ceñido,
¿Cómo en tierra—te encuentras invadido,
Y en mar—por fuertes naves encerrado?
Un gigante semejas maniatado
Sobre tu inmenso litoral tendido,
Que del abierto flanco ya ha vertido
Su sangre en suelo y golfo empurpurado...
¡Titan! destroza ya tus ligaduras;
Lanza un grito que espante al Hado adverso;
Ponte en pié; de tus Andes las alturas
Sobre la sien derrumba del perverso
E implacable, en tus tórridas llanuras
Da un ejemplo de horror al Universo.

Las noticias de la América central son por fortuna pacíficas y satisfactorias. A consecuencia de algunos artículos publicados en la capital del Salvador, que dicho sea de paso, es una de las Repú-

blicas más liberales y más prósperas del Nuevo Mundo, ó lo que es aún más probable, instigado por los jesuitas que tanto influyen y tan arraigadas están en Nicaragua y en Costa-Rica, el general Guardia, presidente de esta última República, cortó bruscamente las relaciones oficiales con el Gobierno del Salvador, y tanto se exaltaron los ánimos en ambos países, que hubo momentos en que la guerra parecía inevitable. Mediaron amenazas, hubo no poca intemperancia periodística, se despacharon legaciones para negociar alianzas, se hicieron ruidosos aprestos... todo en fin, parecía anunciar una conflagración desastrosa que iba á envolver las cinco Repúblicas de la América del Centro. Felizmente todo ha pasado ya, y la paz continúa inalterable en aquellos países que tanto la necesitan.

Los implacables enemigos de la luz no cesan de conspirar contra las tres Repúblicas liberales de Guatemala, el Salvador y Honduras; pero el ilustre general Barrios, hombre de gran corazón y de altísimas aspiraciones, consigue sobreponerse á todo y mantener la mejor armonía entre las tres Repúblicas, cuyos intereses son hoy enteramente solidarios.

Muchas veces lo hemos afirmado, y no nos cansaremos de repetirlo: el general Barrios es un hombre verdaderamente providencial; es, por más que vociferen sus microscópicos enemigos, el hombre de Estado más audaz y más extraordinario que ha aparecido hasta ahora en aquellas regiones, que por tantos siglos han sido patrimonio exclusivo de la ignorancia y de la tiranía. Más aún: tenemos fe en su destino y en su fortuna, y no dudamos de que corone con un éxito glorioso la humanitaria y fecunda evolución, en que hace ocho años está empeñado con tan invencible constancia y con tan noble heroísmo.

Bajo su administración, ha desaparecido de Guatemala el servilismo teocrático, que todo lo envilecía y esterilizaba; bajo su inspiración se abren caminos, se inician vías férreas y se centuplican las producciones agrícolas. La instrucción pública, secuestrada por el más ignorante y temerario de los fanatismos durante las administraciones de Carrera y Cerna, obtiene del general Barrios la más solícita y preferente de las atenciones. En vano los enemigos de Guatemala calumnian y vociferan. No hay exageración en afirmar que durante las administraciones reaccionarias, la educación, y por consiguiente, el progreso, estaban realmente prohibidos. ¿Quién puede resistir á la elocuencia de los hechos? ¿Cuánto se dedicaba á la instrucción popular en los dichosos tiempos de Carrera? Apenas 30.000 pesos. Cuánto se consagra hoy á ese ramo fundamental y por excelencia reproductivo? Más de 400.000.

Según las últimas noticias de los Estados Unidos, los experimentos de la luz eléctrica se han suspendido por ahora con motivo de dificultades que quizá consiga vencer Edison. Las acciones de la compañía de luz eléctrica de Edison, que con motivo de los ensayos de *Menlo Park* subieron de 300 á 5.000 pesos; en vista de inesperados entorpecimientos han bajado á 1.000.

El ministerio de Instrucción pública en Francia, acaba de adjudicar al americano Graham Bell por la invención del teléfono el premio de Volta que consiste en 50.000 francos.

Sherman (1823) y Grant (1820), son los candidatos para el inmediato período presidencial que parece que comienzan á dibujarse en el horizonte político de los Estados Unidos.

El telégrafo nos anuncia que acaba de descubrirse en aquel país un nuevo planeta secundario de 11^{ma} magnitud.

Al terminar esta Correspondencia, recibimos las siguientes noticias de Sud-América.

El 27 de Enero próximo pasado, ocurrió una explosión en el arsenal de Valparaíso, ocasionando grande estragos, y entre otras pérdidas la muerte de veinte individuos.

Según noticias de Buenos-Aires, la alianza del Perú y Bolivia ha terminado. *Nisi cumbontis amicitia esse non potest.*

El nuevo Gobierno del Perú, dicen, organiza un ejército de 20.000 hombres y parece resuelto á continuar la guerra.

En Lima se ha descubierto una conspiración y varios jefes han sido fusilados.

El *Huáscar* se ha presentado á la vista del Callao y ha producido, tanto allí como en la capital, una excitación indescriptible.

Somos de Vd., siempre afectísimos,

VARIOS AMERICANOS.

LOS BUFONES EN FRANCIA.

HASTA EL REINADO DE FRANCISCO I.

El autor francés Du Fresne, en su Glosario da á la voz *menestreux* ó *menestriers*, que nosotros traducimos por *menestrales*, la significación de bufones, mimos y juglares en general, y dice que pertenecían al orden inferior de los empleos de la corte: *quod minoribus aula ministris accensarentur*. La voz *juglar* viene también del latín *joculator*, de la cual los franceses hicieron *jongleur*. Por una ley del año 1381 estaba prohibido en Francia á estos menestrales ó juglares tocar instrumentos de cuerda ni de viento: *nullus ministris seu jogulator audeat pinsare vel sonare instrumentum cujus cumque generis*; pero ésta ley ni fué de aplicación universal, ni duró mucho, cayendo en

desuso á medida que el juglar, convertido en loco de la corte, fué subiendo en la escala de los honores. En 1404, ya el loco de la corte tenía un criado. En la colección de la *Chambre des Comptes* se encuentra una partida de 47 pares de zapatos entregados á Hancelin Coc, bufón de Carlos VI, y de siete pares para su criado, lo cual demuestra que ya en aquellos tiempos el loco de la corte había ascendido en categoría, y hasta traficaba con los gajes de su oficio.

El primer ejemplo de un bufón de la corte francesa, según el doctor Rigollet, se remonta al reinado de Hugo Capeto; pero Flögel todavía penetra un siglo más arriba, y encuentra un llamado Juan en la corte de Carlos el Simple. La influencia de este bufón, dice Flögel, era tan grande, que Carlos le dijo una vez si quería cambiar de oficio con él. Juan le contestó que no, y preguntando Carlos si no le satisfacía la idea de ser rey, respondió: «En efecto, la idea de ser rey me gusta mucho; pero me avergonzaría extraordinariamente de tener un bufón como tú.» De este bufón se cuenta que una mañana entró en la alcoba de su amo, exclamando: «¡Oh, señor, qué noticia, cuatro mil hombres se han levantado en la ciudad!—¿Cómo?—gritó el rey asustado.—¿Con qué intención se han levantado?—Me parece,—dijo Juan poniéndose el dedo en la nariz,—me parece que con la intención de acostarse cuando llegue la noche.»

Viniendo después al período del padre de Hugo Capeto, Flögel nos presenta un bufón que entra en escena de una manera solemne y melodramática. El célebre duque, en 943, emprendió una expedición contra los normandos, y entre su séquito iba el bufón Ordericus Vitalis. Un día, de sobremesa, recayó la conversación acerca de algunos devotos personajes, que habían muerto en olor de santidad. Como el bufón era un loco, tenía licencia de hablar libremente, y comenzó á tratar á los santos con tanta dureza y sarcasmo, que excitaron la venganza del cielo; y dice el historiador normando que se levantó una violenta tempestad, brillaron los relámpagos, y desprendiéndose un rayo de las nubes, atravesó el tejado y mató al bufón y á todos los que le habían impulsado á burlarse de los santos ó se habían reído de los chistes impíos. Después nos hablan los historiadores del bufón de Luis VIII. Nicolás de Braia describe un gran banquete dado por el rey poco después de su coronación, y dice: «Mientras el licor de Baco alegra los corazones y desarruga el ceño del príncipe, un mimo, célebre por su habilidad en el arpa, se levanta, y, pulsando su instrumento, canta las alabanzas del rey.»

Entre los monarcas franceses más aficionados á bufones se cuenta Carlos V, el cual, en una carta á las autoridades de Troyes en Champaña, les anunció que había muerto su bufón y les pidió que le proporcionasen otro. Después en 1364 el mismo Rey, estando vacante la plaza, mandó que su tesorero diese 200 francos para buscar un bufón y llevarle á la corte. Una vez en la corte el pobre bufón, no se le permitía dormir fuera de Palacio; y si lo hacía, corría el riesgo de ser azotado á la vuelta. Tampoco podía quitarse su traje de loco sin permiso de su amo, y aún entonces, si se le ocurría ponerse una espada al cinto para pasar por noble, y éste atrevimiento llegaba á oídos del preboste de la Casa Real, estaba seguro de recibir una buena tunda hasta que la sangre saltara de sus costillas. Pero Carlos V quería mucho á sus bufones y en uno ó en dos casos mandó erigirles á su muerte suntuosos monumentos. Uno de estos bufones fué enterrado en la iglesia de San German. L'Auxerrois, y otro llamado Thevenin de Saint Ligier, fué depositado en la iglesia de San Mauricio de Senlis en una tumba de piedra, de 10 pies de larga, por 5 de ancha, sobre la cual se esculpí una estatua yacente con la cabeza y los pies de alabastro. En la cabeza tenía las insignias de su oficio, el gorro de cascabeles, y en la mano una vara. La tumba tenía una inscripción que decía: «Aquí yace Thevenin de Saint Ligier, loco del Rey nuestro señor, que murió en 11 de Julio, año de gracia de 1374. Rueguen á Dios por su alma.»

Luis XI tomó á su servicio el bufón de su difunto hermano Carlos, duque de Guyenne. El duque y su querida, la señora de Monsoreau, en el mes de Mayo de 1479, estando sentados á la mesa repartieron entresí á los postres un melocoton que le había regalado el venerable abad de San Juan de Angelf. La señora y el duque murieron en breve, y el bufón pasó al servicio del rey. Poco tiempo después, Luis XI, estando rezando en su oratorio, mientras el bufón permanecía de pié á su lado, dirigió un pequeño discurso, como era su costumbre, á Nuestra Señora de Clery. La arenga se reducía á decir á la Virgen que, siendo tan amiga del Rey, y el Rey tan su amigo, debían patrocinarse mutuamente, que la Virgen debería componerse con el cielo para que no castigase al Rey por el asesinato de su hermano, y en caso de que la vindicta divina necesitase una víctima, que fuera el abad de San Juan de Angelf, á quien Luis había empleado para cometer el asesinato, y que según el monarca aseguraba á la Virgen, era un gran tunante que no servía para nada más que para su condenación eterna.—Arreglad, Señora, este pequeño negocio en mi favor,—dijo el Rey en su oración, y yo, por mi parte, depositaré magníficos regalos en vuestro altar.» Según dice Brantome, el bufón oyó la confesión y el contrato propuesto por el Rey á la Virgen; y como quería mucho á su an-

tigo amo, acusó al Rey del crimen delante de una escogida y noble concurrencia en un gran banquete.

Del loco no se vuelve á hacer mención; pero cuando el duque de Borgoña acusó de fratricida á Luis, éste negó atrevidamente la acusación, mandó encarcelar al abad de San Juan de Angeli, y nombró dos jueces especiales para examinar la causa. Poco despues, el abad fue encontrado ahorcado en la prision, unos dicen que por sí mismo y otros que por el diablo, mientras algunos pensaron que por el Rey, pero no dijeron una palabra, como tampoco Luis. Este recompensó á los dos jueces: al uno le hizo obispo de Albi y al otro le dió un pingüe beneficio. En cuanto al bufon, ya hacia tiempo que habia ido á buscar á su antiguo amo.

La mención del duque de Borgoña recuerda al bufon francés de Carlos el Temerario. Llamábase *Le Glorieux* y era efectivamente muy decididor y chancero. Su amo acostumbraba á compararse á sí mismo con Anibal; y un día, despues de la derrota de Granson, galopando el duque seguido de su bufon y de otros muchos para ponerse en lugar seguro, mientras el duque en su interior estaba lleno de ira, *Le Glorieux* le decia:—Primo mio, no he visto un medio mejor de parecerse á Anibal.

En otra ocasion, despues de la derrota de Carlos delante de Beauvais, recibió á unos embajadores, les condujo á su arsenal, y mostrándoles una habitacion, les dijo:—Este cuarto contiene las llaves de todas las ciudades de Francia. Al oír estas palabras *Le Glorieux* empezó á registrar sus bolsillos y á mirar por todas partes con mucho cuidado.—¡Estúpido!—gritó el duque; ¿qué buscas con tanta ansiedad?—Estoy buscando las llaves de Beauvais,—dijo *Le Glorieux* con una sonrisa significativa.

Los dos primeros bufones que dejaron gran fama en Francia, son Caillette y Triboulet, bufones de Francisco I. Triboulet era un mote; el nombre verdadero no se sabe y lo mismo sucede con Caillette. Hubo dos Caillette, padre é hijo. El primero era idiota ó pretendia serlo. Sus gracias, cuando le ocurría alguna, era más de payaso que de persona instruida. Los pages de la corte solian divertirse con Caillette padre de la manera más cruel; una vez le clavaron á un madero por una oreja y el pobre loco se creyó condenado á permanecer allí toda su vida. Preguntado quién le habia puesto así, contestó que no lo sabia: se mandó comparecer á los pages para ver si conocia á alguno, y á ninguno conoció. La causa por que le hicieron tal burla fué que habia cortado las agujetas de un page y se las habia puesto por cola de su traje. Esta misma historia cuenta de Triboulet el bibliógrafo Jacob (Pablo Lacroix), en los *Deux Fous*. Segun Lacroix, que en sus narraciones de sucesos antiguos mezcla muchas veces la fábula con la verdad, Caillette padre era muy inferior á Triboulet en agudeza, y se ahorcó de desesperacion por haber sido derrotado en un certámen con su rival.

Mientras el padre ejercia su oficio en la corte de Francia, Caillette el hijo vivia en el castillo del conde de Saint-Vaillier, como amigo más bien que como dependiente. En su juventud habia llamado la atencion del famoso condestable de Borbon por su gentileza y despejo. El condestable lo creia hijo de algun noble y no del bufon, y le recomendó al conde de Saint-Vaillier, que le educó en compañía de su célebre hija Diana de Poitiers. En esta sociedad el joven Caillette vivió feliz, amado y lisonjeado, hasta que Diana se casó con Mr. de Brezé, gran senescal de Normandía. Pero desde entonces su carácter cambió, perdió su alegría, estudió más para olvidar sus penas, de las cuales no era la menor el considerar que su padre ejercia el oficio de bufon del Rey. Francisco I estaba en Moulins, á donde habia ido para ser padrino de un hijo del condestable, cuando supo la muerte del padre de Caillette.

Las fiestas de Moulins y la residencia de la corte en aquella ciudad habian atraído á muchos nobles, y entre ellos al conde de Saint-Vaillier, que levó consigo á Caillette. Cuando Francisco I, que habia sentido mucho la muerte de su bufon, supo que un Caillette estaba allí en compañía de Saint-Vaillier, resolvió perpetuar el nombre del difunto nombrando á su hijo para el oficio vacante de bufon. Tanto el hijo como el conde de Saint-Vaillier se negaron á admitir el nombramiento; pero todo fué en vano: el joven, que habia pensado llevar espada y conquistarse un nombre, fué obligado á ponerse la caperuza de bufon, y cuenta su biógrafo que se hubiera suicidado á no haberle aconsejado otra cosa su confesor.

Una vez en ejercicio de sus funciones, Caillette entretenia al Rey leyéndole versos, cosa que hacia admirablemente, y aún improvisándolos, para lo cual tenia gran facilidad y gusto, tanto que muchas veces Francisco I los hacia pasar por suyos. Este bufon, instruido, filosófico, clásico, bello y elegante, fué amado, como es de suponer, por muchas grandes señoras de la corte; pero sus homenajes se dedicaron siempre á Diana de Poitiers. Cuéntase, y aquí parece que entramos ya en los dominios de la novela, que sentenciado á muerte el conde de Saint-Vaillier por suponerle cómplice en la traicion del condestable, Caillette hizo todos los esfuerzos imaginables para obtener la libertad de su antiguo amo, no tanto por el afecto que le tenia, cuanto por que Diana le habia prometido, si salvaba á su padre, darle un beso en presencia de toda la corte de Francia. En efecto, á fuerza de ruegos, obtuvo el perdon del Rey, y presentó la cédula orgullosamente delante de toda la corte; pero en

aquel momento un veneno hacia estragos en su cuerpo y Diana dió el beso prometido sobre los labios de un moribundo.

—¡Santa Zampona!—exclamó Triboulet en aquel momento, ruega á Dios por el difunto! Ahora soy yo el primer bufon de la corte de Francia.

Triboulet ha adquirido una gran celebracion por el drama de Víctor Hugo *El Rey se divierte*, y la ópera de Verdi *Rigoletto* fundada en este drama.

Cuéntase de Triboulet, que deseando Francisco I enviar un correo á Roma y quellegara con toda velocidad, dió dos mil coronas á uno que se presentó, diciendo que llegaria en un espacio de tiempo cortísimo, tan corto que era imposible absolutamente que cumpliera su palabra. Voy á ponerte en mi registro de locos,—dijo Triboulet al Rey,—por haber creido que un hombre puede hacer lo que no es posible y por haberle pagado cuatro veces más de lo que hubiera merecido aun en el caso de cumplir su palabra.—Si no la cumple,—dijo Francisco I,—me devolverá el dinero.—Entonces,—exclamó Triboulet, será más loco que tú y tendré otro más en mi registro. Una anecdota semejante se cuenta tambien de un bufon español.

Atribúyese á Triboulet otra respuesta que los alemanes suponen dada por un bufon de la corte de Austria, cuando el Emperador Leopoldo quiso invadir la Suiza. Francisco I reunió un Consejo en 1525 para deliberar sobre las medidas que habian de adoptarse en la célebre campaña que concluyó con la derrota de Pavia y la prision del Rey.

Los consejeros dieron cada uno su parecer, y al fin convinieron todos en los medios de penetrar en Italia. Triboulet estaba sentado en el suelo á los piés del Rey y con la cabeza apoyada en la mano; y cuando se hubo convenido en la expedicion, dijo:—Ruego á VV. EE. que detengan un poco el torrente de su sabiduría mientras yo hago una observacion.—¿Qué observacion tienes que hacer, majadero? preguntó el Rey.—La siguiente, dijo Triboulet: se ha pensado y discurrido mucho sobre los medios mejores de entrar en Italia; ahora bien, yo supongo que no os vais á quedar allí para siempre, y entiendo que hariais bien en discurrir, no solo la manera de entrar, sino la manera de salir.—¡Calla, necio! dijo Francisco I, eso no es necesario: saldremos tambor batiente.—Bien: es decir, que serán batidos; nuestros tambores. Y con éste equivoco se disolvió el consejo á carcajadas.

Triboulet, segun cuenta su biógrafo, era pequeño de cuerpo y jorobado, tenia gran cabeza y enormes orejas, boca bastante ancha y una nariz tres veces mayor que la de Francisco I, que era fámiso por tener una de las mayores narices de Francia, superior aun á la de Rodolfo de Habsburgo, que pasaba por el príncipe más narigudo de Alemania. A estos rasgos de la fisonomia del bufon hay que añadir que tenia los ojos salientes, la frente estrecha, la mejillas hundidas, las piernas cortas y arqueadas, los brazos largos; y así es que con solo su figura divertia á las señoras, que le contemplaban como una especie de mono ó papagayo. Su traje no era ménos extravagante que su persona. En consonancia con su ocupacion secreta de proveedor de los placeres del Rey, adoptaba los colores de la mujer que por el momento gozaba el favor del Monarca. Su justillo era de seda con rayas blancas y azules y se le ceñia tanto al cuerpo, que hacia más visible su deformidad y escitaba mucho más la risa de los que le veian por primera vez. En la espalda, en los muslos y en la caperuza llevaba las armas reales, y del cinturón de cuero colgaban los símbolos de su oficio: una espada de madera y una zampona. Además llevaba cascabeles de plata en su gorro cónico, una varita con cabeza de loco por puño y zapatos de taflete con punta retorcida. No daba un paso ni hacia un movimiento sin que resonaran todos los cascabeles, haciendo un ruido mayor que el de diez pares de mulas al trote.

La biografía de Triboulet, por Lacroix, es más exacta que la pintura que de él hace Víctor Hugo en su drama. Este bufon, despues de su muerte, no obtuvo, como Thevenin de Saint Legier, una tumba magnífica; sin embargo, no le faltó un poeta que le escribiera un epitafio en mediano latin. Este poeta fué Bouté que escribió en 1538:

Vixi Morio, Regibus qui gratus
solo hoc nomine; viso num futurus
Regum Morio sim Jovi Supremo

lo que puede traducirse

Vivi siendo bufon, grato á los reyes
con este solo nombre, y ahora pienso
que habré de ser tambien bufon de corte
en presencia de Júpiter Supremo.

Entre los cortesanos de Francisco I se encuentran personajes que tenian bastante ingenio para haber sido nombrado bufones oficiales, pero que no lo fueron. Entre estos se distingue Marot, uno de aquellos de quienes más agudezas se citan. Un día, estando en Roma con el embajador francés, presencié el acto de besar los piés del Papa.—Gran Dios,—dijo Marot, si el representante del Rey de Francia besa los piés de Su Santidad ¿qué le vá á besar un pobre diablo como yo?

Otra vez, paseándose con un personaje de la corte que detestaba los ingenios y los poetas, éste le dijo:—Amigo Marot, no puedo sufrir un loco á mi derecha. Marot que iba entonces á la derecha, se puso á la izquierda del cortesano y exclamó:—Pues yo lo sufro bastante bien.

Marot era escritor satírico y su pluma no perdonó al clero, satirizando la hipocresía de varios de sus individuos. Un obispo con quien habia es-

tado demasiado severo en sus escritos, le amenazó con su venganza, y preguntándole un amigo cómo se libraria de ella, le dijo:—Nada más facil; yo sé un sitio donde puedo estar libre de todas las pesquisas que pueda hacer su ilustrísima.—¿Cuál? preguntó el amigo.—Su biblioteca.

Despues de la muerte de Triboulet, se recuerda cómo bufon oficial de Francisco I, á Briandas. Francisco I no se llevaba bien con su hijo y sucesor, que despues fué Enrique II; tenian cada uno su casa separada, su cuarto, su partido; y las disputas entre los dos bandos eran grandes y constantes. Sin embargo, Briandas, que entraba con toda libertad en el cuarto del Rey, tenia el mismo privilegio en el del Príncipe. En una ocasion encontró en éste último á varios personajes que estaban discutiendo con el Delfin las variaciones que podria haber en la corte cuando Enrique II llegara á ser Rey.

A Enrique no le disgustaba la conversacion, no obstante que giraba sobre el supuesto de la muerte, más ó ménos próxima, de su padre, y manifestó con cierta alegría que privaria de sus empleos á tales y tales nobles, prometiendo á los que estaban presentes darles los puestos que deseaban. Así á cada uno le tocó un empleo en perspectiva, ménos al anciano mariscal de Vielleville que habia guardado silencio durante todo aquel tiempo, ya fuese porque no le gustaba la conversacion sobre la muerte del Rey, ya porque habia observado que en un rincón se hallaba el bufon, de quien nadie hacia caso. El bufon tambien guardó silencio y nadie sospechó su presencia; pero cuando se concluyó la reunion, pasó al cuarto del Rey y descubrió allí, delante de los que le rodeaban, todo lo que habia pasado, con los nombres de las personas que se habian adornado antes de tiempo de los títulos y honores codiciados. Francisco I se puso furioso, y á la cabeza de su guardia escocesa y suiza se dirigió al cuarto de su hijo para prenderle. Este, sin embargo, avisado á tiempo, pudo escapar con todos sus amigos, no dejando en su cámara más que unos cuantos pages y criados, á quienes Francisco I hizo dar una buena tunda de latigazos. Los criados y pages en aquella ocasion eran inocentes del acto; pero como merecian los latigazos por otras causas, el castigo no se desperdició enteramente.

Otra cosa peor hizo entonces Francisco I, que fué destruir con su propia mano los muebles del cuarto del Delfin y rasgar la tapicería con la espada. Trascurrieron meses antes que el padre y el hijo se reconciliaran, pero al fin hicieron las paces por la intervencion de amigos comunes, y así quedaron las cosas hasta la muerte de Francisco I y la subida al trono de Enrique. Entonces los sueños de los cortesanos de éste se vieron realizados; el mariscal de Vielleville, por haber sido demasiado discreto, fué desterrado, y Briandas, por haber sido demasiado locuaz, sufrió por el pronto la prision y el látigo. Despues, habiendo sacado en una ocasion la espada en son de amenaza ante Enrique II, aunque la espada era de palo, porque los bufones no llevaban otra, Enrique calificó de alta traicion el acto, y el bufon pagó su temeridad con la vida.

A la muerte de Francisco I se abre una serie nueva de bufones franceses, que dieron mucho que hablar en la corte y en toda la Francia; pero ésta serie merece capítulo aparte.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DOLORES.

(Continuacion.)
CCXIV.

El padre Pascual calló como si nada más hubiese tenido que decir.

Se comprendia que le contrariaba entrar en un relato directo, respecto á Matilde.

—¿Y es esto todo lo que tienes que decir de esa señora?—dijo el Sr. Blas:—para nada nos hacia falta saber la historia de sus padres; pero tú cuentas bien, y como tenemos tiempo, te se ha podido oír un prólogo, del cual sólo hemos sacado en limpio, que el alcalde de casa y corte...

—Fué tratado por su mujer como otros tantos maridos,—dijo el padre Pascual.

—Despues de lo que, como si lo viese ó lo hubiera visto, dijo el señor Blas,—el juez, para consolarse, se casó con otra, y dió á Matilde una madrastra que la crió mal, lo que unido á su mala sangre, hizo de ella la inapreciable alhaja que esperamos nos dé á conocer.

—Don Francisco no se casó.

Escarmentó... fué prudente, y cubierto su honor, obrando en justicia, se esforzó por criar á su hija, de manera que con el tiempo y las amargas pruebas de la vida sufridas, con una cristiana resignacion, mereciese se le canonizase.

—Don Francisco se volvió loco: habia contribuido á ello la lesion determinada en su cerebro por el ópio que se le habia hecho tragar.

—Un castigo de Dios,—dijo con un cierto acento de unioin mística, en que habia un fondo de sarcasmo, el señor Blas.

—Dios manda perdonar las injurias, y el alcalde no perdonó, mató; tan instruido como era, se habia olvidado de la sublime parábola de Jesús y la mujer adúltera, y sacrificó la suya á las sanguinarias prescripciones del honor.

—Las costumbres y las leyes no están siempre en armonía con el Evangelio, de lo que resulta, ó que el Evangelio es impracticable, ó que los hombres no están constituidos para sentir el Evangelio, lo que viene á ser la misma cosa.

—Pero divagamos, mi querido padre Pascual; nos olvidamos de Matilde,—dijo el señor Blas,—yo me acuerdo de que allá en el colegio, para llamar el sueño en las largas noches



del invierno, entre tus historias terribles, me contaste las de esa ilustre señora viuda de X. antes de casarse, después de casarse, antes de enviudar y después de enviudar; estaba yo entonces muy lejos de creer que esas historias podrían interesar un día á mi pobre hija.

CCXV

La mirada del padre Pascual se iba haciendo más concentrada, más profunda y aun podríamos decir que más lúcida: en el fondo de aquella mirada había algo misterioso que causaba el efecto de lo espantosamente horrible: se comprendía que el padre Pascual se contenía de miedo, sin poder ocultar su irritación y su malevolencia.

CCXVI

—Ella es una mujer terrible,—dijo,—ella es el resultado de la mala sangre de su madre y de la venganza del terrible alcalde de casa y corte: él la avezó á la crueldad, al engaño, á la seducción: ella hizo mala, incitando cuantos malos instintos puede tener una criatura: esta era la locura del alcalde de casa y corte: una venganza de ultratumba contra la madre muerta sobre la hija viva: él sabía de seguro que era hija del adulterio: las fechas son terribles: no permiten dudas: la aborrecía en nombre de su honra, y la adoraba á causa de su madre porque era su retrato: es terrible este fenómeno de que el marido engañado, ultrajado por una mujer miserable á quien antes de conocerla culpada miraba con indiferencia, á la que ha matado enloquecido, más que por el honor, impulsado por sus celos irritados hasta causar la sed del exterminio, después de satisfacer su venganza, sienta por ella un amor desesperado, que trae consigo el remordimiento, y con el remordimiento la locura.

Y esta era la locura del alcalde.

El amor póstumo, por decirlo así, á su esposa adúltera, reflejado en la hija del adulterio; más aún: acrecido, llegado á una exacerbación infinita, superior á la resistencia humana.

Creció Matilde: llegó á sus catorce años.

El alcalde, que era creyente, que había acabado por dar en las prácticas religiosas más exageradas, se aterró.

Una tentación tenaz le acosaba.

Aumentaba aquella locura de adoración que sentía por Matilde.

Pero le aterraba la ira de Dios: le contenía como con cadenas de acero el juicio del mundo: se sublevaba su conciencia: sufría, en fin, en lucha con sus terribles pasiones y con el sentimiento de la religión, de la justicia y del deber, según él los comprendía, el infierno más penoso que puede sentir una criatura.

Su voluntad era de hierro.

Sintiendo crecer la tentación, casó á su hija con el primero que, enamorado de ella, le pidió su mano.

Este hombre fué el conde de X., viejo gastado por una larga vida de libertinaje, y lo ménos á propósito para que Matilde pudiese aceptarle.

No se la consultó; se la casó.

CCXVII

Después de esto, don Francisco, para ahondar más la cordadura que había puesto entre él y Matilde, donó las dos terceras partes de su fortuna á los Agonizantes de Madrid, entregó la otra tercera parte al conde de X. como legítima de Matilde, y fué á ingresar en el convento de los Agonizantes, dejados todos sus cargos, honores y preeminencias.

Algunos meses después le encontraron muerto en su celda, boca abajo y con los brazos en cruz.

CCXVIII

El conde de X. tenía cuantos vicios puede tener un hombre ocioso dado á la crápula.

Había empeñado toda su fortuna, que no había podido vender porque era vinculada.

Cuando recibió la legítima de Matilde, que fué algunos millones, se dió tal prisa á gastarlos que volvió al estado de penuria.

Un estado imposible: no se podía sostener la representación de la casa.

CCXIX

Esto aconteció al año de la muerte del alcalde.

Yo, que, como quien dice, había visto nacer á Matilde, que instrumento del crimen del alcalde había continuado tratándole, explotándole; yo que había visto criarse, crecer, desarrollarse á Matilde, había contraído por ella un afecto vehemente, el mayor que he sentido durante mi larga vida, y cuando Matilde se hizo mayor, aquel afecto se convirtió en un amor de desesperado.

Amor terrible que no podía ser satisfecho.

CCXX

—Mientes,—dijo el señor Blas;—tú no quieres confesar delante de este buen mozo, que desde poco después de que se casara Matilde...

—Poseer á una mujer no es satisfacer el amor,—dijo el padre Pascual;—tener una esclava no es tener una amante: Matilde me pagaba un envenenamiento.

CCXXI

Casquillo se crispó: escuchaba atento, mudo, sombrío: dejaba aquella investigación al señor Blas, que sonreía como un mal espíritu, viéndose retorcerse en sus confesiones al padre Pascual, para quien era un sér aterrador. Casquillo sufría de una manera inconcebible: aquella historia de ceno en que, á medida que su relato avanzaba, veía más sumergida á Matilde, no hacía que ella amenguase su influencia sobre su alma; sufría, y á medida que sufría, Matilde se trasfiguraba más para él: sentía más por ella el tormento de la perturbación de su espíritu, y al mismo tiempo inquietud por Dolores, con la cual se había quedado aquella mujer terrible.

Dolores, que representaba para él un amor íntimo, un amor que parecía ingénuo en su alma, como si con él hubiera venido á la vida; un amor profundo que no se amenguaba por aquel otro amor sediento, voraz, febril que sentía por Matilde.

Estos dos amores, coexistían en él, sin amenguar el uno al otro; amores que no se tocaban, que no se confundían en manera alguna; que eran de distinta especie; poderosos ambos, é incontrastables; pero que apenaban á Casquillo, por

que él sabía demasiado que había de optar por una de ellas; que optar por Matilde era perder á Dolores, que decidirse por Dolores era renunciar á Matilde: y al mismo tiempo su conciencia se sublevaba por su amor invencible por una mujer de tal manera miserable: por el dolor, por la desesperación que debían causar en Dolores sus amores por Matilde, y últimamente le aterraba la certidumbre del peligro en que Dolores se encontraba, teniendo en cuenta la perversidad de su abuela.

Y Casquillo, permanecía inmóvil, como retenido por un poder incontrastable, oyendo el siniestro relato del padre Pascual.

CCXXII

Este continuó.

El conde de X. se hastió harto pronto de los encantos de su mujer.

Matilde fué una de esas esposas abandonadas en el mismo hogar conyugal, lo que para ella no era en manera alguna doloroso, porque aborrecía al conde de X.

Pero tenía sed de amor: una sed insostenible: había cumplido sus quince años, y era ya lo que es hoy: un prodigio de hermosura, una maravilla como poder de fascinación: era más joven, pero no más fresca: hoy, con la gravedad que la han dado los años y los terribles sucesos de su vida, es, si cabe, más hermosa que entonces.

CCXXIII

El conde de X. por su desastrada conducta la dejaba en completa libertad.

Matilde amó al fin, y tuvo la mayor facilidad para sus amores.

CCXXIV

Un día, un joven y gallardo guardia de corps entró en mi botica.

Yo le conocía: sabía que frecuentaba la casa del conde de X.: más aún, sabía que era amante de Matilde.

Cuando este sujeto me dijo que tenía necesidad de hablarme muy reservadamente, comprendí de lo que se trataba.

Me encerré con él, y me dijo:

—Don Pascual, necesito sus servicios de usted, que le serán pagados á peso de oro.

—Ni una palabra más, le dije, es inútil: sé lo que usted quiere y por qué lo quiere: espere usted un momento.

Salió y volvió algunos minutos después.

Dí una cajita de píldoras al guardia de corps.

Este me miró con espanto.

—Pero yo no le he dicho á usted lo que deseaba.

—Yo lo sabía,—le respondí,—una píldora todos los días: al sétimo sobrevivirá la apoplejía. Están ustedes servidos.

—¡Nosotros!

—Sí, Matilde y usted.

—Pero Matilde no me ha dicho que haya hecho á usted ninguna confianza.

—Yo soy hechicero: yo sé que entra usted todas las noches que está libre de servicio después de las doce por el postigo del jardín, y que sale usted antes del amanecer; y por los indicios seguros que he visto en el semblante de Matilde, singularmente en una chispa sombría, que veo en el fondo de su mirada, he adivinado que es de todo punto necesario que el señor conde de X. no se aperceba del estado de maternidad de Matilde; esto sería terrible: por consecuencia, una píldora todos los días: es necesario que el conde de X. no pueda declarar que el hijo que nacerá no es hijo suyo.

—¿Y cómo se llama ese hombre?—preguntó, hablando por la primera vez, Casquillo.

—Tú le conoces, amigo mío; es don Pedro; el que se presentó esta tarde de improviso y huyó en cuanto yo pronuncié algunas palabras.

—¡Ah! El abuelo de Dolores.

—Cabalmente; el amante de Matilde, abuelo también de Dolores,—dijo el señor Blas;—como que el actual conde de X., padre de nuestra pobre Dolores es hijo del adulterio; de un adulterio que no pudo acusarse, porque sólo puede acusar en estas cuestiones el marido ofendido, y el conde no pudo ni aún apercebirse de la infamia de su mujer, infamia que por otra parte él merecía bien, porque era un marido imposible; uno de esos maridos que, sea cual fuere de desastrada, justifican la conducta de su mujer. Pero continúa, padre Pascual: tu relato entretiene y es más provechoso de lo que crees.

CCXXV

—Yo había concebido por Matilde una pasión delirante. Yo había esperado una ocasión para imponerme á ella; la ocasión había llegado y más grave de lo que yo hubiese podido desear; y cuando estuve seguro de que el conde de X. estaba ya envenenado, dije á Matilde:

—Es justo que se me pague el inmenso servicio que te he hecho.

Matilde fijó en mí la profunda mirada de sus lúcidas ojos, y me dijo:

—¿Cuál es el precio del servicio que me ha hecho usted, padre Pascual?

—Tu amor, ó por lo menos tu sumisión.

—¿Cómo!—exclamó Matilde.

Y en su mirada ardió algo terrible.

—Yo puedo,—la dije,—revelar al conde la situación terrible en que se encuentra, y la razón de que se le haya puesto en esa situación: las consecuencias serían incalculables.

—Pero esas consecuencias alcanzarían á usted.

—No me importa: estoy desesperado, loco: ardo por tí.

Matilde me miró profundamente.

Yo tenía toda el alma en los ojos.

Matilde palideció.

Sus ojos se inflamaron.

Su boca sonrió con una expresión voraz de voluptuosidad.

—¡Oh!—exclamó,—el alma siempre es joven.

—¿Qué dices?—la pregunté anhelante.

—En usted se revela un amor divino, mejor dicho; un amor infernal; un amor en que yo había soñado y que no había encontrado.

Y su mirada se hizo más intensa, más embriagadora, más enloquecedora.

—¡Ah! usted es sin duda hechicero,—me dijo,—á pesar de su vejez, me parece usted joven y hermoso.

Y se arrojó en mis brazos.

¿Qué es el alma humana? Yo no lo sé, sólo sé que Matilde, por su amor, sea este amor del género que fuese, fascinación, fenómeno de la voluntad, misterio, me ha hecho gozar cuarenta años de juventud.

La voz de aquel viejo horrible era sarcástica, cruel.

Parecía manifestar una delectación de venganza por lo que debía sufrir en sus celos y en su amor propio Casquillo.

Este escuchaba sombrío y silencioso.

—¿Y continúan tus nefandas relaciones con ese demonio?—dijo el señor Blas.

—Siempre vence la fuerza de voluntad, el gran misterio inexplicable; el secreto de la influencia del ser racional sobre su semejante; el agente de lo que hoy se llama magnetismo; la razón de la actividad, esto es, de la vida.

—¿Y vuelta á la filosofía, como si la filosofía pudiese explicar nada! vengamos á los hechos: ¿esa mujer envenenó á su marido?

—Sí.

—¿Y fué tu amante?

—No: mi esclava.

—Tanto da: ¿y continúa siéndolo?

—Sí.

—Pero no tan esclava, que conociéndolo tú, no se atreva á amar á otro.

—Propensiones de la vida: el naturalismo es un hecho constante en la práctica, y cuando se haga la luz, cuando venza la verdad, estará sancionado, legitimado por las leyes y las costumbres.

—¡Magnífico! Pero hoy se considera despreciable á una mujer, que por sus actos, hace públicamente la propaganda del naturalismo.

—Y sin embargo, á pesar de que se la desprecia, se la ama,—dijo el padre Pascual, fijando su mirada ponzoñosa en Casquillo.

—Perdemos el tiempo en divagaciones,—dijo el señor Blas,—y yo voy ya teniendo sueño. Es de suponer que esa señora haya concluido ya su entrevista con su nieta. Recapitula, mi viejo amigo, recapitula, y terminemos tu informe acerca de esa mujer.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará).

CRÓNICA.

Hizo una mueca entre horrible y graciosa; sacudió al desperezarse, con las conmociones extrañas del cuerpo, los sonoros cascabeles del vistoso traje; miró inquieto á un lado y á otro como pájaro prisionero que busca la salida de su cárcel de alambre; vió el domingo de Piñata abriéndole las puertas de la mística cuaresma llena de anuncios y abstinencias, y desapareció entrándose por ellas cargado de caretas descoloridas, bromas de alquiler y trajes de seda, que las manchas del vino miradas por el sol semejan de *moiré*, como desaparece por escotillon un diablo de teatro dejando tras sí rojiza llama que muere apenas vista. El Carnaval no había sido feliz. Le hubiera retratado mejor que la estudiantil turba atronando calles y plazas con su alegría, la última máscara desarrapada y súcia que cerró el baile de Piñata. Por que nada hay tan amargo como las heces del placer. Quien más se afana en perseguir la felicidad más lejos está de ella; quien la busca en todas partes es por que no ha logrado encontrarla en ninguna. La dicha es una diosa que tiene el capricho de parecerse á los malos pensamientos en el deseo de vivir escondida. La tristeza dijérase que ha comprado al oxígeno su parte en la atmósfera que respiramos. El Carnaval quiso ahuyentarla. Pero no lo logró. No hagamos escarnio del ídolo caído. Acordémonos de sus pasadas grandezas y compadezcamos sus desventuras.

La decoración ha cambiado. No representa el patio de una casa de locos, sino el severo pórtico de un templo. La careta sustituida por el tosco sayal del asceta, la orgía por el ayuno, la atronadora carcajada por el rezo ferviente. Ya tenemos entre nosotros á la Cuaresma. El campo se llena de flores y las iglesias de devotos. Desde las copas de los árboles, que ahora empiezan á cubrirse de hojas y verdor, la compañía de ópera más charlatana, menuda, movidiza y primorosa que darse puede, atruena el espacio con trinos y gorjeos, risas y lágrimas de ignorado idioma; y desde la gótica nave suben á la región divina entre nubes de incienso las plegarias ardientes de la fé. Aquella deleitosa vida cantada por Virgilio; los recuerdos del viejo Silvano; el labrador que con el corvo arado abre la tierra pródiga en frutos; la verde espiga que sube audaz hasta que el peso de su cabeza la rinde como á los niños precoces el peso de las ideas; los chaparros y las madroñeras detrás de los que ejércitos de liebres y perdices se encastillan, son promesa paradisiaca que desvanecen el déficit del presupuesto y los asaltos de los trenes. Hasta el sol parece que al visitarnos estos días nos ruega el silencio. Nos acercamos á esta época con el mismo cuidado que á una cuna, ó con el mismo respeto que á un sepulcro. Y eso es. Nos acercamos á la naturaleza que renace, al sepulcro del hijo de Dios, muerto.

Por todas partes nos salen al paso, saludando corteses, el aroma de las violetas y las cadenciosas notas de la música. Pero, no culpemos á la música por eso; no la acusemos de perturbadora; no esperemos de ella, que es todo armonía, una nota desafinada; no queramos ahogarla como los tiranos

los sublimes acentos de la libertad. No hay consuelo mayor para las hondas tristezas del alma, ni tampoco mejor amigo de la alegría. Es el libro de los recuerdos, abierto por todas sus páginas.

Recordemos nosotros los sucesos de la anterior quincena, ya que á ello estamos obligados. Recordar, es el consuelo de los que han sido felices; esperar, la dicha de los que nunca han sido dichosos.

¿Cuánto no habrán recordado las glorias de su noble raza los marroquíes que, huyendo de una persecución tan horrible como aquella que expulsó del viejo reino andaluz ochenta mil moriscos, solicitan la protección de España y aguardan en Granada que el Gobierno español les conceda el territorio de Melilla para hacer de él baluarte de sus vidas amenazadas por cruel tiranía y de sus haciendas perseguidas por rapacidad insaciable!

Ellos, que un día se llamaron señores de esta tierra española sin más protesta que el débil grito de independencia que en las montañas de Covadonga lanzara un puñado de valientes visigodos; ellos que nos asombraron con la magnificencia deslumbradora de Abderraman, y con el prodigioso talento militar y la gran fortuna de Almanzor, ellos que establecieron en Córdoba, en la patria de Séneca y Lucano, la corte espléndida de los califas de Occidente; ellos que hicieron de aquella capital andaluza, según la frase feliz de un orador ilustre, el magnífico mosaico donde han engastado brillantes piedras, los períodos más poéticos de nuestra historia; ellos que trajeron á la ciencia y al arte tesoros valiosísimos con que proteger la obra de la civilización; ellos que aprendieron á leer en las flores el amor, y en el cielo los misterios de la astronomía; ellos que nos dieron el fuego de nuestra sangre y la fantasía de nuestras inteligencias meridionales; ellos que con el poder de sus ejércitos y la gloria de su nombre lo llenaron todo, abandonan el suelo querido de una patria que no es madre amantísima, sino cruel madrastra, y vienen á este suelo que aun lloran perdido pidiendo favor y protección. Ayer César; hoy Job... Ayer perseguían á los judíos; hoy les falta poco para andar como ellos errantes y fugitivos por el haz de la tierra.

Están en Granada, en la gentil Granada, en la joya más querida de los árabes, en la ciudad de los frondosos cármenes, de los centenares de torres; allí donde hay una plaza que un día al año, el día del Corpus, convertíase, como por obra de conjuro, en amenísimo jardín lleno de hermosas fuentes; en la patria de los Abencerrajes y Zegries, de Boabdil y Aben-Hamet; en el teatro de tantos acontecimientos heroicos y de tantas interesantes historias, como alegre entretiénese en inventar la poesía; en aquella Alhambra, que con el Paraíso de las huríes de ojos negros repártese el orgullo de ser objeto de los sueños dichosos y de las ardientes ovaciones de cuantos leen el Korán y tienen por profeta de Dios á Mahoma. Los ha traído, no la estrella de paz que guió á los reyes de Oriente al divino portal, sino la anarquía que, como hambriento cáncer, roe las entrañas del imperio marroquí.

Uno de los ideales de la política exterior de España es ejercer en el imperio marroquí la influencia civilizadora á que nuestras relaciones con dicho imperio nos dan derecho. Porque para España se abren en Marruecos brillantes horizontes, y porque allí nos está reservado el cumplimiento de grandes destinos. Las kabilas rifeñas aguardan las decisiones del gobierno español. ¿Vamos á acceder á su solicitud concediéndoles el campo de Melilla para que en él se establezcan y le cultiven? No. Porque ignoramos si sabrán agradecer tal beneficio. ¿Vamos á negarles todo auxilio? Pues habremos perdido el derecho de protección de que tanto necesitamos. Todo menos esto.

Essaí vendió su primogenitura por un plato de lentejas; los gobiernos conservadores, más pródigos, serán capaces de perder, por punible pereza, el derecho de protección en el imperio marroquí.

Con la presentación de los presupuestos en el Congreso; los juegos de prestidigitación y de fantasmagoría en casas particulares y en los teatros; los comunicados de despedida de la Nilsson; el viaje de Mr. Donon á París y el asalto del tren de Andalucía cerca de aquella árida y seca y polvorienta tierra de la Mancha, que Cervantes pintó tan bien como las rapacidades de Monipodio, ha coincidido un suceso de gran trascendencia, más por lo que se refiere al porvenir, que por lo que al presente respecta. Nos referimos á la proposición de ley que algunos senadores han presentado en la alta Cámara para que la pena de muerte se ejecute dentro de las cárceles y en presencia de las personas que la ley ó los reglamentos determinen. Desde el decidido partidario de la abolición, que sostuvo que con esa ley se limaban las garras de la fiera, ya que viejas preocupaciones y absurdas teorías hicieran imposible dominarla, hasta el defensor de la ejemplaridad de la pena que combatió la proposición de que nos ocupamos, como un retroceso social y jurídico, larga serie de opiniones se han expuesto que demuestran bien claro que si no hay unanimidad en la manera de resolver cuestión tan árdua, unánimemente se conviene en reconocerla complicadísima y difícil.

Se ha dicho que este proyecto de reforma, que tiende principalmente á apartar de la vista del público el espectáculo lastimoso y terrible que la agonía de un reo de muerte ofrece, era un retroce-

so en el sentido de quitar al pueblo esa tremenda facultad que concede al poder judicial y quitársela por dudar de sus buenos instintos; que la inspección del pueblo y el escrúpulo de prodigarle espectáculos dolorosos son los mayores elementos de moderación que se pueden dar para la parsimonia en el uso de la dura facultad de sentenciar á muerte; que hay muchos individuos á quienes enfrena la vista impotente del castigo; y que si el criminal se oculta para efectuar actos vergonzosos, no debe ocultarse nunca la acción de la justicia.

Y de aquí, y siguiendo el camino de peligros que inventa la fantasía nos han llevado los defensores de la ejemplaridad á recordar aquellas siniestras ejecuciones de la tiranía, y aquel lento é ignoto sufrir á que la Inquisición condenaba á sus víctimas. Y hemos visto las cárceles de Estado como un fantasma sombrío y odioso que ahogaba con sus brazos de hierro. Y los nombres de Simancas, Segovia y La Bastilla, han acudido á nuestra memoria.

Pero es una exageración del deseo. La proposición de ley presentada en el Senado, es ventajosísima. Tiende á concluir con la ejemplaridad, y esto hace á favor de ella elocuente defensa. Porque una vez la ejemplaridad vencida, ¿cómo se defiende la pena de muerte? Empieza á parecer un crimen y busca un asilo. Mientras creyó ser justa, no temía que la luz del sol la ofendiera. Ahora que ya está convencida de su maldición, busca un refugio para esconder, como Cain, su delito. Quiere hacer de la cárcel su guarida.

Pero la cárcel tiene también su día glorioso. De una cárcel, de la Conserjería, celebrada la última cena en que tan bellos y sentidos discursos se pronunciaron, salieron los girondinos para la guillotina.

Y en las ennegrecidas paredes de aquella cárcel, se escribió con sangre el decálogo de la democracia.

¿Sube ó baja?

Esta pregunta ha estado puesta á la orden del día durante dos semanas. No duran tanto algunas leyes ni algunos funcionarios. Hasta los éxitos teatrales que son en Francia ruidosísimos, deben durar ménos. El consolidado bajó, así que el señor marqués de Orovio, de gran uniforme y de gran déficit, subió á la tribuna del Congreso para leer los presupuestos. Pero no se trataba de eso.

Se trataba de la cantidad fijada para sueldo de los consejeros del ferro-carril del Noroeste.

Unos decían que no subiría de 18.000 reales. Otros aseguraban que no bajaría de 30.000.

Aun no se sabe de una manera cierta. Lo que sí se sabe es que Mr. Donon ha vuelto á París, y lo que sí se presume es que habrá ido para arreglar entre otras la cuestión del Consejo.

También se dice que Mr. Leon Say le preguntó por la organización de los ferro-carriles en España. Pero no lo creemos.

Hay cosas que no se preguntan.

Vino en gran velocidad al Senado la interpelación acerca del ferro-carril del Noroeste para que el señor ministro de Fomento hiciera pública confesión de sus dudas, y el país conociera aún más de lo que ya las conoce las condiciones perjudicialísimas para el Estado en que la concesión se ha hecho; vino la ley de incompatibilidades traída en brazos del señor ministro de la Gobernación, que quería demostrar de este modo que en la ausencia no había perdido las fuerzas que de gimnasta hábil y hábil valiente le acreditan; vino de aquella primorosa y poética tierra andaluza, cuna de oradores, sin haber logrado hacer amistad con la elocuencia, el general Martínez Campos, y terminó en el Congreso el debate político que con motivo de la interpelación del Sr. Portuondo se había suscitado.

Cuando despues de una rectificación... de números, le oímos declarar concluido, nos apesadumbramos hondamente. Aquel debate que llegó al palenque brioso y decidido, armado de todas armas, con la visera levantada y la sonrisa del triunfo en los labios, salía de él mudo, polvoriento, entristecido, desgarrado el traje y perdida la esperanza. Había nacido saludado por el sol y la oscuridad era su tumba. Como á los artistas viejos que aún siguen en la escena aunque el peso de los años les agobie, le faltaba el talento de saber retirarse á tiempo. Su paso, á través de las sesiones parlamentarias, había sido cansado y perezoso. Andaba con la parsimoniosa cachaza de un tren mixto. Algunos días el vapor democrático le hacía atronar con su potente voz pueblos y ciudades, pero pronto la rapidez vertiginosa se convertía en jadeante andar. El maquinista le paraba á lo mejor. Tenía miedo. Las rojas amapolas de que el campo político está lleno, antojábansele las banderitas encarnadas que en los ferro-carriles son anuncio de precaución y de peligro.

El debate, aun restando la solicitudes de los constitucionales pidiendo el poder, expedientes que el Gobierno archiva como tantos otros, despues de escrita en ellos la palabra *visto*; aun suprimiendo todo lo relativo á la crisis de Diciembre, de la cual se han dado más explicaciones que ediciones hay del Quijote; aun olvidando los acerados dardos que desde el banco ministerial se lanzaban, y á la verdad con fuerza extraordinaria, pues los más de ellos, atravesando muchas leguas, han ido hasta Granada á clavarse en el pecho del general Marti-

nez Campos; aun omitiendo el incidente de los ministros de Ultramar, que fué breve, pero sustancioso en extremo, ha tenido no obstante grandísima significación y alteza de propósitos.

Se ha demostrado en él la necesidad urgente de realizar las reformas económicas en Cuba y Puerto-Rico para que esos dos brillantes florones, resto de la rica corona que el talento maravilloso de Colon y el valor épico de Cortés y Pizarro regalara á España, no desaparezcan de nuestro dominio como desaparece el sol detrás de las negras nubes que son presagio de la tempestad.

Pero se ha demostrado más. Que Cuba y Puerto-Rico deben á la libertad y á la democracia en estos últimos tiempos sus mejores días, y que los partidos conservadores calumniaban las reformas para que fuese luego de ellos la gloria de haberlas realizado.

El plagio, queriendo, insensato, robar á la originalidad sus laureles.

Mad. Stael ha dicho, que la virtud que más se acerca al génio es la de comprenderle y admirarle. Si esto es verdad, el Ateneo de Madrid, en contra del vicio de ateísmo que alguien le echa en cara, tiene la virtud del entusiasmo por las obras de la inteligencia que admira satisfecho, y saluda con unánime aplauso. No se contenta con haber emparentado con el naturalismo y la filosofía Krausista, vive en vecindad íntima con el arte, y ha logrado que la literatura deje de ser un día por semana la *Cenerentola* para convertirse en señora de la casa.

Los sábados, así que las luces del gas se encienden y los oradores que en los pasillos se entretienen en arreglar el país y en dejar sordos á los que trabajan, emigran, la ciencia desaparece, embaula ideales de razas, orígenes del lenguaje, rectificaciones ardientes y resabios ultramontanos, y se eclipsa yendo á perderse en qué ignoradas regiones. ¿Sabe Dios dónde irá! Hay quien sospecha que como es sábado va á dar con el darwinismo en el aquelarre, pero éstas son conjeturas y nada más. Lo que sí puede decirse es, que el arte la sustituye.

El sábado último se celebraba una sesión en honor de tres poetas ilustres que cambiaron las amarguras del vivir por la eterna gloria; Becker, Espronceda y Tassara.

Todo hablaba allí de la hermosa y divina poesía. El coro de poetas que en el estrado parecía digna embajada del Parnaso; el escojido público, lleno de ansiedad, en el que como en máquina fotográfica se retrataban á cada momento las más contrarias emociones; el silencio solemne, roto tan sólo por el sonar de la rima castellana, dulce y brillante como el ruido de un collar de perlas que cae al romperse sobre una superficie de oro.

Las rimas de Becker nos hablaban de sus desventuras, de su vida agostada por la atmósfera cálgina de la miseria, de sus suspiros y de sus lágrimas, de su cariño á aquellos fantasmas que por su cerebro bullían en tropel confuso, esperando la forma que los diese vida, como los gérmenes de la tierra aguardan el beso del sol que ha de convertirles en flores y frutos; los himnos de Tassara, de aquella musa inspirada y valiente, rica y espléndida en galas, que se preocupaba de los grandes problemas sociales y políticos, y se ponía decidida á su servicio; los cantos de Espronceda, de su negra desesperación, que tanto á la de Byron se parece; de su arrebatadora fantasía, de su rebelde duelo, de su soñar, agitado y nervioso; de su paleta, rica en colores; de su risa, que hería como la aguda punta de acerado puñal.

Los lectores eran Valera, el mejor de nuestros prosistas, Grilo, el que podría pasar por el mejor de nuestros poetas, si levara y no publicase sus poesías; Cañete, el crítico notable, el académico que mayor gusto tiene en sacar literatos de pila.

Música clásica y orquesta admirable. Ante tal espectáculo los ojos se elevaban, se elevaban, hasta el punto aquel en que el águila ¡qué locura! cree posible con la mirada abarcar el cielo.

Se ha vuelto á poner en escena *El Trovador*; se ha aplaudido con más entusiasmo que la noche del estreno; Madrid entero ha visto con aplauso que Manrique robaba del convento á Leonor, y García Gutierrez ha sido coronado. Muchos génios como Moisés, ven la paradisiaca tierra de promisión, sin poder llegar hasta ella. García Gutierrez ha gustado sus frutos y podrá descansar á la sombra de sus frondosos árboles.

El espectáculo de la coronación fué severo é imponente como pocos.

García Gutierrez y Zorrilla se abrazaron. Eran dos hijos del génio que despues de larga peregrinación se encontraban en la casa paterna. La casa del génio es la gloria.

—¿Qué le parece á usted el prestidigitador Bosco?—le preguntaban á un constitucional en la embajada italiana.

—¡Admirable! Es capaz de escamotearlo todo, ménos la cartera de Hacienda al Sr. Orovio.

MIGUEL MOYA.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

Artículos recomendados.
15 rue de la Paix.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabón de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Atenie se y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposición de París.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria para la boca.

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.

NUEVAS MAQUINAS DE COSER
Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros Guanteros, etc., etc.
La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.
La "NUEVA SILENCIOSA" verdadera "Expeditiva" completa de 40 guías accesorios. Garantía 10 años.
MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS MÁQUINAS PARA PLÉGAR, CLAVETEAR, etc., etc.
Maison A. RICBOURG (B.s.g.d.g.)
Delegado de los Mecánicos de la Villa de París en la Exposición Universal de Londres de 1862.—Medalla de Honor en la Exposición Universal París 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposición 1879.
(Envío franco de precios y Catálogo.) **20, Boulevard Sébastopol, 20** (Envío franco de precios y Catálogo.)
Tarifa reducida y condiciones excepcionales á los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

DIGESTIONES ARTIFICIALES
VINO
BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS
Agentes naturales e indispensables de la
DIGESTION
12 años de éxito
EN LAS
DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS
NALES DEL ESTOMAGO,
DÍSPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAJECIMIENTO, CONSUMION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VÓMITOS...
Paris, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL
Proveedor de S. M. la Reina de Inglaterra y de S. M. el Emperador de Rusia.
1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA
REPARATEUR AU QUINQUINA
Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s.g.d.g.
PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS
y en casa PINAUD, 37, boul^d de Strasbourg, Paris
El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y a la Barba su color primitivo.
PUEDO EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA
Por Mayor: Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.
Por Menor: En todas las Perfumerias y Peluqueras.

OPRESIONES ASMA NEURALGIAS
TOS, Catarrros, Constipados, Cigarrillos Espic.
Aspirando el humo, penetra en el pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. (Exigir esta firma J. ESPIC.)
Venta por Mayor J. ESPIC, 428, r. St-Lazare, Paris.
Y en las principales Farmacias de España: 21, la casa

LA PESTE
El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante energético y sin olor, muy superior al Fenol, sana y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canales, zanjias, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y económico. Pues la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectante cuesta 1 fr 20 tomada en Paris.
E. FORCADE y C., 17, rue Grange-Batelière, Paris.
POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID

BANCO HISPANO-COLONIAL.
Segun lo establecido en la condicion 3.^a de la emision de obligaciones de esta Sociedad, el día 1.^o de Marzo próximo, y once horas de la mañana, se verificará el sorteo para la amortizacion de una serie de dichas obligaciones.
El acto será público, y tendrá lugar en esta ciudad en el domicilio social, calle Ancha, 3, principal, ante las personas que señala la escritura de 2 de Abril de 1877.
Lo que se anuncia al público para su conocimiento.
Barcelona 12 de Febrero de 1880.
—El vicegerente, P. Aleu Arandes.

BANCO DE ESPAÑA.
Los sorteos correspondientes al trimestre vencido en 1.^o de Abril próximo, de las obligaciones del Banco y Tesoro, series exterior é interior y de las del Tesoro sobre productos de aduanas, creadas por las leyes de 3 de Junio de 1876, 11 de Julio de 1877, y de los bonos del Tesoro emitidos en 1.^o de Abril de 1879, conforme á la ley de 1.^o de Enero del mismo año, se verificarán con las formalidades y en los días del mes de Marzo que á continuacion se manifiestan:

OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE EXTERIOR.
Sorteo 15, que se verificará el día 1.^o
Ha de aplicarse la suma de 2.882.250 pesetas para los intereses de los 192.150.003 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 4.617.750, que en junto hacen el total de pesetas 7.500.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 384.300 obligaciones pendientes de amortizacion, se dividirán, para el acto del sorteo, en 3.843 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.
Encantaradas éstas, se extraerán del globo 92, en representacion de 9.200 obligaciones por valor de 4.600.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 17.750 pesetas, por no completarse el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL TESORO SOBRE PRODUCTOS DE ADUANAS.
Sorteo 9.^o, que se verificará el día 3.
Ha de aplicarse la suma de 2.097.750 pesetas para los intereses de las 139.850.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 2.702.250, que en junto hacen el total de pesetas 4.800.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 279.700 obligaciones pendientes de amortizacion, se dividirán, para el acto del sorteo, en 2.797 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.
Encantaradas éstas, se extraerán del globo 54, en representacion de 5.400 obligaciones, por valor de 2.700.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 2.257 pesetas, por no completarse el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE INTERIOR.
Sorteo 15, que se verificará el día 5.
Ha de aplicarse la suma de pesetas 3.780.750 para los intereses de las 252.050.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 6.219.250, que en junto hacen el total de pesetas 10 millones, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 504.100 obligaciones pendientes de amortizacion, se dividirán, para el acto del sorteo, en 5.041 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.
Encantaradas éstas, se extraerán del globo 124, en representacion de 12.400 obligaciones por valor de 6.200.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 19.250 pesetas, por no completarse el importe de una centena de obligaciones.

BONOS DEL TESORO.
Segundo sorteo (cuarto trimestre), que se verificará el día 10 de Marzo.

Los 729.389 bonos que quedaron pendientes de amortizacion en virtud del sorteo celebrado en 10 de Diciembre del año último, se dividirán, para dicho acto, en 7.298 lotes de 100 bonos cada uno, representados por otras tantas bolas, excepto la última, que sólo puede amortizar 89.
Encantaradas las 7.294 bolas ántes citadas, se extraerán del globo 95, representativas de 9.500 bonos, importantes pesetas 4.750.000, que corresponden á cada trimestre.

Los sorteos detallados se verificarán públicamente en el salon de juntas generales del Banco, sito en la casa calle de Atocha, número 32, en los días que quedan expresados, á la una de la tarde, y los presidirá el gobernador, asistiendo, además, una comision del consejo, el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen ántes de introducirse en el globo.
La administracion del Banco publicará en los periódicos oficiales los números de las obligaciones y bonos á que haya correspondido la amortizacion, y dejará expuestas al público, para su comprobacion, las bolas que hayan salido en los sorteos.
Madrid 14 de Febrero de 1880.—
El secretario, Manuel Ciudad.

EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.
CONTIENE.—1.^o Advertencia.—2.^o Decretos y bandos sobre la paz y reconstruccion de Cuba, publicados en la Gaceta de la Habana.—3.^o Constitucion de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.^o Ley Municipal, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.^o Ley Provincial, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.^o Ley Electoral para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.^o Ley Electoral para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.—8.^o Ley Penal para los delitos electorales.—9.^o Circular de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecucion de la Ley Electoral.—10. Ley Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. Ley de Extranjeria, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matrículas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. Ley Moret, de 4 de Julio de 1870, para la abolicion gradual de la esclavitud.
Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.

NEVERAS ARTIFICIALES
TOSELLI
194, rue Lafayette, en Paris.

LA VERDADERA
AGUA BOTOT
Unico Dentifricio aprobado
POR
LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS
POLVOS DE BOTOT
Dentifricio con quina
VINAGRE LE SUBLIME
de tocador superior impide la caída del pelo
DEPOSITO Gral: 229, rue Saint-Honoré, Paris
Venta al por menor: 18, boulevard des Italiens
En Francia y en el Extranjero: En Casa de los principales comerciantes

VIRUTAS DE ALQUITRAN
del Doctor BRISAUD, Privilegiadas.
Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Catarros, etc., etc.
Deposito general: LIEUTARD & C.^a, 88, Boulevard Sébastopol.
Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

PIANOS BLONDEL
Paris, r. de l'Echiquier, 53
Y en las principales Casas DE ESPAÑA Y AMÉRICA
9 Medallas de Oro y Plata
FABRICACION ESPECIAL
Pianos de Estudio y de Lujo

LA AMÉRICA
Año XXI
Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real órden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.
Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.
LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas, remitiéndose á este punto por el Istmo.
Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.
Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.
En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.
Precio de los anuncios, 4 reales línea.
Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.
En PUERTO-RICO.—Señores Sanchez Enriquez.
En PARÍS.—E. Denne, librería española, 15, rue Monsigny.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTROYA Y C.^a
Caños, 1.